NOEMI CLIMENT MOSCARDÓ



DIARIO DE UN DESEO PROHIBIDO



DIARIO DE UN DESEO PROHIBIDO

NOEMI CLIMENT MOSCARDÓ

DISEÑO DE PORTADA Y CONTRAPORTADA:
Dominika Krnacova
@thalassamenorca

© Noemi Climent Moscardó
@noemicliment_
Todos los derechos reservados

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente prohibidos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler de la obra o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright.

PRESENTACIÓN DE LA AUTORA

Me llamo Noemi. Nací en Valencia y hace unos años me trasladé a vivir a Menorca por motivos laborales. Hace poco escribí mi primera novela: **Diario de dos polos opuestos**, que la podéis encontrar en Amazon también. Con ella me di cuenta de que no sólo me apasiona leer, sino que también me he convertido en una adicta a la escritura, así que decidí seguir sacándole partido a mi nuevo vicio.

En este segundo libro he querido plasmar parte de mi biografía. Los motivos por los que Claudia acude a una psicóloga son los mismos por los que yo tuve que ir a una, pero ¡ojo!, el resto de la historia es ficción.

Me decidí a dar este paso porque, por desgracia, en nuestra sociedad actual, persisten estigmas y prejuicios en torno a la búsqueda de ayuda psicológica. Mucha gente siente temor o vergüenza al considerar la terapia como una opción. Mi objetivo con este libro es derribar esos muros, demostrando que acudir a un psicólogo es un acto de valentía y autocuidado, no de debilidad o de "locura". A mí, en su momento, me costó dar ese paso y cuando terminé las sesiones, pensé el típico "ojalá lo hubiera hecho antes". Me cambió la vida, sin duda.

Y dicho esto, espero que disfrutes de esta novela tanto como disfruté yo escribiéndola, nada me haría más feliz.

¡Feliz lectura!

CAPÍTULO 1

JUEVES 2 DE ENERO

CLAUDIA

Adoro la vida. Doy gracias cada día por vivir un día más. No os penséis que para mí siempre ha sido todo de color rosa y por eso pienso así, más bien fue todo lo contrario; tuve una adolescencia muy difícil. A mis dieciocho años ya había vivido cosas más malas de las que viven algunas personas a lo largo de toda su vida. Podría haberme hundido con ello, pero conseguí flotar y aprender a apreciar más las cosas. Pero en el fondo de mi cabeza no está todo solucionado, no es tan fácil que las neuronas procesen todo lo que pasó. Básicamente porque vivo arrastrando parte del dolor. Todo tuvo un principio con su respectivo final, pero cada una de las cosas que me pasaron, tuvieron consecuencias que voy arrastrando hasta día de hoy, como si las tuviera pegadas a las suelas de los zapatos.

Tuve exactamente cuatro años, cuatro meses y veintiún días de mala suerte, fue lo más parecido a un infierno para una adolescente. Cuando terminó esa mala racha, pensé que el universo me debía algo bueno y que empezaría a cambiar todo, pero no fue exactamente así. Tengo que decir que tampoco fue a peor. ¿Cómo iba a ir a peor? Era imposible, no existían cosas peores que me pudieran pasar. Simplemente me limité a seguir mi vida lo mejor que pude.

Seguí con mis estudios como pude, aprobé todas las asignaturas con cierta dificultad (en ocasiones repitiendo curso o presentándome a los exámenes de recuperación de septiembre y jodiéndome el verano) y justo terminé de estudiar en el 2012, unos años después de la crisis que hubo en España allá por el 2008, en la que decían que encontrar trabajo era tarea imposible. Y así fue, razón tenían, esos años después seguía todo igual.

Estuve bastante tiempo sin encontrar ninguna forma de recibir una remuneración y un buen día me llamaron de una fábrica. No era

lo que buscaba, pero ya no me quedaba otra opción. Estaba en un punto en el que hubiera sido capaz de irme a la plaza del pueblo a ofrecerme para limpiarle los zapatos a las mujeres que salían de misa. Porque claro, si era difícil encontrar un trabajo cualquiera, imagínate encontrar de lo que había estudiado. Era más fácil que el agua y el aceite se juntasen sin problema.

Ahora, cinco años después, por fin he conseguido la vida que deseaba. Con el tiempo que pasé trabajando en la fábrica y viviendo en casa de mis padres, conseguí ahorrar dinero. Como no pagaba hipoteca ni tenía grandes gastos, todos los meses me apartaba dinero a la cuenta de ahorros, y mi abuela también fue una gran ayuda; cada mes cuando cobraba la pensión, me daba cien euros enrollados en la mano. Como un camello pasándole droga al yonki del barrio.

¿El objetivo de ahorrar dinero? Poder independizarme. En la fábrica ganaba poco y no trabajábamos todos los meses del año, así que no me daba para poder irme a vivir sola. Esperé a encontrar trabajo de lo que había estudiado, y con lo que había ahorrado me dio para mudarme a la ciudad sin preocuparme de si me pudiera ver en un apuro financiero.

Podría haber estudiado oposiciones, pero eso tampoco era una opción trabajando en la fábrica. Los ocho o nueve meses que trabajábamos al año eran muy intensos. Había días que nos pasábamos allí hasta catorce horas. Y a veces trabajábamos de lunes a sábado enteros y domingo por la mañana. La vida me daba para ducharme, comer y dormir un máximo de seis horas al día. Las condiciones de esa empresa eran inhumanas. Admiro a la gente que se pasa gran parte de su vida soportando eso.

Después de años llegando a casa agotada y con ganas de llorar, llegó la llamada esperada, la que me hizo volver a tener ganas de vivir y esperanzas de que todo mejorase.

LUCÍA

Tengo una vida casi perfecta, no me puedo quejar de lo que me ha dado. He tenido casi que todo lo que he querido. Incluyo esos "casi" porque podría ser la vida perfecta para otra persona, pero no lo es al cien por cien para mí.

Me considero una persona bastante inteligente y siempre tuve facilidad para aprobar todas las asignaturas, terminar mis estudios y graduarme en psicología. También tuve claro lo que quería hacer con ello: abrir una consulta privada. Desde que tuve edad para empezar a trabajar, estuve compaginando los estudios en invierno con trabajar de camarera en verano, así que al terminar la carrera pude permitirme alquilar un local para ejercer de psicóloga.

En las épocas de verano curraba todas las horas que podía, si me ofrecían extra, las aceptaba siempre. Me hinchaba a ganar todo el dinero que podía para después en invierno poder ser autosuficiente y depender de mis padres lo mínimo posible. No tenía vida social, vivía para trabajar, pero con la ilusión de que llegaría el día en que trabajaría para vivir. Eso sí, cuando llegaba la época de universidad, las fiestas no me las quitaba nadie. Solo se es joven una vez en la vida, había que aprovechar. Y menos mal que lo hice, porque ahora ya hace tiempo que no sé lo que es pillarse una buena borrachera.

En una de esas fiestas conocí al que actualmente es mi marido. Él estaba en el último año de derecho y ahora es un buen abogado. Un buen abogado y un buen marido, todo hay que decirlo. Por aquella época iba con un grupito de chicos que eran todos guapos pero, aun así, él destacaba de entre los demás. Nos liamos una noche y después coincidíamos cada día que salíamos. Había una discoteca de moda y todos íbamos allí, era imposible no encontrarte con gente que ya conocías.

Un día cambiamos los planes nocturnos por planes diurnos, sin luces de discoteca de por medio. A mí me atraía físicamente y al ir conociéndolo me di cuenta de que además de guapo, era muy buena persona. Me divertía mucho con él y nos complementábamos muy bien. Empezamos una relación que duró unos tres años y después nos casamos.

Nací en una familia muy conservadora, mis padres son de los que piensan que las parejas llegan vírgenes al matrimonio. Y seguro que piensan que yo, como buena hija, seguí sus pasos. Pobres…que equivocados que están.

Muchos de los jóvenes que estaban en la universidad vivían en pisos compartidos porque venían de pueblos para estudiar en la ciudad, pero tanto mi marido como yo, nacimos en la ciudad y siempre tuvimos que vivir con nuestros padres. Eso nos impedía dar rienda suelta a nuestra lujuria y de alguna manera nos sentimos "obligados" a casarnos. Qué envidia me daban los que compartían piso y podían hacer lo que les daba la gana cuando les daba la gana…Nosotros hicimos lo que pudimos cuando pudimos. Así que casarme me pareció una maravillosa idea para poder empezar a ser libre.

Hicimos una boda por todo lo alto y por la iglesia, claro, para no decepcionar a nuestros padres. Porque los míos son muy conservadores, pero los de David, mi marido, no se quedan atrás.

Nos compramos un piso en un edificio a las afueras de la ciudad, nunca me han gustado las zonas céntricas. Dejé el local que tenía alquilado para consulta y compramos el bajo de este mismo edificio ya que estaba destinado a local comercial, tuvimos que hacer poca reforma para adaptarlo a nuestros trabajos y ahora solo tenemos que bajar unos cuantos pisos en ascensor para poder desempeñarlos. Él tiene su despacho de abogado y yo mi consulta de psicología.

CAPÍTULO 2

VIERNES 3 DE ENERO

CLAUDIA

Me llamaron para trabajar de lo que había estudiado: integración social. Pude dejar la fábrica en la que estaba y lo hice educadamente, pero no me faltaron ganas de decirles claramente que, por mí, podían irse a tomar viento. Más que nada porque ya que era fija, aproveché para pedir una excedencia. No tenía ni la más mínima intención de volver, pero no está de más curarse en salud; nunca sabes en qué situación te vas a encontrar y antes que tener que prostituirme, preferiría volver a la fábrica.

Estoy cubriendo una baja por embarazo y maternidad. Sé que, por desgracia, no va a ser una plaza para toda la vida, pero lo bueno es que cuando termine mi contrato, podré cobrar el paro ya que tengo bastante acumulado. Entre la prestación por desempleo y los ahorros que conseguí acumular, me da para vivir tranquila un buen tiempo.

Aquí estoy en la gloria, ojalá no tenga que irme nunca. Me refiero al trabajo, al piso y a la ciudad, todo me encanta. Después del infierno que he vivido, todo esto es lo más parecido a la gloria. Soy tremendamente feliz y haré lo posible para que esto no cambie nunca. Sé que lo de mantener el trabajo no está en mis manos ya que la plaza que estoy ocupando no es mía, pero por eso mismo en cuanto llegué aquí, empecé a estudiar para presentarme a las oposiciones. Voy a hacer todo lo posible por aprobarlas.

Si resumimos en qué consiste mi trabajo, podríamos decir que se trata de ayudar a otras personas. Ahora ya estoy metida en el ajo y tengo que seguir así, pero me he dado cuenta de que antes de ayudar a otras personas debería empezar a ayudarme a mí misma. Es algo que tengo pendiente desde hace años y creo que me lo debo, no puedo dejar que siga pasando el tiempo sin avanzar con mis traumas mentales.

Vengo de un pueblo pequeño en el que las mentes son muy cerradas. Siempre he oído comentarios como que "los psicólogos son loqueros" o "yo nunca iría a un psicólogo porque no estoy loco". Por suerte yo tengo una maravillosa mente abierta y sé que no hay que estar loco para ir a un psicólogo. Nunca he probado a ir a uno, pero pienso que ha llegado el momento de hacerlo porque creo que podría ayudarme a gestionar todo lo que ronda mi cabeza. ¿Qué pierdo por probar? Nada.

Tengo que decir que no siempre he tenido claro que iría a un psicólogo, pero al final me he decidido a dar el paso. Lo que no sé es si voy a ir ya o si esperarme a terminar de trabajar y ya tomármelo todo con más calma. De momento iré buscando e informándome por internet ya que no soy de aquí y no conozco a nadie a parte de mis compañeros de trabajo, no tengo ni idea de a quien voy a elegir. Imagino que al final haré como hacemos ya con todo: guiarme por las reseñas que encuentre en internet. Si tuviese que pedir que me recomienden una peluquería, por ejemplo, sería fácil contar con la opinión de mis compañeros, pero para una cosa así, no creo que tengan una gran experiencia en los psicólogos que hay por la zona.

Total, prisa no tengo. Si he pasado tantos años sin solucionarlo, puedo esperar un poco más.

LUCÍA

Después de todo lo que he contado, imagino que os estaréis preguntando qué es lo que me falta para considerar que mi vida es cien por cien perfecta. Vamos allá:

Como ya dije, me vi "obligada" a casarme. En aquella época David me parecía un chico guapísimo, me atraía de verdad y disfrutaba con él dentro y fuera de la cama. Estábamos en una edad en la que la libido estaba a flor de piel y nos las apañábamos como podíamos para tener nuestros encuentros. Creo que el querer poner solución a eso fue lo que me hizo aceptar y casarme con él.

En aquel momento yo pensaba que le quería, pero después me di cuenta de que el amor que sentía por él no era el que debería sentir por una pareja. Me di cuenta porque sí que empecé a sentir el amor correcto, pero fue por otra persona. Nunca llegué a nada con esa otra persona porque tengo claro que nunca traicionaría a David de esa manera. Es un ser maravilloso, muy buena persona y con un gran corazón, no se merecería algo así.

Supongo que fue eso mismo lo que me hizo confundirme en su momento. Un chico guapo, buena persona y con el que me divertía… combo perfecto. Creía que eso era lo que necesitaba en mi vida, pero eso no es suficiente, se necesita algo más. Yo a David lo veo más como un buen amigo con el que me apetece acostarme de vez en cuando que como marido.

¿Y por qué sigo con él? Pues porque me he acomodado y porque no quiero hacerle daño. A estas alturas de la vida, ¿cómo voy a tirar por la borda todo lo que hemos construido juntos? Y le partiría el corazón si le pido el divorcio, no puedo hacerle algo así. Él me quiere mucho y yo a él también, pero no de la misma manera.

A lo largo de nuestra relación me han llamado la atención otras personas, pero ahí se ha quedado la cosa, cuando me ha pasado, he intentado quitármelo de la cabeza y siempre lo he conseguido. Si una persona quiere, puede. Al final, en líneas generales, podemos hacer lo que queremos con nuestro cerebro si se sabe trabajar en ello. Quedaría feo que dijera lo contrario siendo psicóloga, me estaría haciendo muy mala publicidad. Aunque cuando se trata de trabajar con una misma siempre es más complicado que trabajar con algo que ves desde fuera.

David es el único hombre que ha pasado por mi vida y en ocasiones siento un deseo inmenso de probar otras cosas. Me considero bisexual desde que tengo uso de razón. Bisexual y atea, una perlita para mis padres. Menos mal que no tenemos la capacidad de leer mentes externas porque, si leyeran la mía, me hubieran desheredado hace años.

Con lo de ser bisexual y querer probar cosas nuevas no me refiero a por ejemplo hacer un trío con mi marido, que quede claro. Yo dentro de una relación soy conservadora también. Si a veces ya puede ser complicada una persona, imagínate dos. Todo lo que pueda complicarte la vida hay que dejarlo lejos.

Por cierto, lo de mi orientación sexual David no lo sabe. No se lo dije en su momento y ahora me parecería ridículo decírselo. Por lo tanto, no se lo he dicho nunca a nadie más porque ya sabemos que la gente se va de la lengua con mucha facilidad y no me gustaría que se enterase por otros. La única persona que lo sabe es mi hermana, porque en ella sí que confío plenamente.

CAPÍTULO 3

DOMINGO 5 DE ENERO

CLAUDIA

En el tiempo que llevo aquí he hecho buena amistad con mis compañeros de trabajo. Con unos más y con otros menos, claro. Los que somos más jóvenes quedamos regularmente para hacer algo juntos. Hoy he quedado con Martina para ir a jugar a bolos. No sé si me apetece más el hecho de jugar a bolos o el hecho de mirarle el culo cuando lanza la bola. Dejémonos de tonterías, voy a ser sincera: me mola más lo segundo, sin duda. Con ella no me corto ni un pelo, le tiro los trastos todo lo que puedo y nos reímos con ello. Es la tía más heterosexual que he conocido en mi vida, tengo asimilado que solo puedo dedicarme a soñar con tocarle el culo porque nunca será realidad. Pero a ella le parece gracioso que le tire los trastos y yo me divierto haciéndolo. Las dos ganamos.

Tiene el pelo negro y liso, ojos azules y es un poco más bajita que yo. El primer día que coincidí con ella en el trabajo ya me quedé perpleja al verla, después me enteré de que está divorciada y me llené de esperanzas, pero al conocerla un poco más descubrí que no me tocaría ni con un palo. Ni a mi ni a nadie que tenga lo mismo que yo entre las piernas. Una auténtica pena. Pero la entiendo perfectamente porque a mí me pasa lo mismo, pero al revés. Yo no tocaría ni con un palo a lo que los hombres tienen entre las piernas.

Antes de salir de casa le escribo un WhatsApp:

- No te olvides de ponerte leggins.

- ¿Y eso para qué?

- Para el deleite de mis ojos.

- Entonces queda descartado todo lo demás que tengo en el armario.

Y se pone leggins la muy cabrona. Ojalá tuviera una varita mágica para cambiar la orientación sexual de las personas. Qué bonito sería, ¿eh?

- ¿Sabes que te había dicho de coña lo de los leggins? – le digo al verla.

- Pero a ver, ¿a ti te gusta mirarme el culo?

- A mí me encanta.

- Pues si puedes disfrutarlo, ¿para qué evitarlo?

Y así son parte de nuestras conversaciones. A veces pienso en darle un morreo y a ver qué pasa. Quizás si lo prueba no le desagrada, pero no quiero correr el riesgo de joder nuestra amistad. Además, yo tengo veintiocho años y ella treinta y ocho, diez años de diferencia. Para mí no es problema, siempre me han llamado la atención las tías bastante más mayores que yo. Lo que pasé durante mi adolescencia me obligó a madurar antes de tiempo y me parecía que la gente de mi edad era muy inmadura comparada conmigo, sentía que no encajaba muy bien con ellos. Como eso a mí me supuso un problema en su momento, ahora cuando me junto con personas como ella que tiene diez años más que yo, no puedo evitar preguntarme si ella piensa lo mismo de mí. ¿Seré inmadura para ella? ¿O estaré a su nivel?

LUCÍA

David y yo, cuando tuvimos el local preparado para empezar a trabajar, decidimos ponernos el mismo horario para poder hacer actividades juntos en nuestro tiempo libre o incluso viajes exprés si nos apetecía. Y por supuesto, las vacaciones también las disfrutamos juntos y las aprovechamos para hacer un viaje más largo y placentero. Nos gusta nuestro trabajo, pero está claro que desconectar es algo necesario en la vida de cada persona.

Cada día nos levantamos juntos, nos arreglamos y bajamos al bar a desayunar antes de empezar la jornada laboral. El bar está también en la planta baja, lo único que lo separa de nuestro local es la puerta del edificio. Si te pones en la acera de enfrente y mirando hacia aquí, el bar queda a la derecha y nuestro local a la izquierda. En verano adoro sentarme en la terraza porque a esas horas de la mañana hace una temperatura agradable, pero ahora en invierno evidentemente nos sentamos dentro.

Desde hace unos meses, cada mañana pasa una chica por delante del bar que me llama mucho la atención. A cosas así me refería cuando decía que me apetece probar cosas nuevas. Por lo que ven mis ojos, me gustaría probarla a ella en concreto. No sé si esto que me pasa es de estar un poco loca, pero me levanto cada día pensando en bajar al bar para verla pasar. Y una vez más, ahí se queda la cosa. ¿Soy mala persona por estar desayunando con mi marido y estar mirando con deseo a la chica que pasa por delante? Si él lo supiera… Pero somos humanos, supongo que a él también le pasarán cosas así y no me lo cuenta, ¿no? ¿O solo me pasa a mí porque realmente no estoy enamorada de él? Nunca lo sabré porque nunca pienso contárselo.

Cómo son las cosas…yo me levanto cada día pensando en verla, rezando para que pase por allí para alegrarme la vista y ella ni siquiera sabe de mi existencia. Hasta deseo que algún día entre a tomar un café para poder observarla durante más tiempo, pero nunca entra, siempre pasa de largo. ¿Dónde irá cada día? ¿A trabajar? Tiene que ser eso, o tiene una rutina muy estricta porque

siempre pasa a la misma hora. Un minuto arriba o un minuto abajo pero siempre rondan las 7:45 de la mañana.

Es rubia platino, pelo tintado seguro, pero le queda muy bien. Lo tiene larguísimo y perfectamente liso. Los ojos no tengo ni idea de qué color los tiene porque nunca la he tenido cerca, pero poco me importa. El conjunto de su cara es perfecto y aunque tampoco he estado nunca de pie a su lado, tiene pinta de ser más alta que yo. Y bastante más joven también.

CAPÍTULO 4

MARTES 7 DE ENERO

CLAUDIA

Me queda poco tiempo para terminar de trabajar así que me he puesto a buscar psicólogos por internet. Hay una tal Lucía Torres que tiene muy buenas opiniones, pero lo malo es que trabaja de lunes a viernes por la mañana. No es que yo tenga nada en contra de los hombres, pero la verdad es que siempre me siento más a gusto hablando con una mujer. Y si es para contarle mis traumas, mucho más. Así que quiero que sea ella. Además, me va de lujo porque tiene la consulta muy cerca de mi piso.

Me he puesto en contacto con ella a través de su página web para ver si cabe la posibilidad de darme una cita para alguna tarde, sino tendré que esperar a estar libre. Podría haberle llamado, que sería mucho más rápido, pero me cuesta un poco dar este paso y he preferido ocultarme detrás de un teclado. Como ya dije, no tengo prisa.

Al poco rato me contesta que podría hacerme un hueco sin problema para el jueves por la tarde a las 17:00. Me va perfecto porque yo termino a las 16:00, me da tiempo de ir a casa a darme una ducha fría para congelar mis neuronas y no pensar en que voy a ir a contarle mis problemas a una persona que ni conozco. Yo no soy muy aficionada a contar mi vida a la gente, prefiero que me cuenten ellos la suya, pero sin pasarse. Todo tiene un límite, la información en exceso se me hace pesada.

Cuando se trata de hablar de mí siempre me pasa lo mismo: se me acumula tanta información en la cabeza de repente, que se me crea como una bola de ideas que no consigo deshacer. No sé por dónde empezar, no sé qué contar y qué no, y tampoco sé cómo explicarme. ¿Solución? Escuchar a los demás y hablar poco de mí. Eso sí que me resulta fácil.

Ahora trato de evitar pensar que tengo que sentarme en una silla a vomitar toda esa información en forma de bola, porque si lo pienso me entra como una especie de ansiedad. Llegaré allí y ya veremos. Imagino que parte del trabajo de una psicóloga es conseguir sacar la información que necesita para poder desarrollar su trabajo. Si tiene tan buenas opiniones en internet, seguro que sabrá llevarme a su terreno y conseguir de mí lo que quiera. Confío en ello, no me queda otra opción. Sino, me tocará seguir probando. Pero espero que no sea así porque si ya estoy acojonada de tener que contárselo a una persona, imagínate si tuviera que probar con varias. Abandonaría la misión, seguro.

LUCÍA

Yo normalmente trabajo de lunes a viernes por las mañanas. Intento ser bastante estricta con ello porque si voy cediendo, al final tendría que vivir adaptándome al horario de los demás y no me parece para nada una buena idea. Me gusta tener el fin de semana libre para desconectar y dedicarme a mis aficiones. No es que tenga muchas, pero me vale hasta con tirarme en el sofá a ver series. Soy más de series que de películas.

Tengo una página web en la que constan varias formas de contactar conmigo. Una de ellas es que pueden escribir en la misma web y yo lo recibo vía e-mail. Bueno, yo no, la secretaria. Ya que tenemos las dos consultas en el mismo sitio, tenemos una secretaria para que se encargue de recibir a las personas que llegan, atender llamadas, dar citas y hacer todas las gestiones que pueda resolver ella misma sin que tengamos que intervenir nosotros.

Ella gestiona nuestras agendas, pero cuando alguien quiere una cita por la tarde, nos consulta antes de decirle que no. Hoy ha escrito una chica que siempre trabaja por las mañanas, de lunes a viernes como yo. En un caso así sí que soy un tanto flexible porque si no le diera una cita por la tarde, tendría que elegir otro psicólogo. Realmente el hecho de tener una persona menos no me importaría porque tengo lista de espera, trabajo no me falta, pero si ha elegido pedir una cita conmigo por equis motivo, no quiero hacerle ese feo,

quiero que pueda tener la oportunidad de hacer lo que quiere, de tener a la psicóloga que ha elegido.

La opción de escribirme por la web la puse porque hay mucha gente tímida con baja autoestima que les cuesta muchísimo dar el paso de venir y, sobre todo, de llamar por teléfono para pedir una cita. Y el hecho de tener la facilidad de comunicarse por escrito, es una gran ayuda para ellos. En ocasiones podríamos decir que es su salvación.

Esa chica no ha sido capaz de llamar por teléfono así que estoy segura de que le ha costado dar el paso. Si lo ha dado, no puedo decirle que no le doy una cita. Ojalá pueda ayudarla con el problema que sea que tiene. Eso es lo que más me motiva a seguir día a día en mi trabajo. No existe mejor sensación en el alma que saber que has ayudado a alguien, aunque sea un poquito.

Hemos quedado en que vendrá el jueves a las 17:00. Hasta tengo ganas de que venga para saber qué es lo que la ha llevado a pedir cita con una psicóloga.

CAPÍTULO 5

JUEVES 9 DE ENERO

CLAUDIA

Tengo ganas de ir a trabajar y de que no termine nunca la jornada, que sea eterna. Esta tarde tengo la cita con la psicóloga y lo llevo fatal. Estos días he tratado de no pensar en ello, de echarlo de mi mente como si fuese una rata que entra a tu casa, pero hoy me está costando.

No paro de pedir al universo que sea una señora agradable, que me inspire confianza y que sepa sacarme hasta el último detalle sin que yo me dé cuenta de que estoy soltando por mi boca todo lo que pasa por mi cabeza. Y que sea eficiente, que realmente me sirva para algo el hecho de tener que pasar este mal trago.

Por desgracia la jornada no ha sido eterna, han llegado las 16:00 de la tarde y he tenido que salir de allí. He llegado a casa, me he duchado y cambiado y ahora estoy esperando delante de la consulta de la psicóloga. He llegado y está cerrado, imagino que será por el hecho de que no trabaja por la tarde y me ha hecho un hueco. Tengo dolor de barriga, siempre que estoy nerviosa por algún motivo se me va el nervio a los intestinos, supongo que no soy la única a la que le pasa. Y encima el tener que esperar me incrementa esta sensación. Espero que no se haya olvidado de mi cita y que sea puntual sino me va a dar algo.

A las 17:03 exactamente sale una chica de la puerta del edificio que queda justo al lado de la puerta de la consulta. La miro impactada, me pregunta si soy Claudia y…NO. ME. LO. PUEDO. CREER. ¡La psicóloga es Martina! Bueno, no es ella porque ésta no tiene la peca que tiene ella, pero es una copia. Sabía que Martina tiene una hermana, pero nunca me la ha presentado ni me había comentado que son gemelas. O estoy alucinando. Pero no creo, no estoy tan obsesionada con ella. Me atrae mucho, pero de eso a la obsesión hay un paso bastante grande. Claro, Martina Torres y Lucía

Torres, blanco y en botella. ¿Cómo he podido no caer en eso? Que seguramente hay miles de Torres en el país, por supuesto, pero podría haber indagado un poco más si me hubiese pasado por la cabeza que podría haber alguna relación entre ellas.

Me da la mano para presentarse, abre con la llave y me hace pasar con ella. La sigo y me siento donde ella me dice sin preguntarle si es hermana de Martina. Se supone que los psicólogos y sus pacientes no deben tener ningún tipo de relación fuera de lo profesional y no quiero que sepa que soy amiga de la hermana, no quiero que eso pueda influir en nada. Le hago un resumen de por qué estoy aquí y después me hace explicar extensamente desde el principio, desde cuando tuve mi primera mala experiencia que me causó un trauma. Vamos allá.

Mi vida era normal, como la de cualquier niña/adolescente feliz hasta que llegó la época en la que algunos amigos empezaron a tener moto. Eso es pasar a otro nivel a esa edad, a un nivel mucho más alto. Yo nací a finales de octubre, el 27 para ser más exacta. Hoy por hoy agradezco haber nacido a finales de año porque así tardo más que mis otros quintos en cumplir un año más, pero cuando era joven era una putada hablando claro. Todos empezaban a tener moto y yo ni siquiera podía apuntarme a la autoescuela para poder sacarme el carné. Yo le gustaba a un chico que sí que tenía así que lo que hice fue aprovecharme de eso para tener con quien ir. Éramos un grupo de amigos y todas las chicas estaban emparejadas con algún chico, y yo no quería ser menos. Una noche estábamos todos en un parque y las chicas convencimos a los chicos para que nos dejasen las motos para ir a dar una vuelta. Yo cogí el scooter del que era mi "enamorado" y una amiga subió conmigo a la misma moto. Fuimos por las afueras del pueblo porque yo no tenía carné y tampoco llevábamos casco y a partir de ahí, ya no recuerdo nada más.

Me desperté cinco días después en la unidad de cuidados intensivos del hospital, con mi madre de pie a mi lado. Hasta ese día me tuvieron sedada con altos niveles de morfina para poder soportar

el dolor y en ese momento me bajaron la dosis para que pudiera ser consciente de lo que tenía a mi alrededor. Estaba conectada a un montón de cables que no tenía ni idea de qué eran, no podía respirar con normalidad, no podía articular palabra y llevaba un pañal para poder hacer mis necesidades. A mis casi catorce años. Mi madre me explicó que tuve un accidente con la moto, choqué con un camión de acarreo. Yo en ese momento no recordaba lo que había hecho durante todo el día del accidente, mi último recuerdo era del día anterior, pero mi subconsciente sabía que había pasado algo de eso, no me sorprendió la noticia que me dio mi madre.

Me ofreció una libreta y un boli, no entendía muy bien por qué ni entendía por qué no podía hablar. Se lo pregunté por escrito y me dijo que tenía múltiples fracturas en la mandíbula, en la nariz y en los pómulos. Tenía la boca cerrada con alambres y gomas, otros dos alambres que iban desde dentro de la boca hasta las cejas para sujetar los pómulos, y la nariz taponada con gasas para que se consolidaran las piezas fracturadas. Llevaba una sonda nasogástrica para alimentarme y un tubo de traqueotomía para respirar por la tráquea en vez de por la nariz. Mi madre tenía que estar rota por dentro por ver lo que tenía ante sus ojos, pero fingió serenidad en todo momento y yo me sentí tranquila, no me paré a pensar en la apariencia que podía tener. Por "suerte" estaba postrada en la cama y no podía verme ni en el simple reflejo de una ventana.

El día siguiente por la mañana me desconectaron cables y me permitieron levantarme poco a poco, sentarme en una silla de ruedas y dar una vuelta con mi madre por el pasillo de la UCI. Casi que no tenía fuerzas ni para ponerme de pie para pasar a la silla, pero hice un gran esfuerzo porque quería salir de esas cuatro paredes, lo único que había podido ver durante las últimas veinticuatro horas. Y quería sentir la libertad de no estar conectada a todos esos cables, aunque fuese por unos minutos. Y pasar tiempo tranquilamente con mi madre ya que solo le permitían visitarme un par de veces al día, el resto del tiempo lo pasaba mirando al techo. Le pedí un discman y unas revistas y esa misma tarde me los trajo. La música fue mi salvación porque allí las horas no pasaban. Había

un gran reloj redondo en una pared y parecía que las manecillas siempre estaban inmóviles, solo cambiaban de posición cuando despertaba después de dormir algún rato.

Un día después, justo una semana después del accidente me pasaron a planta. Los primeros días no tuve valor de mirarme en el espejo, iba al baño y hacía lo posible por esquivarlo, hasta que me armé de valor y di el paso. Encontré un monstruo reflejado. Una cara hinchada que se podría comparar con un balón de fútbol, hematomas a nivel de los pómulos y las escleróticas (parte blanca de los ojos) completamente rojas por derrame. Además, tenía puntos de sutura en el labio superior y en las dos cejas. Y por si todo eso fuera poco, tenía la parte derecha de la cara totalmente paralizada. Cuando hablaba, que lo hacía con la boca cerrada y para decir palabras simples, esa parte se quedaba inmóvil, solo se movía la parte izquierda. No sonreí hasta un tiempo después y al hacerlo, descubrí que con eso también se quedaba inmóvil. Así que dejé de sonreír.

Cuatro días más tarde me hicieron una ortopantomografía y el cirujano me informó de que se había desplazado la mandíbula; tenían que volver a operarme. Salí del quirófano con otra cicatriz, por si no tenía suficientes. Cuando me recuperé de esa intervención, me quitaron las gasas que taponaban mi nariz y me cerraron la traqueotomía. Lo que antes era un tubito, se convirtió en una cicatriz más, pero por fin podía respirar por la nariz, podía respirar con normalidad.

Cuando me dieron el alta todo fue un proceso de recuperación larguísimo: visitas todas las semanas al cirujano maxilofacial y una dura rehabilitación para conseguir abrir la boca otra vez. Estuve unos cuantos meses con ello, me costó muchas lágrimas el dolor de la rehabilitación. A mí y a mi madre. No soportaba verme llorar y al final terminábamos las dos igual. Pero gracias a su insistencia, conseguí dar pasos hacia delante. Si no hubiese sido por ella, yo me hubiera rendido, estoy segura. Avancé gracias a ella; volví a poder

abrir la boca y recuperé casi que la totalidad de la sensibilidad de la parte derecha de mi cara. Volví a sonreír.

Pero ahí no terminó todo. Unos meses después, empezó a darme problemas una de las placas de titanio que llevaba en la mandíbula. Otra operación. Esa vez me operaron por dentro de la boca, así que desperté sin una cicatriz de regalo, el regalo fue que volví a perder la sensibilidad de la cara, y el cirujano me dijo que no volvería a recuperarla. Regalazo. Ese gran paso hacia atrás, después de haber llegado a estar casi bien, me hundió.

Me daba vergüenza salir a la calle e ir al instituto. Miraba las fotos de antes y me miraba al espejo y no me reconocía. Esa cara no era la mía, esa no era yo. El día del accidente no me puse casco por no despeinarme y no estar más fea, y con ello me jodí la cara para el resto de mi vida.

LUCÍA

He tenido un día intenso y ahora estoy de lujo en casa, la verdad es que me da pereza bajar a atender a la chica con la que quedé a las 17:00, pero ya no me queda otra opción. Casi sin darme cuenta he ido posponiendo lo de levantarme del sofá y se me ha hecho un poco tarde. Me levanto a toda prisa, me lavo los dientes, me peino y bajo. En cuanto veo a la chica que hay esperando en la puerta de la consulta se esfuma por completo la pereza que tenía antes de bajar. Es la chica que veo pasar por delante de la cafetería cada mañana a la misma hora. Gracias universo, esto va a ser mucho mejor que lo que yo pedía de que un día entrase a tomar café para observarla durante más tiempo. Ahora sí que la voy a poder observar bien y voy a saber de su vida.

Pasamos a la consulta, estoy un tanto nerviosa, pero trato de disimularlo. Le digo dónde puede colgar la chaqueta y la mochila y la hago sentarse. Es invierno desde que empezó a pasar por la cafetería, nunca la había visto sin chaqueta y tengo que decir que está mejor sin ella que con ella. Lleva una camiseta negra de manga larga ceñida por dentro del pantalón blanco pitillo y converse negras.

Me encanta lo que veo y me paro a pensar que esto no es muy profesional por mi parte. Se sienta en la silla que le he indicado y yo me siento en la mía.

Verdes. Tiene los ojos verdes. Y ahora que la tengo más cerca, me parece más guapa. Me gusta hasta su voz. Empieza a contarme resumidamente lo que pasó en su adolescencia y la hago empezar desde el principio, necesito que lo cuente todo con detalle y tal y como se sentía en su momento y cómo se siente ahora mismo. Tuvo un accidente en el que parece ser que se destrozó los huesos de la cara y no se siente bien con ella misma cuando se mira en el espejo. No me esperaba para nada algo así. Yo me fijé en ella hace tiempo por lo guapa que me parece y ella se odia a sí misma. Ojalá pueda hacerla cambiar de opinión, quiero ayudarla a que vea que no está en lo cierto.

La cicatriz que más se le nota es la de la traqueotomía, las otras no las hubiera visto si no me hubiera dicho que las tiene. Las de las cejas las tiene siguiendo la línea de la ceja, casi ni se ven y la del labio por lo que veo se la cosieron con mucho amor porque no se nota nada. La que ha nombrado que tiene en el lateral, entre la mandíbula y el cuello, no la veo y no quiero ponerme a buscarla descaradamente con mi mirada. Total, me da igual, estoy segura de que no va a ser para tanto como ella piensa.

Un tiempo después del accidente la volvieron a operar y perdió por segunda vez la movilidad en media cara. Le dijeron que se quedaría así para siempre, pero me ha dicho que por suerte el cirujano se equivocó y con el paso del tiempo recuperó gran parte de la sensibilidad. Hoy por hoy hace vida normal, lo que le pasó no la limita en nada, solo la limita lo que piensa sobre ella misma. No me equivoqué, es una persona insegura.

Qué rabia me da que una persona que podría valorarse muchísimo se vea tan mal. Es injusto. Cualquier órgano de nuestro cuerpo es importante y la mayoría imprescindibles para vivir, pero el cerebro tiene un gran peso. Si el cerebro está mal, todo lo demás está mal.

Necesito hacer que no lo vea así.

CAPÍTULO 6

VIERNES 10 DE ENERO

CLAUDIA

Ayer cuando llegué a casa tenía una sensación súper extraña dentro de mí. Era como si hubiera vaciado parte de un depósito que llevaba cargado en mi espalda. Y me sentía rara porque era como si hubiera perdido algo que formaba parte de mí, pero al mismo tiempo me había dejado más liviana. Una sensación contradictoria entre culpa y paz mental. Culpa por haber dejado escapar eso que llevaba encima y que ya formaba parte de mí, y paz mental porque necesitaba dejarlo escapar. Me hizo bien, o eso quiero pensar.

A Martina le conté lo del accidente, pero a modo resumen, tal y como empecé contándole a Lucía. Así se lo cuento a todo el mundo si sale a la conversación, sino, lo evito, me lo quedo para mí. Nunca lo había contado a alguien con tanto detalle como a Lucía y se me hizo raro. Raro por el hecho de contarlo con tanto detalle y porque era una cara conocida para mí, pero no una persona conocida. Cuantas sensaciones contradictorias en tan poco tiempo.

Lucía me dijo que, si quiero seguir con las sesiones, puedo ir cada jueves a la misma hora. Es todo un detalle por su parte el hacerme un hueco por la tarde sin tener realmente ninguna necesidad, leí por internet que no es tan fácil conseguir una cita con ella porque normalmente tiene lista de espera. Así que trabajo no le falta. Y una maniática como yo tampoco.

Ahora tengo un dilema: ¿le cuento a Martina que estoy haciendo sesiones con su hermana? Por una parte, pienso que sí que debería porque es una buena amiga y lo normal en una amiga es que, si después se entera, se puede sentir un tanto molesta por no habérselo contado. Pero debería entenderlo, ¿no? Por otra parte, pienso que no debería por lo que ya dije, para que no pueda influir. Porque seguro que, si se lo cuento, lo va a comentar con su hermana. ¿O cambio de psicóloga?

LUCÍA

Si antes ya pensaba constantemente en la chica que pasaba por delante de la cafetería, imagínate ahora. Ahora ya sé su nombre, su color de ojos, cómo está sin chaqueta y parte de su vida. Esto no sé si puede ser bueno. Después de ayudarla a ella con sus obstáculos mentales, necesitaré ayuda yo. Qué irónica que es la vida y que dichoso que es el destino…con tantos psicólogos que hay en la ciudad y tuvo que buscarme a mí.

Esta tarde he quedado con mi hermana. Nos vemos a menudo porque tenemos una relación muy especial, pocos hermanos conozco que se lleven tan bien como nosotras. Somos gemelas, imagino que lo de haber estado juntas desde que éramos una semillita debe tener algo que ver con eso. Ella también trabaja siempre por la mañana de lunes a viernes así que nos resulta fácil sacar tiempo para vernos. David todos los viernes por la tarde se va a jugar a pádel con algunos de sus amigos, a no ser que hagamos alguna escapada de fin de semana, claro. Yo normalmente aprovecho para llenarme la bañera, ponerme música relajante y tomarme un tiempo de relax conmigo misma, cosa que me parece muy importante. Pero hoy voy a cambiar ese plan por invitar a mi hermana a una cerveza en casa, quiero estar a solas con ella, sin David.

Habíamos quedado a las 18:00 porque a esa hora David ya debería estar empezando con el pádel y ya sería seguro que no aparecería por casa. Pero he cometido el error de decirle a mi hermana que tenía una cosa que contarle, así que ha llegado a casa antes de la hora prevista para no perder ni un minuto, para que se lo pueda contar en cuanto él se vaya.

- Pero ¿tú qué haces ya aquí? – le digo yo y ella mira por detrás de mí para asegurarse de que David no está a la vista.

- A ver, es que eso de que tú me digas que tienes algo que contarme no es algo muy normal porque llevas una vida bastante monótona y aburrida, no puedo esperar a que marquen las seis en

punto en el reloj – me dice con voz baja. Menos mal que aparte de cotilla, es precavida.

- Pasa, por suerte para ti, David ya no está, puedes hablar con tu tono de voz normal e insoportable.

- Gracias por tu bonito piropo, hermana.

Mi piso es bastante grande. Cuando lo compramos, la cocina era independiente, pero eso no nos gustaba y decidimos quitar la pared y poner una barra. Voy directamente a la nevera en silencio a sacar dos cervezas y ella se queda por la parte de fuera de la barra.

- ¿Y bien? ¿Vas a hacerme esperar más? ¿Tienen que ser las dieciocho y cero minutos para que hables?

- Vamos al sofá, impaciente. No es algo tan importante, simplemente necesito contárselo a alguien y la única que puede saberlo eres tú.

- Me siento importante – dice con orgullo.

- Es que lo eres – nos miramos con el amor que nos tenemos – A ver… ¿recuerdas la chica que te dije que pasa por la cafetería y me llama la atención?

- Sí, claro.

- Ayer por la tarde vino a mi consulta.

- ¿Por la tarde? Pero si tú trabajas por la mañana. ¿O no fue como paciente? No me digas que le estás poniendo los cuernos a David – me mira con los ojos muy abiertos.

- ¡Madre mía!, ¿cómo puedes ser tan retorcida? ¡Eso nunca lo haría! Le di una cita por la tarde porque me escribió y me dijo que por las mañanas no puede y decidí darle la oportunidad.

- ¿Y? ¿Qué más tienes que añadir?

- Pues que ahora que la he visto de cerca me gusta más.

- A ver Lucía…es normal que con tantos años de matrimonio pases épocas en las que te pueda llamar la atención otra persona,

somos humanos. Pero a ella ni siquiera la conoces y como bien dices, no le pondrías los cuernos a David. Además, ¿sabes que no es correcto que atiendas a una persona por la que sientes algo?

- Sentir atracción física no creo que se pueda considerar sentir algo y no me hace menos profesional el atenderla a ella.

- Bueno, tú verás. Yo no digo que seas menos profesional por hacerlo, pero puede influir en el proceso.

- ¿Y qué es lo que se supone que debo hacer? ¿Le digo que se busque otro psicólogo porque llevo muchos años casada y tengo curiosidad por probar cosas con ella?

- Más te vale no decirle eso – se ríe – no te conviene que diga por ahí que eres una pervertida.

- A mí no me hace tanta gracia. Sin querer, me he metido en la mierda y no sé cómo salir de ella.

- Pues no salgas, deja que la vida te sorprenda.

CAPÍTULO 7

LUNES 13 DE ENERO

CLAUDIA

Llego al trabajo y a la primera persona que me encuentro es Martina. Coño, la misma cara que la psicóloga. Así es imposible no pensar en lo que estoy haciendo y no le estoy contando. Me siento como si estuviera traicionándola. Una cosa es que no le cuente cosas de mi pasado, pero otra cosa es que no le cuente algo que estoy viviendo en estos días y que además es algo tan cercano a ella. Me va a matar si algún día se entera, pero de momento la cosa seguirá así, lo tengo claro. Sólo espero que no me proponga hacer planes un jueves por la tarde porque no sé qué excusa tendré que inventarme.

Y aquí viene el siguiente problema: Martina físicamente me encanta, pero hay algo en su personalidad que no me termina de encajar, que hasta ahora me ha parecido una suerte porque así he evitado llegar a sentir algo más por ella. Pero hay una persona físicamente idéntica a ella que estoy segura de que tiene una personalidad distinta a la suya. Y es mi psicóloga, es la persona que, en principio, va a ayudarme a que supere mis traumas mentales o a que aprenda a gestionarlos. ¿Y si me atrae su forma de ser y termino sintiendo algo que no debería? De Martina creo que no podría enamorarme porque es una persona muy despreocupada, parece que todo le da igual y eso me echa muy para atrás. Es otro trauma que tengo: que las personas no se preocupen por mí. Pero Lucía… ¿cómo será Lucía?

Lo mire por donde lo mire, la mejor opción sería cambiar de profesional, pero se ha ofrecido a atenderme cada jueves por la tarde sin ser su horario habitual, quedaría fatal si ahora le digo que no voy a ir. La tal Lucía Torres podría haber sido una señora mayor a punto de jubilarse, así me hubiera evitado todo esto. Y también creo que me sentiría más cómoda contándoselo todo. A mí las chicas que me atraen me imponen muchísimo. A Martina le tiro los trastos

porque hay confianza y sé que nunca pasará nada con ella y se lo toma a broma, sino ni de coña me atrevería a hacerlo. Miro mi cara que para mí es imperfecta y miro la suya y sé que jamás podría gustarle a alguien como ella, aunque fuese lesbiana.

Tengo asimilado que me voy a pasar la vida sola, tengo un gusto demasiado exquisito y yo no me merezco a alguien como alguna de ellas dos. No estoy a su nivel. La única vez que le he gustado a alguien fue una chica que formaba parte de mi grupo de amigas. Ella al principio no se atrevió a decírmelo, pero yo me di cuenta, y un día que salimos de fiesta la besé en el baño de una discoteca. Estuvimos un tiempo liándonos y acostándonos y ella empezó a ilusionarse. Yo no me imaginé que pudiera estar enamorada de mí hasta que un día me dijo "te quiero". Ahí fue cuando tuve claro que tenía que cortar por lo sano porque yo no sentía lo mismo que ella, no pude decirle las mismas palabras. Nunca pronunciaría esas palabras sin sentirlas. Justo después de decírmelo, le dije sinceramente lo que sentía, o más bien lo que no sentía, y ahí terminó todo.

Nací y me crie en un pueblo muy pequeño, allí las personas homosexuales nunca salen del armario, viven amargadas toda su vida. Yo pensaba que nunca encontraría el amor y cuando me di cuenta de que le gustaba a esa amiga, creo que quise probar a ver si podía llegar a ser algo más. No sé si fue por el simple hecho de probar con una chica o fue por el hecho de sentirme bien gustándole a alguien. Después de mi accidente siempre he buscado la aprobación de los demás y ella por lo visto me veía muy guapa, era algo esperanzador para mi autoestima. Pero a mí realmente nunca me despertó nada. Como ya dije, yo me sentía más madura que la gente de mi edad y ella tenía dos años menos que yo, para mí había un abismo entre las dos.

Después de eso tuve claro que nunca más volvería a intentar algo sin estar segura de quererlo porque le hice daño a ella y por consecuencia, a mí también. Nunca he tenido intención de hacerle daño a nadie, y menos a una amiga. Con el paso del tiempo

volvimos a tener una relación de amistad como si no hubiera pasado nada, pero ya no fue exactamente igual que antes.

LUCÍA

A veces me da envidia mi hermana; está soltera y puede hacer lo que le dé la gana. Qué pena que ella tiene una peca en la cara que yo no tengo, sino me cambiaría por ella algunos días. Con esa diferencia tan a la vista, en general no sería fácil que cuele. Si estuviera en su lugar podría acercarme más a Claudia sin tener consecuencias. Y yo no sé por qué estoy pensando en esto, si a lo mejor es la tía más heterosexual que hay sobre la faz de la tierra. Imagino que en algún momento hablará de algo que me dé información sobre su orientación sexual.

Quiero que llegue ya el jueves, quiero verla, saber más de su vida y saber cómo se sintió el otro día después de la sesión que tuvimos. Para algunas personas es fácil abrirse y contar su vida privada, pero por cómo empezó a contarme su historia, estoy segura de que para ella no fue nada fácil. Hay personas que sin que les preguntes, empiezan a contártelo todo con pelos y señales, pero a ella tuve que ir tirándola de la lengua, era como si se sintiera obligada a hacerlo. Pienso que ha hecho un gran esfuerzo dando este paso y espero que no se eche atrás. Realmente no me extrañaría recibir un mensaje suyo diciéndome que no vendrá a la próxima sesión. La secretaria sigue revisando el correo cada día como de costumbre, pero a parte, yo también lo reviso por si aparece un mensaje suyo. Si soy sincera, me jodería bastante que no venga. Quiero saber qué cosas más la inquietan y quiero ser la persona que la ayude a gestionarlas y superarlas. Me sentiría muy bien si lo consiguiera. Sería bueno para ella y para mí.

Hay pocas cosas en la vida que satisfagan más que conseguir ayudar a alguien. Yo pienso que no me equivoqué de profesión y ojalá pueda ejercerla toda la vida. Al final cada caso para mí es como un reto personal. Me importan las personas y su bienestar emocional y si soy yo el empujón que necesitan para mejorarlo, me convierte en la persona más feliz del mundo. Lo único que no me

gusta de todo esto es que a veces sufro yo con ellos. En eso también envidio a mi hermana porque ella es bastante poco empática. Tan iguales y tan diferentes al mismo tiempo…

Hace unos años atendí a una chica bastante joven que había intentado suicidarse. Estuvimos un par de años haciendo sesiones y cuando parecía que estaba mejor, consiguió lo que quería: acabar con su sufrimiento. De alguna manera se mató a ella y me mató a mí. Estuve mucho tiempo mal porque sentía que no había hecho bien mi trabajo, que quizás había sido por mi culpa, pero trabajé conmigo misma y además David me apoyó mucho. Lo superé, entendí que no había sido realmente mi culpa, simplemente era su objetivo. Pero dentro de mí siempre quedará la duda de si lo podría haber hecho mejor.

CAPÍTULO 8

JUEVES 16 DE ENERO

CLAUDIA

En varias ocasiones me ha pasado por la cabeza cancelar la cita con Lucía, tengo una gran lucha interna, pero no puedo hacerlo. Ya he dado el paso, tengo que seguir avanzando, no puedo quedarme estancada como lo he estado toda mi vida.

Llego unos minutos antes de las 17:00, la espero en la puerta como el jueves pasado, pero hoy ha sido más puntual, no he mirado la hora justo cuanto ha salido, pero diría que no eran ni las cinco aún. Y hoy me recibe con una sonrisa, igual que la que tiene Martina, pero su mirada me transmite paz. Es justo lo que necesito antes de entrar a la consulta: puntualidad y paz, así entro más relajada.

Primero me pregunta cómo me sentí el otro día cuando salí de aquí y después me hace seguir donde lo dejé.

Cuando me estaba recuperando de esa última intervención quirúrgica, mi madre me decía que tenía dolor en la zona de la entrada del estómago. Fue varias veces al médico de cabecera de mi pueblo y él le daba como solución tomar analgésicos. Después de cerca de un año yendo en reiteradas ocasiones a quejarse porque no se le pasaba el dolor con medicación, por fin consiguió que la derivaran a un especialista. Le hicieron una tomografía computarizada y vieron una masa en el hígado, le hicieron una biopsia y el resultado fue un carcinoma hepático. Cáncer para ser más claros. Odio esa palabra.

Las pruebas se las hicieron en el hospital más cercano a mi pueblo, pero después la derivaron a un hospital más especializado, que fue al mismo que me derivaron a mí cuando vieron la magnitud de mi accidente. Cuando pensé que ya no tendría que volver más a

ese hospital que me traía tan malos recuerdos, otra vez empezamos desde cero con otro problema.

La operaron, le quitaron la masa y parte del hígado. Tenía una cicatriz desde debajo del pecho izquierdo hasta la cresta ilíaca derecha. Nunca me paré a contar los puntos de sutura que le habían puesto, pero estoy segura de que llevaba más de cuarenta. Yo tenía quince años y ella quería apañárselas sola porque no le parecía adecuado que una "niña" como yo tuviera que ver esas cosas. Después de lo que tenía que haber soportado ella con mi accidente, ¿cómo iba a dejar que se lo solucionase todo sola? La convencí para que se dejase ayudar y la cuidé todo lo bien que supe, igual que hizo ella conmigo en su momento.

Cuando se recuperó de la operación empezaron a bombardearla con una burrada de sesiones de radioterapia y quimioterapia. Siempre era la misma rutina: íbamos a la estación de tren de mi pueblo, llegábamos a la ciudad, cogíamos un autobús para ir al hospital, le hacían una analítica, esperábamos a los resultados y si estaba en buenas condiciones, se pasaba horas enganchada a una vía, si no estaba en buenas condiciones, teníamos que volver a casa y el viaje había sido en vano.

Nos pasamos un largo tiempo así hasta que terminó las sesiones de quimio y radio que le habían dicho en un principio y le hicieron una TC de control. ¿El resultado? Metástasis en varios órganos. Creo que hubiera salido ganando si no le hubieran hecho nada, se hubiera ahorrado todo el sufrimiento de las consecuencias de la quimioterapia porque llegó a lo mismo que hubiera llegado si simplemente hubiera dejado pasar el tiempo: tener el cáncer repartido por todos los sitios.

Le ofrecieron más quimioterapia y ella aceptó. Tengo que decir que al ser yo tan joven e inocente, pensé que saldría de esa, que mi madre podría con todo porque era muy fuerte y luchadora. Y lo fue, pero no le sirvió de nada. Empezó a perder peso, fue perdiendo la memoria, se le hinchó el abdomen y su rostro parecía el de un cadáver vivo. Un día se levantó vomitando sangre, llamamos a

emergencias y una ambulancia nos llevó al hospital más cercano para que la atendieran lo antes posible y ahí terminó su batalla. Ella tenía 54 años y yo 18 recién cumplidos.

Yo creía que ese momento no llegaría nunca, pero ella sabía que sí que lo haría y me hizo prometerle una cosa: que cuidaría de mi abuela (su madre) por el resto de sus días. Y se lo prometí.

LUCÍA

Me siento como una adolescente esperando a que el chico guaperas pase a recogerla con la moto, pero en este caso no es un chico guaperas, es una chica. Y no viene precisamente a recogerme con la moto, pero me parece aún más interesante el motivo por el que viene. Son las 16:50 y voy a ponerme la chaqueta ya y bajar porque confío en que ya haya llegado. Y sí, ahí está. Hoy se me dibuja una sonrisa al verla y espero haberle transmitido algo de confianza con ello, creo que la necesita. Mientras bajaba con el ascensor aún tenía dudas de si vendría o no y me ha alegrado que no se haya echado atrás.

Le pregunto cómo se sintió la semana pasada al salir de aquí y me dice que se sentía extraña, como si hubiera hecho algo malo desprendiéndose de lo que llevaba dentro. Lo sabía. Intento hacerle entender que no debería abandonar las sesiones y que no está haciendo nada malo con ello, más bien es al revés, está dando pasos hacia una nueva Claudia, hacia una nueva forma de ver las cosas.

Me cuenta lo que le pasó a su madre justo cuando ella empezó a estar bien después del largo camino que recorrió por lo del accidente, pero a mí me falta algo de información.

- No has nombrado a tu padre en ningún momento.

- Porque mi padre sólo estuvo físicamente.

- ¿Qué quieres decir con eso?

- Que él estaba y sigue estando, pero no como debería, siempre ha sido una persona bastante despreocupada.

- ¿Y cómo te afectó eso a ti?

- Yo crecí con eso, para mí era lo normal y teniendo a mi madre no necesitaba a nadie más, ella era más que suficiente. El problema vino cuando ella ya no estaba, sentí que me había quedado sola en el mundo. Cuando falleció, yo estaba en segundo de bachillerato y después me fue mal, repetí ese curso. Cuando terminé el bachillerato me fui a estudiar lo que quería y cuando llegó el momento vine a la ciudad a hacer las prácticas y estaba feliz porque me gustaba lo que estaba haciendo, pero llegaba a casa y no podía compartir esa felicidad con nadie. Mi padre nunca me preguntó qué tal me iba y a mí nunca me nació contarle lo que estaba viviendo. Eso me creó siempre una sensación de rabia e impotencia y me hacía necesitar más a mi madre. Vivía pensando que daría lo que fuera para poder hablar un ratito con ella y poder contarle lo bien que me iba. Necesitaba que supiera que después de tanto tiempo, empezaba a ver un poco de luz al final de túnel y que había algo que empezaba a hacerme feliz. Aunque nada me hubiera hecho más feliz que tenerla a ella.

Unos diez minutos antes de terminar la sesión le pregunto si ha hecho meditación alguna vez. No lo hago con todos los pacientes, pero pienso que a ella le podría ir bien. Me dice que nunca ha creído en que eso funcione. Mal empezamos, pero estoy segura de que cambiará de opinión en cuanto lo haga cada vez que lo necesite. Le hago una meditación guiada y después la hago abrir los ojos y levantarse poco a poco.

- Sería importante y te podría ayudar mucho que hagas meditación cada vez que empieces a pensar en todo esto que me has estado contando. Puedes ponerte por ejemplo un video de Youtube, hay miles. Necesito que lo hagas cada vez que te pase.

- Vale, lo haré.

- ¿Me lo prometes? – le sonrío.

- Te lo prometo – me contesta tímida. No sé si será porque al no creer en ello, piensa que se me va la olla o porque ya se ha dado

cuenta de que no está tan mal la meditación.

- Hazlo así y el próximo día me dirás si sigues opinando lo mismo que me has dicho antes. ¿Nos vemos el jueves que viene a la misma hora?

- Sí, aquí estaré. Muchas gracias.

CAPÍTULO 9

SÁBADO 18 DE ENERO

CLAUDIA

He quedado con Martina para tomar unas cervezas. Es nuestra rutina de casi cada sábado. Pero no por la noche, dice que ya está mayor para eso y que si se acuesta tarde, después está dos días con resaca. Dice que es un Dios la persona que inventó los tardeos y la verdad es que pienso lo mismo, no lo voy a negar. Vamos a comer a un restaurante y después vamos a un bar en el que toca un dúo en directo, para entrar en calor, aunque sea enero y toquen en medio de la calle. La cantidad de gente que hay y unas cuantas cervezas en el cuerpo te quitan el frío.

Sobre las 17:30 de la tarde termina el dúo y nos vamos al primer pub que abren. A todo esto, le llamamos "ruta barítima". Un bar detrás de otro y cada uno a su correspondiente hora. Mientras estamos de camino al pub y aprovechando la tranquilidad del camino empezamos a hablar:

- ¿Te he contado alguna vez que mi hermana y yo somos gemelas? – me dice Martina y yo pienso: "a buenas horas mangas verdes".

- ¡¡¡¿¿Queeeeé??!!! ¿Me estás diciendo que existe otra tía que está exactamente igual de buena que tú? – y en cuanto lo digo, me arrepiento de mis palabras. Me parecía mal estar ocultándole que soy paciente de su hermana y encima ahora he hecho la bola más grande porque, al seguirle el rollo, le acabo de mentir indirectamente. ¿Cómo voy a salir de esta? Porque estoy segura de que en algún momento se descubrirá el pastel. Las mentiras siempre salen.

- Sí. En cuanto a personalidad no tenemos nada que ver, pero físicamente somos dos gotas de agua. La única diferencia es que ella no tiene esta peca – me la señala y yo pienso: lo sé, y suerte que

tenéis esa diferencia, sino hubiera pensado que estoy loca cuando la vi.

- ¿A que vas a darme una alegría y decirme que a ella sí que le van las tías? Ya que tú me das calabazas siempre…tengo otra opción.

- Lo siento, pero está casada. Estoy tratando de convencerla para que salga un día con nosotras porque creo que necesita salir un poco, pero de momento me ha dado calabazas como yo a ti.

- Pues qué pena que esté casada y qué pena que no salga con nosotras porque nada me alegraría más que teneros a las dos a la vista – miento una vez más, pero a medias, porque sí que me alegraría de tenerlas a las dos, pero no quiero que salga con nosotras porque ya no tendría escapatoria, saldría a la luz mi secreto.

- Tía, ¿y por qué no vamos algún día a una discoteca de ambiente?

- ¿Para qué?

- Para ver si ligas.

- Sólo abren por las noches y tú estás mayor para eso.

- Pero por ti lo haría, tontorrona – y me toca el culo.

- Oye no sobrepases los límites que yo me estoy muriendo por hacer lo mismo.

- Pues hazlo, no creo que te corras por tocarme el culo.

- Quién sabe…no te imaginas el tiempo que llevo a dos velas.

- A ver, prueba – me coge la mano y la pone en su culo. Yo gimo fingiendo un orgasmo y nos reímos a carcajadas las dos. No quiero saber lo que habrán pensado las personas que venían unos metros más atrás de nosotras. Cerveza no vuelvas a mí, por favor.

LUCÍA

Ayer después de trabajar fui a comer con mi hermana y está empeñada en que salga un día de tardeo con ella, dice que llevo una vida muy rutinaria con David y que debería salir un poco para despejar la mente. No me imagino dejándolo en casa y marchándome por ahí y volviendo a las tantas y posiblemente borracha. ¿Estamos locos o qué? Yo nunca he hecho eso y él tampoco. Menos mal, porque si fuese el típico tío que pasa más tiempo en el bar que en casa, mal lo llevaríamos.

Hemos reservado hora en un spa que nos queda relativamente cerca de casa. Mi hermana tenía razón con lo de que llevo una vida rutinaria con David, pero a veces tratamos de hacer algo diferente como lo que vamos a hacer hoy. Además, tengo que decir que algunas rutinas me gustan. Como por ejemplo ir a desayunar cada mañana o tomar una copa de vino los sábados por la noche. Para mí, la palabra "rutina" no siempre es sinónimo de "aburrido". Si dejase de hacer esas rutinas algún día, estoy segura de que las echaría de menos.

Estamos de relax una hora y media en el spa, después vamos a casa, nos duchamos y nos servimos esa copa de vino. Me quedo mirando a David; me sigue pareciendo atractivo. Es moreno con bastantes canas. Los cuarenta y tres años se tienen que notar. Por suerte de momento conserva todo su cabello como si fuese un adolescente. Tiene los ojos oscuros y siempre va perfectamente afeitado, cosa que le agradezco enormemente porque odio los pelos. Es alto y, aunque nunca ha ido al gimnasio, tiene buen cuerpo, imagino que lo llevará en el ADN. En el trabajo pasa muchas horas sentado y el único deporte que hace son las partidas de pádel los viernes con sus amigos.

Está sentado en uno de los dos taburetes que tenemos en la barra de la cocina, con las piernas estiradas y los pies apoyados en el suelo, yo me he quedado de pie en la otra parte de la barra. Me acerco a él, le hago doblar las piernas y apoyar los pies sobre el travesaño del taburete. Sonríe, sabe perfectamente a lo que voy. Me siento encima de él y le beso durante unos segundos. Me quito la

camiseta, no llevo sujetador y se queda con los ojos abiertos como platos, como si no me hubiera visto nunca las tetas. Le pongo las manos sobre ellas y sigo besándolo. Él lleva pantalón de pijama y al estar sentada en su regazo, tardo poco tiempo en notar su erección. Nos hace levantarnos, me quita mis pantalones, me sienta sobre la barra y empieza a tocarme mientras sigue besándome. Deja de tocarme y acerca su erección a mi entrepierna con los pantalones puestos aun, rozándome para excitarme al mismo tiempo que lame mis pezones. A mí empieza a subirme el nivel de excitación, así que le bajo los pantalones y yo misma hago que me penetre. Lo hace lento porque pone un dedo en mi entrepierna y hace movimientos circulares para darme placer. Se centra primero en mí, hasta que consigo correrme y después lo hace a su ritmo hasta correrse él.

Últimamente es un tema que tenemos bastante abandonado, tengo entendido que pasa en todos los matrimonios, supongo que no somos los únicos. Yo siempre he sido una persona bastante activa sexualmente, pero, en general, ya no siento el mismo deseo por él. No sé si está relacionado con la edad o es que ya no es una cosa nada nueva para mí. Sea como sea, a veces sí que me apetece. Una tiene sus necesidades…

Y, justo después de hacer el amor con mi marido me jode bastante estar pensando en esto, pero me he acordado del jueves. Cuando hice a Claudia tumbarse en el sofá para meditar, tuve que cerrar los ojos para no mirarla porque se me iba la mente donde no debía y yo tenía que concentrarme en hacerle la meditación. Ahora creo que no es cosa de la edad, mi deseo sexual sigue intacto cuando quiere. Verla ahí tumbada era como si me estuviera pidiendo a gritos que me pusiera encima de ella. Cómo me hubiera gustado…

CAPÍTULO 10

JUEVES 23 DE ENERO

CLAUDIA

Hoy tengo la tercera sesión con Lucía y voy un poco más tranquila, noto diferencia desde el primer día que fui. Creo que su forma de ser y de tratarme me está ayudando mucho a sentirme con más confianza para abrirme a ella. He cumplido con lo que me dijo, he hecho meditación cada vez que mis preocupaciones han empezado a ocupar más espacio en mi cabeza del que deberían, y estoy gratamente sorprendida. No me esperaba para nada el efecto que han tenido en mí. Me hacen relajarme y desconectar de verdad. Pero una cosa tengo que decir: no quiero criticar las meditaciones guiadas que hay en Youtube, hay algunas que están bien, pero nada se compara con escuchar la voz de Lucía, la prefiero mil veces, transmite una paz enorme y además es sensual, no lo voy a negar.

Mismo día, misma hora y mismo sitio. Unos minutos antes estoy delante de la consulta esperando, de espaldas a la puerta y cotilleando Instagram para ocupar el tiempo de espera, que confío en que no sea mucho. Hace un frío horrible y realmente no estoy concentrada en lo que estoy mirando en la pantalla. Guardo el móvil y pongo las manos en los bolsillos.

- Te vas a congelar – oigo por detrás de mí y doy un salto porque me ha asustado. Me entran ganas de decirle que podría darme calor ella, pero me callo por educación y respeto, ahora ya sé que está casada. Y no estaría muy bien que me dé calor mi psicóloga, tengo que reconocerlo. Me giro, le sonrío – pasa.

Hoy ha salido directamente de la consulta, no de la que imagino que es su casa. Entro, me quito la chaqueta, la dejo donde siempre y me siento.

- ¿Cómo estás? ¿Aun tienes esa sensación de culpabilidad por hablar de tus preocupaciones?

- Lo llevo mejor – no estoy acostumbrada a que me pregunten cómo me siento, eso es justo lo que me había faltado durante años – cuando llego a casa sigo teniendo una sensación de vacío, pero mientras estoy aquí y unas horas después de esa sensación, me siento bien.

- Me alegro – se le dibuja media sonrisa - ¿y has cumplido con la meditación?

- Sí.

- ¿Y qué opinas sobre ello?

- Que ojalá te hubiera conocido antes – me río para que parezca medio de broma, pero lo digo muy en serio y en todos los sentidos.

- También me alegro de oír eso. ¿Y quieres seguir donde lo dejamos?

Incumplí la promesa que le hice a mi madre. La estuve cumpliendo durante mucho tiempo, pero dejé de hacerlo. Después de que falleciera mi madre, mi abuela estaba en buenas condiciones, así que pude estudiar y más tarde me desplacé a vivir a la ciudad para hacer las prácticas sin problema. En cuanto las terminé, volví al pueblo y encontré trabajo en esa fábrica y mi abuela empezó a empeorar. No es que necesitase a una persona a su lado veinticuatro horas al día, pero era bastante dependiente. Empezó a tener alucinaciones y le diagnosticaron demencia senil. Le dieron un medicamento que la hacía estar más o menos dentro de una órbita aceptable, pero tenía que prepararle la comida, ducharla, ponerle pañal…vamos, todo lo que se hace cuando tienes a un bebé.

Yo trabajaba muchas horas y estaba agobiadísima con todo eso, pero aguanté varios años así y estaba dispuesta a hacerlo muchos más si era necesario. Pero un día me llamaron para cubrir una baja de lo que había estudiado y no era cerca de mi pueblo, tenía que desplazarme, así que tuve que rechazar la oferta de trabajo. En ese momento me di cuenta de que no podía seguir así, no tenía vida y tampoco tenía opción de labrarme mi futuro. Con todo el dolor de mi corazón, empecé a mover hilos para buscar una residencia para mi

abuela y un tiempo después conseguí plaza para ella en la mejor que había, tenía claro que no iba a dejarla en manos de cualquiera.

Nueve años estuve cuidando a mi abuela, nueve años cumplí mi promesa. Yo seguí trabajando en la fábrica y cada domingo iba a verla a la residencia. Y esperaba a que me volvieran a llamar para ofrecerme trabajo y poder aceptar esta vez. Ella me decía que estaba bien y que eran un amor todos los trabajadores de allí. No sé si me lo decía de verdad o lo hacía para que yo tuviera la conciencia tranquila, pero a mí el sentimiento de culpa no me lo quitaba nadie. Por una parte, pensaba que después de todo lo que había pasado, me merecía hacer mi vida y poder ser feliz, pero también me pregunto si eso que hice fue abandonarla y si mi madre estaría decepcionada conmigo. Y, por desgracia, son dos preguntas que me pasarán por la cabeza millones de veces, pero nunca tendrán respuesta. Tengo la sensación de que siempre viviré preguntándome si mi madre estaría decepcionada, es la mayor carga mental que he tenido durante todo este tiempo.

LUCÍA

Me parece increíble que una persona que en estos momentos tiene 28 años, haya podido vivir tantas cosas malas. Sí que se merece ser feliz y empezar a disfrutar la vida, que por lo que me cuenta, lo ha podido hacer muy poco.

Yo no me puedo quejar poque siempre he tenido lo que he querido y he hecho lo que me ha apetecido. A parte de mi trabajo, no he tenido otras obligaciones. David alguna vez me ha dicho que podríamos tener un hijo, pero yo nunca he estado por la labor, siempre hemos puesto medios para evitar un embarazo, así que, por no tener, no tengo ni obligación como madre. Ahora el pensar en que Claudia debería disfrutar de la vida, me hace preguntarme si yo también debería tratar de disfrutar más y dejar un poco de lado esta vida que a veces se me hace monótona. A lo mejor me estoy dejando llevar y vivo haciendo las cosas a las que estoy acostumbrada sin darme la oportunidad de vivir nuevas experiencias.

Claudia ha cambiado de opinión sobre la meditación, me ha comentado que le ha ido bien. Así que una vez más, cuando faltan unos diez minutos para terminar la sesión, se lo ofrezco.

- ¿Quieres que hagamos meditación? ¿O prefieres hacerla tranquilamente en tu casa?

- Prefiero que me la hagas tú, me relaja tu voz.

- Perfecto, pues vamos allá. Túmbate y cierra los ojos – hace lo que le he dicho, cojo una silla y me siento delante de ella – voy a poner mis dos manos sobre ti, si me lo permites.

- Sí, claro.

- Necesito que todo lo que te voy a decir, lo pienses concentrándote en mis manos, ¿de acuerdo?

- De acuerdo.

Pongo mi mano izquierda entre su cuello y su pecho, a nivel del esternón, y mi mano derecha sobre su vientre. Esto nunca lo he hecho con nadie, pero es la única forma que tengo de acercarme a ella y descubrir qué siento al entrar en contacto. Inmediatamente pienso que no ha sido buena idea, pero ya no puedo echarme atrás, tengo que seguir con lo que he empezado. Trato de concentrarme para guiarla durante la meditación y después le digo que le doy dos minutos para que vaya volviendo en sí. Mis ojos se van a mi mano derecha, la que tengo sobre su barriga, y veo el borde de su pantalón. La camiseta que lleva es relativamente corta y queda a la vista como un centímetro de piel. Me gustaría desplazar la mano y poder llegar a tocar esa piel y quizás…deslizarla hasta llegar dentro del pantalón. Automáticamente miro mi otra mano para dejar de pensar en ello y no sé si puedo mejorar mi pensamiento: esa mano queda demasiado cerca del pecho. Lucía, la próxima vez deja tus manos quietecitas y tu cerebro también, por favor, no te acerques a Claudia, es peligroso.

En cuanto suba a casa, espero que David esté por la labor de repetir lo que hicimos el sábado porque este fuego que tengo dentro

ahora mismo, necesito apagarlo de alguna manera. ¿O estaría mal por mi parte buscarlo para calmar el calentón que me ha provocado otra persona? Porque además estoy segura de que pensaría en ello.

Subo en el ascensor, pulso el botón con el número cuatro y me quedo mirándome en el espejo. Por una parte, estoy odiando a la persona que veo reflejada, que es lo que seguramente haría David si supiese lo que me está pasando por la cabeza. Por otra parte, pienso que puede que sea normal. Sólo vivimos una vida, ¿por qué abstenernos de hacer lo que realmente nos apetece? ¿Y si él está haciendo lo que le da la gana y yo no lo sé? Cierro los ojos y trato de dejar de pensar en ello. Una vez más estoy fantaseando con algo que no sé si podría llegar a pasar, porque seríamos dos personas implicadas, no sólo depende de lo que yo quiera. Se abre la puerta del ascensor y antes de entrar en casa, desecho la idea de calmar mi calentón con David, no sería justo.

CAPÍTULO 11

SÁBADO 25 DE ENERO

CLAUDIA

El jueves Lucía me hizo una meditación que yo más bien llamaría calentón. Con el tiempo que llevo sin que nadie me toque…y me puso las manos en dos zonas muy peligrosas. No escuché nada de lo que me dijo, estuve pensando en todo lo que podría hacer con esas manos. En la próxima sesión tengo que hablarle de mi orientación sexual, para que tenga pleno derecho a decidir si quiere volver a hacer lo mismo o prefiere no acercarse a mí. Además, es un tema del que también necesito hablar porque no fue fácil para mí descubrir que me gustan las mujeres y menos afrontarlo en un pueblo tan pequeño en el que las mentes son de la época neandertal.

Como cada sábado, he quedado con Martina, pero esta noche vamos a cumplir lo que dijo: iremos a una discoteca de ambiente. Sé que no voy a tener éxito. Habiendo tantos peces en el mar… ¿Quién se liaría con una tía como yo? Además, tampoco me va lo de conocer a una chica guapa y liarme con ella en el momento, necesito algo más, necesito algo de atracción mental a parte de la física. ¿Algo como Lucía? Guapa y que se preocupa por mí. Aunque no sé si ella vale, porque le pago para que se preocupe por mi bienestar psicológico, no es algo que haga por amor al arte. Joder, estoy igual que siempre, sola en el mundo. ¿Y cómo se quedaría Martina si le contase que está empezando a gustarme su hermana aún más que ella? Sólo espero no irme de la lengua cuando lleve unas cuantas cervezas por el torrente sanguíneo, que me da por ser excesivamente sincera.

No sé el tiempo que hacía que no salía por la noche, creo que yo tampoco estoy ya para estas cosas, aunque sea bastante más joven que Martina. Sí, me va más el tardeo, pero ahora ya estamos metidas en el ajo. Nunca había ido a una discoteca de ambiente y yo

diría que la mitad de las que están aquí son heterosexuales. Posiblemente estarán haciendo lo mismo que Martina: acompañar a una amiga. Hemos tomado unos cuantos chupitos de tequila y yo ahora mismo me siento muy bien, pero sé que mañana voy a estar para tirar a la basura. Encima me estoy dejando el sueldo aquí, se les está yendo de las manos lo de los precios. Qué inteligentes que somos los seres humanos…pagar precios desorbitados para beber para después estar mal. ¡Un gran aplauso para nosotros! Yo creo que la humanidad no tendría que haber existido, el planeta estaría mejor teniendo sólo animales.

A media noche se me acerca una chica bastante plasta y a mí se me da muy mal quitarme de encima a la gente pesada. Creo que es fruto de que yo siempre he tenido miedo al rechazo, así que me cuesta horrores rechazar a alguien. Quiero volver a los tardeos, no quiero vivir esto otra vez. En cuanto veo una oportunidad, me acerco al oído de Martina y le digo:

- Por favor, échame una mano, no sé cómo quitármela de encima.

- Perdona guapa, pero esta chica está pillada – le dice Martina a la plasta, que no sé ni cómo se llama.

Y empieza a morrearme. Sí, Martina a mí. Me esperaba cualquier cosa en la vida, sobre todo cosas malas, pero no que pudiera pasar esto. No han sido tres segundos, ni cinco. Hemos estado un rato besándonos y cuando nos hemos separado, la plasta ya no estaba, se había esfumado. Bien por perderla de vista y bien por liarme con Martina, aunque sólo lo haya hecho para "ayudarme".

- Deberías beber tequila más veces – le digo yo.

- Cállate, cállate, que nunca me hubiera imaginado que besaría a una chica, mañana voy a querer morir.

- Tranquila que no vas a morir por ello, lo que pase aquí, aquí se queda, haremos como si no hubiera pasado.

- Antes de no volver a hablar del tema, porque espero que así lo hagamos, tengo que confesarte que besas muy bien.

- Vaya…gracias.

Paso de decirle que ella también besa muy bien, total, poco le va a importar lo que opine yo sobre ello y al final ha sido un morreo que no va a llegar a nada más. Lo irónico de todo esto es que hace unas semanas hubiera dado lo que fuera por liarme con Martina y nunca había pasado. Y ahora que por fin me besa, hubiera preferido que fuese la hermana. Joder, estoy pirada.

LUCÍA

Me despierto y me apetece hacer algo fuera de casa. Podría ponerme a limpiar, es más, debería hacerlo, pero necesito despejar la mente. Me está trastocando lo que me pasó por la cabeza el otro día cuando le puse las manos encima a Claudia. He decidido coger el metro e ir a pasear por la playa, que espero que me dé algo de paz. Tengo coche, pero me da bastante pereza conducir por la ciudad y ni te cuento la rabia que me da dar vueltas para conseguir aparcar. David se ha traído trabajo a casa, así que confío en que no se ofrezca a venir conmigo. Me pongo ropa cómoda y se lo comento:

- Cariño, voy a caminar por el paseo marítimo un rato, ¿vale?

- Pero… ¿te vas sola? – se queda extrañado.

- Sí, me apetece ponerme los auriculares y desconectar un poco mirando al mar.

- ¿Estás bien? ¿Te ha pasado algo?

- No me ha pasado nada, estoy bien, tranquilo, en un ratito estoy de vuelta – le doy un beso, cojo las llaves y salgo de casa.

¿En qué me estoy convirtiendo? Realmente le estoy mintiendo y esto no me gusta nada. Me pongo los auriculares, voy al metro y en cuanto llego a la playa, en vez de caminar, me siento en la arena a pensar. Hace viento y frío y no es muy agradable estar aquí, pero ahora ya he venido y voy a tomarme un momento para mí misma. Voy a aplicarme lo que le pedí a Claudia: hacer meditación para ver si consigo quitar de mi cabeza todos esos pensamientos.

Me quito los auriculares para hacer mi meditación escuchando el mar, consigo desconectar un rato y después empiezo a caminar. Decido llamar a David para preguntarle si quiere venir y así aprovechamos para comer por aquí. Pensaba que en esta época del año estarían cerrados la mayoría de los bares, pero hay bastantes abiertos. Me ha dicho que terminará lo que tiene entre manos y después nos veremos, así que sigo caminando sin rumbo fijo porque sé que va a tardar un rato.

Nos encontramos en el punto en el que habíamos quedado y vamos al primer bar que encontramos porque si vamos mirando varios, podemos pasarnos una hora dando vueltas sin saber a cuál ir. Al sentarnos a la mesa, le digo lo que me está pasando por la cabeza. Me da un poco de miedo porque sé que me va a preguntar otra vez si me pasa algo y voy a tener que seguir con la mentira, pero no puedo callarme.

- Martina me ha propuesto varias veces que salga con ella de tardeo.

- ¿Y a ti te apetece ir? – me mira extrañado.

- Bueno…salir un día no estaría mal, hace tiempo que no sé lo que es una fiesta.

- Pero tú decías que no te gusta el rollo de salir y beber.

- Sí, pero a veces va bien salir de la rutina.

- ¿Te estás cansando de hacer siempre lo mismo conmigo?

- No es eso, yo contigo estoy bien, pero casi siempre estoy o en el trabajo o en casa. Cualquier cosa de las que hacemos son cosas que hacemos habitualmente y salir un día de fiesta estaría bien para cambiar un poco.

- Si es lo que te apetece, puedes hacerlo sin problema, confío en que te portarás bien – me coge la mano que tengo sobre la mesa y le da un beso – pero que no se convierta en una rutina, sino te echaría de menos.

- No se va a convertir en una rutina, tranquilo. Tú también podrías salir un día con tus amigos.

- Uff qué pereza.

- Venga, pruébalo, seguro que te lo pasarías bien – le sonrío y le acaricio la mano que tiene él sobre la mesa.

- Me lo pensaré.

CAPÍTULO 12

DOMINGO 26 DE ENERO

CLAUDIA

¡Dios mío! No puedo levantar la cabeza de la almohada, me va a estallar, siento unos pinchazos en la zona frontal que estoy segura de que el cerebro está pidiendo salir de ahí y marcharse a otro cráneo que lo cuide mejor que yo. No quiero ni tequila ni discoteca nocturna nunca más. Encima me viene a la cabeza el recuerdo de los morreos con Martina. Vale, cambiemos el "nunca más" por "jamás", que suena más tajante.

Me gustaría saber qué piensa ella exactamente sobre lo que pasó. Seguro que se arrepiente mogollón. Yo lo repetiría sin duda y podría llegar a algo más. No me refiero a una relación, con ella no me vería, pero quitarme las telarañas es algo que me podría plantear. Podría no, me lo planteo, pero sé que nunca pasará. Joder, con lo claro que tenía que nunca llegaríamos ni a besarnos…y ahora me ha liado la cabeza. ¿Y si le gustó? ¿Y si puede llegar a replantearse su orientación sexual? Lleva mucho tiempo soltera, a lo mejor es porque no tiene tan claro lo que quiere.

Lo que sí que está claro es que yo voy a pasar un día de mierda. De la cama al sofá y del sofá a la cama, esa va a ser mi ruta, seguro. Bendito Netflix, va a hacer que sea más llevadero el día. Antes de hacer el intento de levantarme, miro el móvil con cierto miedo por si hay alguna foto por la que tenga que sentir vergüenza. No hay fotos, perfecto, pero tengo un WhatsApp de Martina y está en línea.

- ¿Cómo te sientes después de lo que pasó anoche?

- ¿Te refieres a los chupitos que me dieron esta resaca que tengo o a tu forma de violarme la boca?

- A lo segundo.

- ¿Eso no debería preguntártelo yo a ti que decías que no te gustan las mujeres?

- Y no me gustan, pero besarte a ti estuvo bien.

- Estás fatal, aun tienes alcohol en sangre, pero tus besos también estuvieron bien.

Le he contestado eso por contestarle algo, pero realmente estoy en blanco, no sé cómo reaccionar ante eso y tampoco sé muy bien qué significa. ¿Quiere decir que no le gustan las mujeres, pero le gusto yo? ¿O que está contenta porque no le entraron ganas de vomitar al besarme? Yo creo que va a ser lo que he dicho: aún está borracha, porque yo aún lo estoy. Estoy segura de que si me hiciesen un control de alcoholemia ahora mismo aun daría positivo.

Otra cosa no soy, pero precavida sí. Me dejé una botella de agua justo al lado de la cama. Bebo una gran cantidad y me vuelvo a tumbar. De momento creo que aún no soy capaz de llegar al sofá. Total, no tengo nada más que hacer, aquí estoy bien. Y calentita. Por mí puede haber un apocalipsis zombi ahí afuera, que yo no me enteraré, pero espero que mañana haya vuelto todo a la normalidad porque quiero estar bien e ir a trabajar. Y ver a Martina, a ver si consigo sacarle algo más de información sobre lo que piensa.

En verdad, pensándolo bien, preferiría que la cosa se quede donde lo dejamos anoche, así evitaríamos cualquier malentendido o cualquier mal rollo en un futuro. No me gustaría volver a meterme en lo de liarme con una amiga y que después haya consecuencias como ya me pasó. En este caso creo que sufriría más yo porque tengo claro que me gusta, sería más fácil que sea ella la que experimente y después me mande a la mierda más pronto que canta un gallo. Y no quiero ser un experimento para nadie, ni sufrir más. Y no sé por qué estoy pensando en todo esto si seguramente ella ni se plantea repetirlo, pero mi cabeza está como siempre: dando más vueltas de lo necesario.

Me viene Lucía a la cabeza, me pongo un vídeo de meditación de YouTube para dejar de pensar en chorradas y una vez más me sirve

para darme cuenta de que prefiero oír su voz.

LUCÍA

Los fines de semana desayunamos en casa, al bar vamos entre semana para después pasar a la consulta a trabajar. David se ha levantado antes que yo, ha ido a prepararlo y me lo ha traído a la cama. Me siento mal. Ayer cuando me levanté pensé que no estaría mal bajar a desayunar por si pasa Claudia también los fines de semana, cosa que no sé. Después le dije a David que quiero salir de fiesta para hacer algo diferente, y hoy me trae el desayuno a la cama imagino que para que yo no sienta que siempre hacemos lo mismo. Pero ¿qué puedo hacer para evitar sentir lo que siento? ¿Cómo se hace eso?

Me como el sándwich que me ha preparado, me bebo el zumo de naranja natural y el café con leche mientras hablamos. Justo antes de salir de la cama, miro el móvil para ver qué hora es y tengo un WhatsApp de mi hermana:

- Lucíaaaaa necesito ayuda de una psicólogaaaa.

- ¿En qué lío te metiste anoche?

- En uno muy gordo. Me lie con mi compañera de trabajo.

- ¿Has escrito bien el género?

- Sí.

- Qué envidia, cabrona.

- Oye no sé si necesito yo más una psicóloga o tú.

- Dejémoslo en que la necesitamos las dos, porque lo tuyo tampoco es que fuese muy normal. ¿Y se puede saber qué coño te pasó por la cabeza para hacer eso?

- Pues el suyo, imagino.

- Estás fatal, pero quiero que me lo cuentes todo.

- ¿No quieres venir a verme? Tengo una resaca horrible, no soy capaz de ir yo.

- Venga, me visto y en media horita estoy ahí.

Me visto, me lavo los dientes y la cara, se lo digo a David y voy a casa de mi hermana. Vive bastante cerca, tardo algo menos de diez minutos andando, no hace falta ni depender de transportes públicos ni privados. Y yo tengo que saber lo que pasó, me muero de curiosidad. La carita de Martina me confirma que tiene resaca, no lo puede ocultar.

- Ya estás tardando en contarme – le digo antes de cruzar la puerta.

- Buenos días a ti también, no me taladres mucho por favor.

- Te taladraré lo necesario para que no te dejes nada en el tintero. ¿Cómo surgió eso?

- Fuimos a una discoteca de ambiente porque ella es lesbiana y yo quería que tuviera oportunidad de conocer a alguien y había una tía que no la dejaba tranquila. Me pidió que la ayudase a quitársela de encima y lo primero que me pasó por la cabeza fue darle un morreo. De verdad que mi intención principal era darle sólo un beso con lengua y ya está, para que se pirase la otra, pero me enganché, no pude separarme. Me estaba besando tan bien…y tan suave…

- Estoy flipando. Mucho – tengo los ojos tan abiertos por lo impactada que estoy, que creo que en cualquier momento se me van a salir de las órbitas – pero… ¿te gusta esa chica?

- No. Bueno, supongo que no. Sabes que no me gustan las tías, pero me gustó besarla, es lo único que sé.

- ¿Y sabes qué opina ella sobre lo que pasó?

- No. Le he preguntado, pero no me ha dejado nada claro. A ver… ella me tira los trastos desde hace tiempo, pero yo creo que es en plan broma, no lo hace en serio. Pero supongo que no le dio asco liarse conmigo, porque tampoco se apartó.

- Y… ¿es guapa?

- Es muy guapa. Si yo fuese lesbiana convencida, no la dejaría escapar.

- Entonces deberías presentármela por si algún día David me deja. A lo mejor me sirve… - me río porque lo digo de broma, no al cien por cien, pero casi.

- Pues ya sabes lo que tienes que hacer.

- ¿Qué tengo que hacer?

- Salir con nosotras.

- Eso ya lo veremos, no quiero hacer de sujeta-velas, pero tengo curiosidad por conocerla. Quiero saber quién ha sido la poderosa mujer que ha conseguido que mi hermana le dé un morreo y tenga dudas existenciales.

- En tus manos está.

CAPÍTULO 13

JUEVES 30 DE ENERO

CLAUDIA

Martina no ha vuelto a nombrar lo del sábado y en su momento me dijo que esperaba que no volviéramos a hablar del tema, así que yo tampoco he sacado la conversación. Mejor hacer como si no hubiera pasado nada, tan amigas como antes. Seguro que para ella no significó absolutamente nada y no es un tema del que tengamos que hablar.

Cuando llego a la consulta de Lucía y la veo…joder, si supiera que el otro día me lie con su hermana…pero que yo preferiría que hubiese sido ella… Menos mal que no tenemos la capacidad de leer las mentes ajenas. Espero no cruzarme con ellas dos ningún día por la calle, porque lo tendría jodido.

El tema sobre el que he decidido hablar hoy con ella es un tema que me cuesta más que todos los demás. Nací y me crie en un pueblo de poco más de dos mil habitantes que, como ya dije anteriormente, las mentes son muy cerradas. Allí una persona homosexual es considerada una tarada, un engendro del diablo. A mí me costó mucho darme cuenta de que me gustaban las chicas y sobre todo asimilarlo y aceptarlo. Cada una de esas cosas es un proceso largo a seguir. Siempre me gustaron, pero realmente no entendía qué era lo que me pasaba con ellas. Intenté fijarme en chicos e incluso liarme y perder la virginidad con alguno de ellos, pero no sentía nada, podríamos decir que me auto obligué a hacerlo. Fue a los casi dieciocho años cuando conseguí aceptar que lo que me pasaba era que me gustaban ellas, no ellos.

Mi madre era muy cariñosa, todo lo contrario a mi padre. Recuerdo que a veces estábamos sentadas en el sofá mirando la tele y cogidas de la mano y yo pensaba que sería capaz de abstenerme de vivir un amor verdadero con tal de no decepcionarla diciéndole la verdad. Pensaba: si sale de esta, si supera el cáncer, me lo callaré

toda la vida. Pero poco tiempo después el cáncer la superó a ella. Seguí callada un tiempo, pero dos o tres años después empecé a plantearme decírselo a mi mejor amiga. Me superaba el hecho de estar viviendo una mentira constantemente. Ellas siempre hablaban de chicos y yo me quedaba callada porque no tenía nada que aportar. Podía opinar si un chico era guapo, pero poco más. Había algunos que intentaban ligar conmigo e incluso otros que se enamoraron de mí, y yo me los quitaba a todos de encima como podía. Muchas veces aparecía el típico comentario de alguna amiga: "Tiaaaa pero si es súper mono". Y yo pensaba: sí amiga, mono es, y chico también. No me vale. Preferiría acostarme contigo que con él.

Una noche que había bebido más de la cuenta, di el paso, se lo dije a mi mejor amiga y se lo tomó bien, pero yo el día siguiente quería morirme de la vergüenza porque pensaba que ya no me miraría con los mismos ojos y que tendría algún tipo de reparo conmigo. Con el paso del tiempo empecé a sentirme más cómoda con ella y fue convenciéndome para que se lo dijera al resto de amigas. Lo hice poco a poco y ellas trataron el tema con total normalidad, pero yo nunca llevé bien hablar sobre ello, y a día de hoy me sigue costando, nunca me sentiré como una persona heterosexual hablando sobre la persona que le gusta.

Un tiempo después empecé a liarme con una amiga, se enteró más gente y al ser un pueblo, se corrió la voz y en poco tiempo lo sabía todo el mundo. En varias ocasiones tuve que soportar que el borracho del pueblo me dijera cosas como "bollera", "tijeritas", "comecoños"… delante de otras personas. Pasé una vergüenza que no pedo explicar con palabras y empecé a salir lo mínimo posible para no cruzármelo por la calle.

Por suerte me llamaron para venir a trabajar aquí y fue como abrirme una puerta a un nuevo mundo, aquí nadie te juzga por cómo eres o por quién eres. Y al ser una ciudad, poca gente me conoce. Necesitaba escapar del pueblo y lo logré, pero me sigue costando hablar sobre mi orientación sexual, estoy bastante segura de que es algo que nunca superaré.

Hoy me propone hacer meditación también y yo acepto, como siempre, pero hoy no me ha puesto las manos encima. Lo sabía. Chica de ciudad, pero con reparos. Tranquila que no te voy a violar, sé controlar mis instintos animales.

LUCÍA

Sinceramente, preferiría no haber tenido esta información. Claudia me ha dicho que es homosexual, que es justo la información que no debía darme. Podría haber estado casada y con hijos, por ejemplo, así hubiese tenido claro que me la tengo que quitar de la puñetera cabeza. Pero no, me lo ha puesto fácil para seguir ahí ocupando un lugar, dándole poder al demonio que tengo posado sobre mi hombro izquierdo. Y el angelito se ha quedado triste sobre mi hombro derecho porque no sabe qué hacer, no sabe cómo aplastar al demonio que está riéndose malévolamente porque quiere salirse con la suya.

¿Y qué ha querido preguntar el demonio? Si está soltera. Y lo está. Toma Lucía, ahí tienes a Claudia en bandeja. Vuelve a tumbarla en el sofá y esta vez métele mano, no te cortes. No sé si os lo vais a creer, pero he llegado a pasar la mano por el hombro izquierdo para ver si conseguía derribar yo misma a ese demonio para que se me vayan esos pensamientos, porque si tengo que depender del angelito, lo tengo crudo. Todo esto es una metáfora, por supuesto, pero a veces un simple gesto puede tranquilizar a una persona, pensaba que quizás pasando la mano por el hombro conseguiría hacerlo, pero de poco me ha servido.

Definitivamente será mejor que no me acerque a ella hoy y creo que ya debería ser así siempre. No me gustaría que piense que no la vuelvo a tocar porque me ha dado miedo o algo parecido, pero no puedo decirle que el efecto que me causa es el contrario a miedo. Más bien es pánico, pero pánico a no saber contenerme. Yo siempre he sido muy cariñosa y me cuesta poco trabajo tocar o acariciar a alguien cuando me apetece. Y ella me apetece mucho, más de lo que debería. Ya lo pensaba así antes, pero ahora sabiendo que es homosexual, se han multiplicado mis ganas.

La semana pasada me dijo que le gusta mi voz, que prefiere hacer meditación conmigo que ponerse los videos de YouTube. Ojalá con esta voz pudiera decirle al oído lo que le haría. Y ojalá le gustasen más cosas de mí.

Ella se tumba en el sofá y yo me quedo en mi silla donde estoy y trato de no mirarla, es lo mejor, porque ella tiene que concentrarse en lo que yo le voy diciendo, pero yo también tengo que concentrarme para no perder el hilo y no joderlo todo. Por si acaso, mientras se tumbaba he buscado en Google una meditación escrita, para que me salve de un apuro si me pierdo en el camino. Cojo un bolígrafo con mi mano derecha y empiezo a darle vueltas con los dedos para concentrar mi mente en la meditación y mis ojos en el boli, así no creo que necesite tirar de Google.

Cuando terminamos y se levanta del sofá, me quedo mirándola y ahora me arrepiento de no haber hecho lo mismo que el otro día. Me pasa por la cabeza decirle que el hecho de no tocarla no ha sido por su orientación sexual, sino para que no sea siempre la misma forma de meditación. No me gustaría que piense mal, pero al final decido no dar ninguna explicación porque creo que es lo mejor.

CAPÍTULO 14

JUEVES 6 DE FEBRERO

CLAUDIA

Lo que tengo pensado contarle hoy a Lucía no es algo que me causase un gran trauma mental en su momento, pero ya que estamos, creo que hay que sacarlo todo, que no se quede nada dentro.

Después de las prácticas que hice por mis estudios y antes de que mi abuela empezase a empeorar, una amiga me propuso irnos a Londres a vivir y a buscar trabajo. Al principio me pareció una idea bastante loca, pero ya que en España era difícil encontrar trabajo y yo lo que más deseaba era irme de casa y de mi pueblo, pensé que quizás era la única escapatoria y que a lo mejor era el momento de que la vida me sorprendiera y empezasen a salirme bien las cosas.

No tenía un alto nivel de inglés, pero dicen que la mejor manera de aprender un idioma es desplazarse a ese país. Encontramos una empresa que nos lo organizó todo: una residencia en la que vivir y una entrevista de trabajo por día asegurada hasta que nos contratasen en algún sitio. Las entrevistas eran para trabajar en hostelería, cosa que yo no había hecho nunca, pero estaba dispuesta a hacerla con tal de independizarme.

Nos reservamos billetes de avión, llenamos dos maletas cada una con intención de pasar allí un largo tiempo y nos fuimos. Yo estaba muerta de miedo porque era muy tímida y el hecho de hablar otro idioma me parecía una muralla muy grande, pero tenía que superarlo si quería conseguir estar lejos del pueblo, tenía que salir de mi zona de confort y hacerlo lo mejor posible.

Pasamos dos meses allí, hicimos un montón de entrevistas de trabajo, algunas de ellas incluían trabajar durante unas horas para que el jefe decidiera si le convenías o no y, o te pagaban un precio simbólico por lo que habías hecho o incluso te ibas con las manos

vacías, habías trabajado gratis. Una maravilla, vamos. Con lo caro que era vivir allí…y no había manera de ganar dinero para cubrir los gastos.

Conocimos a otros españoles con los cuales aún tengo algo de relación, fueron nuestra salvación para que la estancia allí fuese más agradable. Tenían un nivel de inglés parecido al nuestro e incluso había alguien que lo tenía inferior, pero todos encontraron trabajo. Mi amiga y yo no.

Después de esos dos meses nos tuvimos que rendir porque ya no nos quedaba dinero y no podíamos pagar la residencia. Los pagos se hacían cada dos semanas si no recuerdo mal y las dos últimas semanas no las pudimos pagar. Seguimos haciendo entrevistas con la esperanza de encontrar trabajo y poder pagarlas, pero no fue así. Al final decidimos huir porque ya venían cada día a tocarnos el timbre para pagar y no podíamos permitírnoslo, teníamos la cuenta del banco con algo para poder comer y nada más.

Salí de casa de mi padre con la esperanza de no volver y al final la experiencia sólo me sirvió para darme cuenta de que mi vida seguía siendo la misma, me seguía saliendo todo mal y mi suerte no había cambiado. Tuve que volver al pueblo como un animalito asustado con el rabo entre las piernas y hacerme a la idea de que tenía que seguir viviendo allí y buscando trabajo. Y, sobre todo, aceptar que mi destino era que no me saliese nunca nada bien. Así pensaba siempre mi mente en aquel momento.

LUCÍA

Debe ser frustrante para una joven ver que cada cosa que le va pasando en la vida, le va haciendo un poco más de daño. Aunque lo que me ha contado hoy dice que no le afectó excesivamente en su momento y no es algo que crea que lleva arrastrando, pero quería soltarlo y lo ha hecho, cosa que entiendo y me parece que ha sido una buena decisión.

Me parece que al final todo le ha servido para aprender y para madurar. Otra persona se lo podría haber tomado todo peor, pero

ella siempre ha resurgido de sus cenizas como si de un ave fénix se tratase, cosa que me parece admirable.

Yo realmente siempre lo he tenido todo fácil y no considero que me hayan pasado cosas malas en la vida, no he tenido la necesidad de afrontar grandes problemas o pérdidas. Lo peor que me pasó fue el fallecimiento de algunos de mis abuelos, pero ya eran mayores, era ley de vida y además no eran algo tan cercano como la abuela de Claudia, que estuvo viviendo con ella y cuidándola durante muchos años.

Mis abuelos maternos se compraron una cabaña cerca de la montaña, decían que la gran ciudad no les gustaba, eran amantes de la naturaleza. Estuvieron viviendo allí durante muchos años hasta que a mi abuelo empezó a costarle coger el coche, ya que dependían de él hasta para hacer la compra. Después volvieron al piso que tenían aquí en la ciudad para tenerlo todo más a mano y poco tiempo después falleció mi abuelo. Mi abuela aún sigue vivita y coleando y con ganas de irse a la cabaña, pero no le es posible. Y por parte de mi padre, fallecieron los dos abuelos hace bastantes años. Ellos vivieron siempre en la ciudad, pero bastante lejos de casa de mis padres, así que no es que nos viéramos cada día ni cada semana. Al final entre unas cosas y otras, poco los veía a todos. Si soy completamente sincera, no me afectaron mucho sus pérdidas, no sé si eso me convierte en mala persona, pero es la verdad.

Yo siempre he pensado que la familia de verdad es la que vas eligiendo a lo largo de tu vida, no la que te toca por obligación. Por ejemplo, con algunos de mis primos hace años que no hablo. No es que haya pasado algo malo entre nosotros, simplemente no hemos tenido relación y pienso que no debemos hacer ningún esfuerzo por tenerla sólo por el simple hecho de que seamos familia. Ellos que vayan a su rollo y yo iré al mío. Y, sin embargo, tengo una amiga, una gran amiga que conocí cuando estaba estudiando y la quiero muchísimo, para mí es una de las personas más importantes que tengo en mi vida. Ella es parte de la familia que tengo por elección, no por obligación. Porque la siento más de mi familia que a otras

personas que lo son por sangre. Por desgracia, encontró un buen trabajo lejos de aquí y nos distanciamos físicamente, pero cuando nos volvemos a ver es como si no hubiese pasado el tiempo y evidentemente, seguimos en constante contacto por redes sociales. Menos mal que se inventaron. Aunque en general pienso que ojalá no existieran, pero para un caso así me convienen.

CAPÍTULO 15

SÁBADO 8 DE FEBRERO

CLAUDIA

Sí, ya hemos dejado de lado lo de salir por la noche, hoy volvemos al tardeo. Además, no quiero volver a vivir lo de tener que rechazar a una tía, me resulta más fácil hacerlo con los chicos y estoy más acostumbrada; cada sábado me toca mandar a freír espárragos a alguno de ellos.

He quedado con Martina en un restaurante que hace poco que han abierto y al que no hemos ido nunca. Llego y aún no está, me siento en la terraza porque hace sol y se está bien, supongo que no le parecerá mala idea comer aquí afuera. Está bastante lleno y no quiero que nos quedemos sin mesa. Me siento en una silla en la que quedo de espaldas al restaurante y de cara a la calle, me pido una caña, me la trae el camarero, doy un trago, dejo la copa y no se ha caído de milagro, porque no he llegado a apoyarla en el posavasos. Me he quedado congelada, o de piedra, no lo sé muy bien. No me puedo creer lo que están viendo mis ojos. Quiero morirme. Tierra trágame. Mundo, termínate ahora mismo. OVNIS, llevadme, por favor. Ha llegado el momento que no debía llegar. Me estoy quedando entre la espada y la pared. La pared la tengo detrás y la espada se está acercando: vienen las dos. ¡LAS DOS! Martina y Lucía. No sé de qué color tengo la cara ahora mismo, pero debe ser blanca o roja, lo que sé seguro es que no tengo mi color natural, aunque me haya puesto maquillaje. Hasta el maquillaje debe haber cambiado de color. Vienen hablando, espero que no estén hablando de mí.

- Buenas – no me salen más palabras ahora mismo.

- Hola guapetona, te presento a mi doble, Lucía – me dice Martina que imagino que aún no sabe nada. Me pongo de pie y le doy dos besos a Lucía, como si no nos hubiéramos visto nunca.

- Encantada – y sonrío para intentar disimular mi estado. Tardo unos segundos en reaccionar porque no sé qué hacer. ¿Lo digo o me callo? Ahora es el momento de hacer las cosas bien o hacerlas mal, tengo poco tiempo para decidir – esto es lo más parecido a un deseo hecho realidad. Dos chicas delante de mí exactamente igual de guapas – "bien, Claudia, ni has afirmado ni has desmentido que la conozcas, de momento no estás mintiendo al cien por cien", me digo a mí misma para no sentirme mal.

- Igualmente – sonríe también, pero tiene la cara igual que la mía: de un color que no forma parte del espectro visible.

Aquí las mesas están distribuidas con dos sillas a cada lado, no una en cada lateral de la mesa. La silla que está justo a mi lado queda vacía y ellas se sientan enfrente de mí. Tardo poco tiempo en quitarme la culpa de no decir la verdad porque me imagino sentada en medio de las dos, pero no precisamente para comer comida. Ese pensamiento es más interesante que la culpa, pero un pensamiento loco, lo sé. Quizás necesito una psiquiatra en vez de una psicóloga. Y mejor que el psiquiatra sea varón para no caer otra vez en lo mismo. ¿Os imagináis? La misma belleza multiplicada por dos, pero cada una tiene una personalidad diferente y cada una imagino que besará diferente. Martina besa muy bien, pero… ¿Cómo besará Lucía?

Seguimos toda la comida tal y como hemos empezado: como si no nos conociéramos. Yo sigo con el mismo rollo que traigo siempre con Martina y a veces le digo alguna tontería a Lucía también. Si estuviera a solas con ella en su consulta, no se me pasaría por la cabeza decir algo así ni de coña, pero aquí y teniendo a Martina a su lado, lo tengo fácil. Bebemos unas cervezas, vamos al bar en el que tocan música en directo y nos pasamos a los cubatas. Sobre las seis de la tarde vamos al primer pub que abre. Es un sótano bastante pequeño y ahí dentro se está como en una lata de sardinas. Bien para mí, así las tendré cerquita a las dos. Lucía empieza a desabrocharse el abrigo y va dejando a la vista lo que lleva puesto, que me quita el aliento a mí. Sin querer, me quedo mirándole el

escote y juraría que se ha dado cuenta, pero yo no he disimulado. ¿Para qué voy a hacerlo? Si seguro que hasta sabe que me lie con la hermana, creo que a ella ya no me queda nada que ocultarle. Aunque hace poco que nos conocemos, es la persona que más sabe de mí, de dentro de mí, para ser más específica, porque a nadie le he contado las cosas que le he contado a ella, no hay nadie en el mundo que sepa lo que sabe ella.

Martina está hablando con un chico y yo tengo la vejiga a punto de explotar, consecuencia de haber ingerido unos cuantos cubatas ya. Le digo a Lucía que voy al baño y ella me dice que también necesita ir. Le dice a Martina que enseguida volvemos y me coge de la mano para no perdernos por el camino.

Hay un gran espejo que va de extremo a extremo de la pared en el que se reflejan los tres baños que hay justo enfrente. Hay dos puertas abiertas y cada una entramos a un baño diferente, claro, no voy a ponerme a mear delante de mi psicóloga. Al terminar y abrir la puerta, veo en el reflejo del espejo que estamos saliendo las dos al mismo tiempo. Yo la miro a ella, no me miro a mí, sigo evitando los espejos para no pensar algo negativo sobre mi cara, así vivo más feliz.

- ¿Fumas? – me pregunta Lucía.

- Normalmente no, excepto alguna vez que se me va la fiesta de las manos.

- ¿Te apetece hacer cosas malas?

- ¿Como por ejemplo meterte mano? – sé que no lo ha dicho en ese sentido, pero fuera de su consulta no puedo evitar contestarle con la misma confianza como si estuviera hablando con Martina.

- Que mi hermana te haya comido la boca no significa que puedas meterme mano a mí.

- Entonces le meteré mano a ella pensando que eres tú – vale, creo que ahora me he pasado de confianza.

- Eso lo dejo en tus manos, y nunca mejor dicho. ¿Puedo proponerte lo que iba a proponerte o tú sólo piensas en sexo?

- Tú puedes proponerme lo que quieras – apoyo mi culo en el lavabo para quedar de espaldas al espejo y de cara a Lucía que sigue cerca de la puerta del baño. Saca un paquete de tabaco del bolso.

- ¿Nos fumamos uno aquí dentro? – señala el baño - No hay segurata y con un poco de suerte ni nos llamarán la atención.

- ¿Serías capaz de ser así de rebelde? – esto lo hacía yo cuando tenía dieciocho años, pero ahora…tengo dudas.

- Por supuesto – y empieza a dar pasos hacia atrás entrando al baño, sonriendo y mirándome a los ojos. Yo la sigo como una adolescente enamorada de su profesora.

- Estás fatal, me estás sorprendiendo y que sepas que eso me pone más.

- Después si quieres te dejo sola para que te toques – baja la tapa del váter y se sienta. Enciende el cigarrillo, le da una calada y me lo pasa.

- No te quedes ahí de pie, siéntate aquí – le hago caso. Me siento sobre sus piernas, pero de lado. Le doy una calada, se lo paso y ella niega con la cabeza.

- Así no. ¿Cómo te sentarías si quisieras besarme? – me levanto, paso una pierna por encima de las suyas y me siento de cara a ella. Primero separada, pero enseguida me acerco hasta que mi pubis hace contacto con ella para intentar provocar.

- ¿Así mejor? – le miro la boca y después la miro a los ojos.

- Mucho mejor – afirma con la cabeza, le da una calada, gira la cara para echar el humo, aprovecho para acercarme un poco más y en cuanto vuelve, la beso. Le doy un pico primero para ver cómo reacciona, pero no se aparta. Lo siento, pero tengo que aprovechar el momento, sino después seguro que ya no tendré la oportunidad

de hacerlo. La beso despacio, para que tenga tiempo de disfrutarlo, que ojalá lo esté haciendo tanto como yo. Pone las manos en mi cintura y se acerca más a mí, hasta tocarme con sus pechos. Pongo mi mano por detrás de su cuello e introduzco mis dedos por dentro de su pelo, acariciándole la cabeza. Tiene el pelo muy suave, tanto como sus labios. Ella desliza sus manos desde mi cintura hasta empezar a levantarme la camiseta que llevaba por dentro del pantalón, para tocar mi piel. Me recorre la espalda con sus dedos, nos besamos largo rato enredando nuestras lenguas y cuando paramos de besarnos, me mira directamente a los ojos y me doy cuenta de que me vuelve loca el azul de los suyos y de que, en parte, seguro que se arrepiente de lo que acaba de hacer. Y yo también.

LUCÍA

Martina me ha convencido para salir con ella y a mí me va a venir bien, no nos engañemos. Además, me ha dicho que vendrá su compañera de trabajo, con la que se lio, y tengo muchísima curiosidad por conocerla. Nunca me había dicho su nombre y hoy lo ha dicho: Claudia. No he podido evitar que me venga a la cabeza "mi" Claudia. Menos mal que no va a ser ella, sino me daría algo. Es lo bueno de ser hermanas gemelas; si "mi" Claudia conociese a Martina, me lo hubiera dicho o, por lo menos, hubiera flipado la primera vez que me vio. Y no me dio esa sensación.

Desayuno con David, hago algunas tareas por casa y después me arreglo. Hemos quedado para comer y a las 13:30 tengo que estar lista, Martina pasará a recogerme. Se me hace muy raro esto. Por primera, porque cuando yo salía, se salía por la noche. Y por segunda, porque hace mucho tiempo que no salgo. Si por lo menos tuviera cena de empresa…tendría excusa para salir una vez al año, pero no tengo ni eso. Ahora la excusa ha sido que mi hermana me ha insistido hasta la saciedad y al final se ha salido con la suya.

Estamos llegando al bar en el que vamos a comer y veo a "mi" Claudia sentada allí, se me acaban de bloquear todos los sentidos, espero que sea casualidad que esté ahí y que mi hermana no se

dirija a ella porque si lo hace, creo que doy media vuelta y me voy. Y sí, vamos hacia ella y nos presenta, y yo no me he atrevido a escapar porque en el fondo estaba deseando darle dos besos. Pero ¿cómo ha sido capaz de conocernos y no decir nada? Y por si eso fuese poco, también ha sido capaz de callarse ahora, lo está disimulando y está haciendo como si no me hubiera visto nunca la muy cabrona. ¿Lo peor de todo? Que yo tampoco puedo decir nada por secreto profesional, voy a tener que vivir en una mentira por su culpa. Pero…qué guapa que está. Nunca la había visto maquillada y está preciosa. No puedo dejar de mirar esos ojos verdes.

Cuando llegamos al pub, me quito el abrigo y se queda mirándome el escote, así, sin disimular. Pensaba que era una persona más insegura, pero veo que la confianza que le tiene a mi hermana se la está cogiendo conmigo también y me está sorprendiendo mucho. Para bien. No me esperaba que fuese tan… ¿atrevida? Sí, creo que esa podría ser la palabra. Y caigo en la cuenta de que, si físicamente le gusta Martina…yo también debo gustarle. Ahora pienso que el día que le puse las manos encima para la meditación, seguramente las dos estábamos deseando lo mismo. Y yo sin saberlo… Y el día que me fui sola a la playa para recapacitar sobre lo que me está pasando, ella se lio con Martina. Joder, yo también quiero y lo tengo fácil: seguro que le gusto y ya he bebido bastante más de lo que debería.

Aprovecho un momento que Martina está hablando con un chico y Claudia dice que quiere ir al baño, no sé cómo lo voy a hacer, pero tengo que ingeniármelas para conseguir lo que quiero. Sé que esto no está bien, pero me pueden las ganas. Cuando salimos del baño se me ocurre la peor estupidez que me ha pasado por la cabeza a lo largo de mi vida: fumarnos un cigarro en el baño. Sí, a mis 38 años con estas tonterías de adolescente, pero es la única manera que se me ocurre ahora mismo para quedarnos a solas y que quepa la posibilidad de que me bese. O de besarla yo, da igual.

La hago sentarse encima de mí. Creo que le estoy dejando claro que, si ella quiere, yo también quiero. Y veo que lo ha entendido a la

perfección. Ha sido respetuosa porque primero me ha dado un pico y yo, evidentemente, he esperado a que siga porque quiero más, no me conformo con lo que acaba de hacer. Quiero que me bese como besó a mi hermana, quiero saber lo que se siente, y al empezar a hacerlo, me doy cuenta de que tampoco me quedaría sólo con esto, me gustaría llegar hasta el final. Le acaricio la espalda porque necesito tocar su piel, pero tocaría la de todo su cuerpo, sin excepción. Qué bien que besa. Es como si nuestras lenguas supieran perfectamente los pasos de baile que tienen que dar para seguir el mismo compás. Se están despertando zonas de mi cuerpo que creía que estaban medio dormidas, porque ya no se despertaban de la misma manera en la que lo están haciendo ahora. Y la he cagado, porque cuando se despierta una cosa así, es difícil hacer que se vuelva a dormir.

El demonio que habita en mi hombro izquierdo ha podido conmigo y se acaba de salir con la suya, hoy va a dormir feliz. La que no sé si estará tan feliz cuando vuelva a la realidad, seré yo.

CAPÍTULO 16

DOMINGO 9 DE FEBRERO

CLAUDIA

Cómo se nota que ayer no nos fuimos a dormir muy tarde y he dormido como toca. La resaca de hoy no se parece en nada a la que tenía el domingo pasado. Lo que no está tan bien es mi conciencia; me estoy metiendo en un berenjenal importante. Estoy mintiendo a Martina y por consecuencia estoy haciendo que Lucía también le mienta. Encima me he liado con las dos. Qué bien, nunca he estado tan metida entre dos hermanas. Lo bueno y lo que me va a salvar el culo es que si Lucía es una tía legal, no puede decirle nada a Martina. Nada de que nos conocíamos, lo de que nos liamos sí que puede, ahí no era su paciente. Pero espero que prefiera no decir nada que decir verdades a medias. De todas formas, no creo que a Martina le importase mucho que nos liásemos Lucía y yo.

El problema real vendrá el jueves cuando llegue a su consulta y me diga que se arrepiente y que nunca más volverá a pasar y bla bla bla. Porque lo sé, porque así son las cosas con las heteros, poque imagino que es hetero. O en su defecto, es una mujer casada y eso pesa más que la orientación sexual. Así que, sea como sea, el final va a ser el mismo, lo sé.

No tendría que haberlo hecho. ¿Por qué coño me dejé llevar así? Que sí, que la besé yo, pero ella me lo puso en bandeja y yo no podía resistirme a algo así, ella lo buscó, yo no tenía intención de meterme con ella en un baño. Y me gustó más de lo que debería, creó un efecto en mí que ahora no sé cómo lo voy a borrar de mi mente. Ni la meditación me va a servir para esto porque cada vez que medito me acuerdo de ella. En otras cosas me ayuda, pero en esto me crea el efecto contrario al que yo quiero y necesito.

Lo que hubiera dado por dejar la fiesta de lado y venir con ella a esta cama, o a cualquier otro sitio en el que pudiera hacerla mía… Que las manos que estuvieron tocando mi espalda pudieran tocar

cada parte de mi cuerpo. Y yo del suyo. Que esos ojos azules que me di cuenta de que me vuelven loca, fuesen lo primero que vería al abrir los míos después de provocarnos un orgasmo. Pero eso nunca puede pasar porque si pasa, me engancharía más a ella y es algo que no puedo permitirme porque ya forma parte de la vida de otra persona. Qué afortunado su marido por poder hacer todo eso con ella sin tener consecuencias, las mías serían espantosas. Daría lo que fuera por estar en su lugar.

Necesito que llegue ya el jueves. Necesito que me mande a la mierda y que me diga que eso no se repetirá, porque llevo todo el día pensando en ello. Martina besa bien, pero lo de Lucía es algo fuera de lugar. Encajamos a la perfección y sentí un cosquilleo por todo mi cuerpo que me muero por volver a sentirlo. No es que yo quiera que me mande a la mierda, es que sé que es lo que va a pasar y cuanto antes lo haga, mejor será para mí, para empezar a obligarme a quitármela de la cabeza.

LUCÍA

Me despierto con una sensación desagradable en el estómago. Sobre las doce ya estábamos en casa, pero no estoy acostumbrada a beber tanto, normalmente lo máximo que puedo beberme es una botella de vino o dos a medias con David y ayer fueron unos cuantos cubatas. ¡Joder, David! Aún no he abierto los ojos, pero sé que no está en la cama, cosa que agradezco. Necesito un rato a solas para odiarme a mí misma por lo que hice ayer. Después ya llegará el momento de ponerle buena cara y fingir que me lo pasé muy bien y que me porté muy bien. Que lo primero es verdad, me lo pasé más bien de lo que debería, pero ese "bien" me lo produjo una persona que no es él. Y eso está mal, está muy mal. Soy una persona horrible. Mientras él estaba tranquilamente en casa seguramente mirando la tele, yo estaba comiéndole la boca a Claudia, que además es mi paciente. Un doblete de cosas mal hechas. Y fumando un cigarro en el baño de un pub. Triplete. Que alguien me dé un premio, por favor, me lo merezco.

Antes de que me dé tiempo a asimilarlo todo, entra David a la habitación y se le dibuja una sonrisa en la cara.

- Madre mía, cómo apesta a alcohol aquí dentro. Veo que te lo pasaste bien, ¿eh?

- Me lo pasé muy bien pero ahora me estoy arrepintiendo – me tumbo boca arriba y miro al techo, esperando a que ocurra un milagro y Dios me mande fuerzas. Quién sabe, a lo mejor mis padres tienen razón y Dios existe.

- ¿Mucha resaca?

- Si algún día te vuelvo a decir que voy a salir, ¿podrías recordarme que es muy mala idea? Por favor.

- Vale, lo haré – me da un beso en la frente y saca un Red Bull que llevaba escondido. Y yo automáticamente me siento aún más mala persona de lo que ya me sentía antes. Sabe que me encanta el Red Bull pero normalmente no lo bebo porque soy consciente de que no es lo mejor que le puedas dar a tu organismo. Estoy segura de que lo tenía preparado para alegrarme la mañana, y lo ha conseguido – venga, tómatelo, saboréalo y disfrútalo, hoy te lo mereces.

Lo que me merezco es que me ponga laxante en el Red Bull, o algo peor. ¿Había dicho triplete? Tengo una cosa más para ser merecedora de ese premio: Martina también se lio con Claudia y, aunque se considera heterosexual, dijo que le había gustado. Yo pienso que en el fondo todos somos bisexuales, sólo se trata de coincidir con las personas adecuadas para sentir atracción. ¿Y si le gusta de verdad y yo me he metido en medio?

Ojalá pudiese echar el tiempo atrás, ojalá me hubiera apartado después de ese pico porque ahora se ha activado algo dentro de mí que no sé cómo lo voy a desactivar. Me siento mal, sí, muy mal, pero al mismo tiempo necesito repetirlo. Me encantaría estar a solas con ella, en un sitio más tranquilo y seguir donde lo dejamos. Eso es lo que realmente deseo, pero lo que dice mi cabeza es lo contrario. Mi

cerebro me está diciendo la persona odiosa que soy y el daño que le estoy haciendo a David sin que él lo sepa.

Y es que cuando el corazón y la cabeza no van cogidos de la mano, es muy mal asunto.

CAPÍTULO 17

JUEVES 13 DE FEBRERO

CLAUDIA

Estoy pasando unos días bastante jodidos. Menos mal que mi trabajo me gusta y la mayor parte del tiempo hace que me olvide de todo lo demás. Pero en Martina veo a Lucía, eso es lo único "malo" de mi trabajo ahora mismo. Me hace recordar que lo que quería que pasase, pasó, pero ahí se quedó para siempre, sólo me ha servido para tener más ganas de ella.

Llego a la consulta y me espero fuera. Saco el móvil y me están temblando las manos, pero hoy no es por el frío, es porque sé que voy a recibir un rechazo por su parte. Lo que más miedo me da siempre: ser rechazada. Pero tengo que afrontarlo, tiene que pasar y cuanto antes sea, mejor, así queda el tema zanjado. Abre la puerta, esta vez sin sonrisa, ya lo sabía. Entro, me quito la chaqueta, me siento y dejo que hable.

- Imagino que sabes lo que te voy a decir, ¿no? – me dice triste. Está nerviosa, igual o más que yo.

- Sí, lo estoy esperando. Adelante – cruzo los brazos y me apoyo en el respaldo de la silla. Intento facilitarle las cosas, que sepa que no tengo esperanzas de que me diga que va a dejarlo todo por mí, ni tan siquiera que va a seguir con esto.

- Lo que pasó no puede volver a pasar, se me fue de las manos porque había bebido y me dejé llevar por la situación. Estoy casada y además soy tu psicóloga, no es correcto lo que hicimos. Realmente lo correcto sería que te buscases otro psicólogo, pero no voy a dejarte tirada ahora, sé que tuviste que hacer un gran esfuerzo para venir aquí y, si tú quieres podemos seguir con las sesiones y olvidar lo que pasó.

Ahora me invade mi inseguridad. ¿Cómo puede ser que le llame la atención a una chica tan guapa como ella si yo pienso que mi cara

quedó desfigurada después del accidente? ¿Qué es lo que opina ella sobre mi aspecto realmente?

- Necesito saber una cosa. Sabes que mi mayor trauma es el del accidente, en cómo quedó mi cara después de sufrirlo y eso es lo que más inseguridad me crea. Necesito saber qué opinas tú sobre mi físico.

- No debo darte opiniones personales, sabes que estaríamos cruzando el límite de relación psicóloga-paciente otra vez.

- Lo sé, pero el sábado cruzamos un límite con más peso que ese y precisamente tú eres la persona que más puede ayudarme en esto porque me importa tu opinión más que la de cualquier otra persona. Si cruzaste ese límite estando casada, imagino que habrá sido por algo, no lo habrás hecho en vano. Me ayudaría saber tu opinión, escucharlo de tu boca, me haría sentir más segura de mí misma. ¿O lo hiciste simplemente por probar algo nuevo porque sabes que me gustan las tías?

- Claudia, no puedo hacerlo – agacha la cabeza para no mirarme a la cara.

- Vale, tranquila, no voy a insistirte. Puedo ser muchas cosas, pero pesada no soy. Tienes razón, esto no está bien, será mejor que lo dejemos aquí. Con las sesiones que hemos hecho hasta ahora he mejorado, he aprendido a gestionar ciertos pensamientos y lo llevo mejor, creo que puedo prescindir de una psicóloga.

- Como tú quieras. Si en algún momento piensas que necesitas volver, siempre y cuando no sea para pedirme mi opinión sobre ti, sabes que puedes hacerlo y sabes dónde y cómo encontrarme.

Lo siento, pero no pienso dejar que esto termine así tal cual.

LUCÍA

Tengo ganas de hablar con Claudia, quiero cerrar el tema ya. No puedo hacerle daño a David, me arrepiento mucho de lo que hice, aunque fuese lo que realmente me apetecía. El problema es que lo

que me apetece y lo correcto no están en el mismo bando y creo que debo hacer lo correcto, no puedo echarlo todo a perder por una persona que simplemente me atrae. Aunque sé muchísimas cosas sobre su vida, no la conozco. A David sí, y no se merece esto.

Lo que más me jode del paso que voy a dar es que Claudia tiene miedo al rechazo y esto no le va a ayudar para nada, posiblemente será un paso hacia atrás, pero estoy dispuesta a seguir con las sesiones si ella quiere y mientras considere que lo sigue necesitando. No soy un animal, podré contener mis ganas de cualquier otra cosa con ella, pero también tendré que valorar si realmente la estoy ayudando o si estoy empeorando la situación.

Le digo lo que tenía que decirle y me hace justo la pregunta que no debía hacerme. Me muero de ganas de decirle que para mí es guapísima, es perfecta y no es que me lo parezca ahora, es que antes de venir a mi consulta ya me había fijado en ella, ya vivía con ganas de bajar a la cafetería a desayunar para verla pasar cada día. Sé que en el fondo sabe lo que opino, pero es verdad que no es lo mismo suponerlo que oír mis palabras, pero no puedo decirlo, si lo hago sigo dejando una brecha abierta y es precisamente lo que quiero evitar. Tengo que ser tajante, aunque me duela en el alma porque sé que le ayudaría saber mi opinión.

Después de decirme que prefiere dejar de venir, me pide por favor que hagamos meditación por última vez. Se tumba en el sofá y le digo que cierre los ojos, pero veo que los mantiene abiertos, imagino que tiene algo que decir.

- No me has vuelto a poner las manos encima. ¿Me tienes miedo? Soy inofensiva, te lo aseguro, nunca intentaría hacer algo que te pueda incomodar y ahora ya sé qué es lo que no quieres – dice mirando al techo.

- No eres tú la que me da miedo, me doy miedo yo misma.

- Ven, por favor, me relajan tus manos. No dejaré que hagas algo de lo que te puedas arrepentir después.

- ¿Puedo confiar en ti?

- Puedes.

Cierra los ojos, supongo que esperando a que haga lo que me ha dicho, y yo no soy capaz de decirle que no. Por no rechazarla otra vez y porque realmente estoy deseando tocarla. Pongo la silla a su lado y esta vez pongo mi mano izquierda más cerca de su pecho y mi mano derecha más cerca de su pantalón. Hoy me está resultando más difícil contenerme. Después de haberla besado, meter mi mano por dentro de su pantalón es lo que más deseo y además ahora ya sé que seguramente ella también lo está deseando. ¿Así cómo puedo aguantar? Miro mi mano izquierda y me doy cuenta de que no lleva sujetador, se le marcan los pezones. Aún no he sido capaz de articular palabra y me acabo de bloquear más. Me empieza a subir un calor por mi espalda hasta mi cabeza y desconecto totalmente de la Tierra, miro mi mano derecha y empiezo a deslizarla lentamente hacia dentro de su pantalón, al estar tumbada, queda un espacio por el que puede pasar perfectamente sin forzar. Sigo bajando y me entran más ganas al descubrir que está completamente rasurada, pero justo cuando llego a su entrepierna, me coge del brazo para pararme. Es verdad, podía confiar en ella, pero no en mí. Se levanta, se pone la chaqueta y antes de abrir la puerta me dice:

- Cuando te interesa sí que sabes cruzar el límite. Adiós Lucía.

Al final está siendo más madura una persona que tiene diez años menos que yo. Bravo, Lucía, te está haciendo perder todos tus sentidos. Y encima me ha dolido ese “adiós”. Ha sabido muy bien cómo poner el punto y final a esto y dejarme un sabor amargo.

CAPÍTULO 18

VIERNES 14 DE FEBRERO

CLAUDIA

San Valentín, el día de los enamorados. Vaya mierda el amor. ¿De verdad existe? Yo cada vez tengo más dudas de que así sea, o es que soy invisible para Cupido. La única persona que despertaba algo dentro de mí, hoy celebrará el amor junto a su marido. Pues nada, yo me quedaré sola en casa mirando películas de terror, de género gore a poder ser. Románticas no, gracias. El romanticismo para otros.

Ahora me estoy arrepintiendo de haber parado a Lucía. Si no lo hubiera hecho, ¿hasta dónde hubiera llegado? Siempre me quedará la duda, joder. Pero si no la hubiera parado, le hubiera demostrado que no puede confiar en mí. Me quedé con las dudas y con unas ganas tremendas de seguir, todo por querer cumplir con lo que le había dicho. Por una parte, pienso que posiblemente perdí la oportunidad de hacer algo con ella, pero por otra parte pienso que hice bien porque si eso hubiera pasado, me hubiese costado mucho más pronunciar ese "adiós".

Las que seáis *milenials* como yo, ¿os acordáis de las cantimploras Zumrok? Que tenían un rasca y te podía salir un "sigue buscando" o un "vale por otra cantimplora". Pues yo cada vez que rasco a alguna chica, me sale un "sigue buscando". Sólo falta que me den las gracias por haber sido su objeto o su experimento y una palmadita en la espalda. O una caricia en la cabeza a modo gatito abandonado, de esos que te dan pena.

Sé que físicamente soy muy del montón, pero tengo buen corazón, no sé qué habré hecho yo para no merecer suerte en el amor. Aunque pensándolo bien, nunca he tenido suerte con nada, lo único bueno que me llovió fue encontrar este trabajo. Sé que debería estar acostumbrada a la mala suerte, pero creo que eso es

algo a lo que una nunca consigue acostumbrarse, siempre vive con la esperanza de que mejoren las cosas.

Echo un vistazo a las pelis que hay en Netflix y oye, a veces las pequeñas cosas son las que te hacen feliz, he descubierto que hay una película de *Saw* que aún no había visto y es una saga que me chifla, no sé cómo puede ser que no me haya enterado de que había una nueva. Plan perfecto, eso me hará no pensar en Lucía y en lo que estará haciendo con su marido, que seguramente será eso que no llegó a hacer conmigo.

Palomitas, chucherías, refresco, sofá, manta y película; plan redondo. Sólo me falta un perrito o un gatito a quien achuchar, así tendría un San Valentín perfecto. Los enamorados deberían envidiar mi plan.

LUCÍA

Estoy bastante jodida por pensar que Claudia ya no volverá a la consulta y porque me paró los pies. Las manos en este caso. Yo estaba dispuesta a llegar hasta el final porque mirarla, mirar su cuerpo me lleva como a otra dimensión, se me olvida todo lo demás. En ese momento ni me pasó por la cabeza que mi marido tiene llaves y podría entrar en cualquier momento. Menos mal que ella cumplió con sus palabras y tuvo más cabeza que yo, está claro que yo la he perdido totalmente.

Desde hace unos cuantos años me da bastante pereza celebrar San Valentín, pero este año es diferente. Me han entrado ganas de currármelo un poco, hacer algo especial, pero lo malo es que creo que esto me está pasando simplemente porque me siento mal, no porque realmente me apetezca. Si me daba pereza antes, ¿por qué iba a cambiar eso ahora?

Sea como sea, he reservado mesa en un buen restaurante que hay en el centro. Los primeros años de matrimonio nos gustaba ir allí, no en exceso porque no es un sitio precisamente barato, pero se come muy bien y es muy elegante. Me parecía el restaurante más

indicado para tener una velada agradable y para ver si revive algo dentro de mí.

Me arreglo para la ocasión: elegante como el restaurante. Me pongo vestido, tacones y el pelo recogido en un moño. Realmente no parezco yo, hacía tiempo que no me arreglaba así, y David me lo hace saber dándome besos por el cuello y diciéndome que retrasaría la hora de la reserva del restaurante porque estoy para comerme. Y me jode admitirlo, pero he pensado en Claudia mientras me besaba el cuello.

Cenamos comida de esa pija que se lleva ahora, que el plato tiene tres palmos de diámetro, pero de comida hay la cantidad exacta para alimentar a un pajarito. Muy bueno, eso sí, pero te quedas con hambre. Me da rabia que la mayoría de los restaurantes se estén convirtiendo en esto, pero ahora es lo que hay si quieres cenar en un sitio especial.

Cuando llegamos a casa pasa lo que ya sabía que iba a pasar: David se había quedado con ganas antes de irnos. Abro yo la puerta con las llaves y él se acerca por detrás hasta quedarse pegado a mí y sigue con los besos en el cuello que había dejado a medias antes. Avanzamos caminando hacia la habitación sin separarnos y yo ya noto en mi culo el bulto que debe haber en su pantalón. Me quita el vestido, el sujetador, me tira sobre la cama y me quita las braguitas. Yo le obligo a bajar y a que haga que me corra en su boca. Lo siento, pero necesito seguir pensando en Claudia, quiero imaginarme que es ella la que lo está haciendo y la que me da ese orgasmo. Y qué orgasmo…

Al terminar, sube para besarme y al pegar su cuerpo al mío, noto que aún tiene esa erección y me dice al oído:

- Veo que hoy has disfrutado mucho…

- Sí, tengo que confesarte que sí.

- ¿Vas a hacerme lo mismo?

- Por supuesto – finjo una sonrisa, pero me siento mal, me siento sucia y traidora. Tengo ganas de llorar por lo que estoy haciendo, pero no sé si hubiera sido capaz de correrme sin pensar en ella, es lo que más me pone ahora mismo, es lo que enciende mi deseo. Me pongo encima de David y empiezo a besarle y morderle por zonas sensibles como el cuello, los pezones y el camino hasta llegar a su zona íntima. Podría ir directa al grano porque él está listo para la acción, pero quiero poner de mi parte para que lo disfrute tanto como lo he disfrutado yo, aunque haya sido pensando en otra persona.

CAPÍTULO 19

SÁBADO 15 DE FEBRERO

CLAUDIA

Espero que a Lucía no se le ocurra salir con nosotras. Pero supongo que si, según Martina, llevaba una vida tan rutinaria con su marido, seguro que no va a empezar a salir cada fin de semana. Y mucho menos después de cómo me fui de la consulta. No sé si esto que pienso es de ser mala persona, pero espero que se quedase con muchas ganas de seguir, porque yo me quedé así sólo por pensar más en ella que en mí. Yo realmente no tengo a nadie a quién tenga que serle fiel, podría haber dejado que siguiera.

Voy a tratar de dejar todo eso de lado y centrarme en mí, en salir hoy y pasármelo lo mejor posible. ¿El plan? El de siempre, pero insisto en que espero que sin Lucía porque no quiero que me maree la cabeza. Y por suerte, llega Martina sola.

Hoy nos hemos pasado toda la tarde en la terraza interior de un pub hablando con gente y ha llegado un punto en el que Martina me ha dicho que estaba un poco harta de los tíos babosos, le he propuesto cambiar de sitio y me ha dicho que nos tomemos la última de camino a casa. Sí que debe estar harta porque a ella normalmente hay que obligarla a terminar la fiesta. Me da la sensación de que le pasa algo, pero dejaré que me lo cuente si es que quiere contármelo, yo no voy a presionar porque no me gusta que lo hagan conmigo.

- ¿Y si pasamos de bar y vamos a mi casa? – me dice ella.

- ¿Me estás proponiendo algo indecente? – la cojo de la cintura y la acerco a mí mientras caminamos una al lado de la otra.

- ¿De verdad lo harías conmigo?

- ¿Tengo que responderte sinceramente? ¿Sin bromas?

- Más te vale.

- Por tu físico, sí. Pero me echaría para atrás el hecho de que no te gustan las tías. No sé, tendría que verme en la situación para comprobar si lo haría o no.

Subimos al primer piso, abre la puerta de su casa, paso detrás de ella, cierra la puerta y yo me quedo de pie en el pasillo porque nunca había estado aquí, no sé hacia dónde tengo que ir. Se acerca a mí hasta unos niveles sospechosos y yo doy un paso atrás, no sé por qué, y me quedo apoyada en la pared. Ella apoya su mano derecha también en la pared y se acerca a mi boca. Jodeeeer ¿va a hacer lo que parece que va a hacer? Sí, lo hace. Empieza a besarme y se pega a mí, apretándome contra la pared, pasa su mano por mi cintura, por debajo de la camiseta. Yo sigo inmóvil porque no me esperaba esto y poque preferiría que fuese Lucía, no ella. Deja de besarme en la boca y pasa a hacerlo en el cuello y con ello consigue que empiece a despertarse lo que tengo entre las piernas. Mis manos ya no pueden quedarse quietas. Las pongo en sus caderas, las deslizo hasta su culo y la aprieto más a mí.

- ¿Ya tienes claro si lo harías?

- Lo tengo clarísimo. ¿Y tú? – ha conseguido encender mi fuego con los besos por el cuello y con la proximidad de su cuerpo y ahora mismo no soy capaz de decir que no.

- Me moría de ganas de probarlo desde que te besé.

Sigue besándome y yo le voy quitando la chaqueta, me hace girar 90 grados para ir llevándome a la habitación sin dejar de besarme y me la quita ella también a mí. Ya delante de la cama, me quita la camiseta y se queda mirando mis pechos con el sujetador aun puesto y me entran dudas. Mis pechos son una de las cosas que más me gustan de mí, estoy orgullosa de ellos, pero no son los pectorales de un chico. ¿Y si a ella no le gustan?

- Martina… ¿estás segura de que quieres hacer esto?

- Sí que lo estoy. Te estaba observando porque nunca había mirado así a una mujer, y es bonito. Mi hermana cree que en el fondo todos somos bisexuales, quizás tiene razón.

¿Era necesario que nombrase a la hermana? La beso para que no hable más, le quito la camiseta, el sujetador y la tiro en la cama. Me pongo encima de ella con las piernas flexionadas y con las manos apoyadas a sus lados y voy directa a lamerle el pezón. Parece que sí que le está gustando porque me está apretando el muslo con su mano. Paso de un pecho al otro y después me dirijo a su cuello, ella aprovecha para quitarme el sujetador y para darnos la vuelta, me quedo yo tumbada en la cama y hace lo mismo conmigo: me lame los pezones. En cuanto tengo oportunidad, meto mi mano por dentro de sus bragas y noto que está mojada y eso me excita aún más. Tengo a Lucía todo el rato en la cabeza, y teniendo a una persona físicamente igual que ella, no me resulta difícil imaginar que es ella la que está mojada y no Martina. Le quito los pantalones, las braguitas y empiezo a estimular su clítoris mientras ella me desabrocha el pantalón y me hace parar para dejarme desnuda. Nos tocamos las dos mientras nos besamos y yo aguanto porque quiero que se corra primero, para estar centrada en ella y asegurarme de que no se queda a medias. La estimulo durante un buen rato y, aunque ella se mostraba segura de querer hacerlo, yo tengo momentos en los que me entran dudas de si podrá correrse o tendremos que dejarlo. El hecho de que yo sea una chica y de que hayamos bebido, son cosas que no ayudan en una situación así. Por fin noto que empieza a jadear fuerte, me aprieta contra ella con todas sus fuerzas y pocos segundos después noto las contracciones en su entrepierna que me confirman el orgasmo. Al quedarme tranquila por haber conseguido mi objetivo, me dejo llevar yo también y al terminar, nos quedamos tumbadas sin decir nada. A mí me pasan miles de cosas por la cabeza que prefiero no exteriorizar ahora mismo e imagino que a ella le está pasando lo mismo.

Esta mañana no quería que viniera Lucía para no marearme la cabeza y al final ha sido Martina la que lo ha hecho. Bien, vamos haciendo el lío más grande.

LUCÍA

Estoy haciendo un gran esfuerzo por no salir con mi hermana, porque salir con ella significaría salir con Claudia. Si le hiciera caso a mi corazón, iría sin importarme las consecuencias que puedan haber después, pero ya tengo una edad para pensar más con la cabeza que con el corazón. Me quedó claro cuando Claudia fue más responsable que yo sin realmente tener ninguna obligación de serlo, era yo la que no debía dejarme llevar por la situación.

Después de comer, le propongo a David ir a dar un paseo y, al caminar por el centro, veo el hotel con spa al que fui con él hace poco tiempo y me entran ganas de volver. ¿Y cuál es el problema? Que no es con David con quien me apetece ir. Que al final a un spa se va para relajarse, no para estar de cháchara, podría ir con él sin problema, pero mi parte malévola se está imaginando a Claudia en bikini y me gusta mucho más esa idea.

¿Qué coño puedo hacer para no tener estos pensamientos? A lo mejor la mejor idea sería dejar de intentar evitar lo inevitable y dejarme llevar. Ver qué pasa, ver qué es lo que realmente quiero. A David no puedo estar diciéndole cada sábado que me voy de fiesta porque al final no le parecería tan buena idea, pero ¿decirle que me voy al spa con mi hermana? Eso no es nada malo y tampoco podré caer en la tentación con Claudia porque estará Martina delante, tengo menos riesgo que en cualquier otro sitio.

¿Qué hago? ¿Le propongo a Martina ir al spa o mejor me callo la boca? Tengo un mar de dudas en mi cabeza y me atormenta porque yo siempre había tenido claro lo que quería. En todos los aspectos de mi vida he sido una persona decidida, hasta para cosas como elegir la ropa que tengo que ponerme. No entiendo a esa gente que se pasa horas de cara al espejo probándose el armario entero, como si nunca se hubiera puesto esas prendas y no supiera ya de sobra cómo le quedan. Y tampoco entendía cómo alguien puede dudar si dejarse llevar con una persona estando casada con otra. Y ahora estoy yo metida en esa mierda y no sé cómo adiestrar a mis pensamientos.

CAPÍTULO 20

DOMINGO 16 DE FEBRERO

CLAUDIA

Estoy tumbada boca arriba, abro los ojos y lo que veo en mi campo de visión no es mi habitación. No es que no me acuerde de lo que hice ayer, en el pub no bebimos tanto como para perder el control y después, al llegar a su casa, ya no bebimos más. Recuerdo demasiado bien lo que pasó, pero no estoy acostumbrada a despertarme en una habitación que no es la mía, y mucho menos con alguien a mi lado. Y ese alguien es Martina, mi amiga, mi compañera de trabajo y la hermana gemela de la persona que realmente despierta algo dentro de mí.

No sé si esperar a que despierte y decirle educadamente que me voy a mi casa o irme ya. Mi casa es ese sitio del que no tendría que haber salido ayer para no llegar a meterme en la mierda en la que estoy metida ahora. Cada vez más hasta el fondo. Hasta estoy pensando que en mi pueblo es donde estaba bien porque estas cosas no me pasaban, la única opción de tener sexo era tocarme yo solita. Y oye, no estaba nada mal porque no me buscaba ningún problema con ello, no tenía consecuencias.

Me voy a casa, no quiero afrontar otra vez el momento de decirme que se le fue la olla y que no volverá a pasar nunca más. No es que me moleste que no se repita nunca más, de hecho, creo que sería lo mejor, pero estoy cansada de escuchar siempre lo mismo. Ya si eso que me lo diga mañana, o mejor, por WhatsApp. O que no hable nunca del tema. Sí, eso sería lo mejor de lo mejor. Me levanto, voy buscando mi ropa y poniéndomela y veo que abre los ojos. Mierda.

- Buenos días – es lo único que me apetece decir y es gracias a mi madre, que me educó muy bien, sino, ni lo diría.

- Buenos días. Qué prisa tienes. ¿No quieres desayunar?

- Tengo que ir a pasear al perro.

- Pero si tú no tienes perro – piensa unos segundos – vale, pillo que es una excusa para irte.

- Veo que no eres tan tonta como parecías – le sonrío.

- Perdona, pero las tontas sois las rubias.

- Las rubias naturales, lo mío es tinte.

- Eso también quema el cerebro – yo sigo vistiéndome y no le contesto - ¿tan mal lo hice?

- No es eso – me siento en la cama, recapacito y pienso que no debo irme así sin más, es mi amiga, la única persona importante que tengo aquí – lo hiciste bien, puedes estar tranquila – sonrío otra vez - Pero imagino que las dos estamos de acuerdo en que tenemos que asimilar lo que hicimos, ¿no?

- Sí.

- Descansa un poco más si quieres, yo me voy a casa y mañana nos vemos en el trabajo.

- Vale. Hasta mañana.

- Hasta mañana.

Voy de camino a casa rayada. Si ella supiera que estaba pensando en la hermana…bueno, si supiera todo. Que además la conocía, que era mi psicóloga, que también nos liamos y que intentó meterme mano. ¿Y si se lo cuentan? Quedaré como una ligera de cascos, pero no podía desaprovechar ninguna de las dos oportunidades. Sólo desaproveché una: el día en que paré a Lucía. Ahora mismo me estoy arrepintiendo. Ya metida en este gran lío… ¿qué más hubiera dado meterme un poco más?

LUCÍA

Estoy leyendo en el sofá, David está en su escritorio, con cosas suyas de abogado. Al final sus jornadas laborales son mucho más largas de lo que deberían, hay fines de semana que no sabe

desconectar, si no fuese porque a veces yo le propongo algo, no haría otra cosa. Me vibra el móvil, miro la pantalla y es un WhatsApp de Martina que, por lo que veo, va a cambiar mi aburrimiento por algo bastante interesante.

- Necesito hablar contigo, pero no puede estar David delante. ¿Vienes a mi casa? ¿O quedamos en algún sitio? Si te va bien, claro.

- Miedo me das. Por lo que ofreces de quedar en algún sitio, veo que no debes tener mucha resaca, pero por cómo escribes veo que debe ser un tema delicado, así que…ahora voy.

Y no miento en lo de que me da miedo. Espero que no se haya liado otra vez con Claudia. La única vez que me escribió así un domingo fue para contarme eso, así que me espero eso o algo peor. Me pongo unas zapatillas, aviso a David de que me voy y él casi que ni se entera, está centrado en lo suyo. Salgo a toda prisa y juraría que he visto a Claudia de lejos por la calle, pero no sé si es real o es mi imaginación porque verla es lo que deseo. Llego a casa de mi hermana y no habla, me hace pasar y sentarme directamente en el sofá. Más miedo me da.

- Pues sí, tienes buena cara, qué raro. ¿No saliste ayer?

- Es que no tengo resaca de alcohol, tengo resaca emocional.

- ¿Y eso?

- Volví pronto a casa. Bueno, volvimos.

- ¿Volvisteis? ¿Tú y quién más? – después de oír que incluye a otra persona, sí que me acojono de verdad y no sé si quiero escuchar la respuesta, porque sé cuál va a ser y no me va a gustar oírlo.

- Claudia y yo – lo sabía. ¡Lo sabía! ¡Joder! Sí que era Claudia la que iba por la calle.

- ¿Y? – pasan unos segundos y no me responde, está cabizbaja - No te habrás acostado con ella, ¿no? – por favor, que la respuesta sea negativa.

- Sí – me responde con un hilo de voz que casi ni he oído. No sé si a consecuencia de lo bajito que lo ha dicho o porque yo no quería oírlo. Empiezo a sudar. No puede ser, no puede estar pasando esto. Me niego a pensar que mi hermana se ha acostado con la persona que me tiene loca. A ella se supone que no le gustan las tías ¿y tenía que fijarse en la misma que me fijé yo? Y encima se ha acostado con ella antes que yo. Tengo que recomponerme y hacer como si no me importase. Podría decirle que me lie con ella en el pub, ese momento no entra dentro del secreto profesional, pero ¿y si está empezando a sentir algo por Claudia? Tengo que averiguar más cosas, aunque me puedan llegar a doler.

- ¿Y qué piensas sobre ello?

- ¿Vas a ponerte a hacer de psicóloga?

- Es lo que soy y lo que necesitas ahora mismo.

- No lo sé, estoy confundida. Nunca me hubiera imaginado acostándome con una tía, pero ayer me apetecía. Para ser sincera, tenía curiosidad desde que la besé en la discoteca porque eso ya me gustó, es alucinante cómo besa y lo suave que es. Y ayer tenía yo a dos babosos encima de mí y ella a otro, que imagino que sólo estaban hablando porque ella cuando bebe tiene mucha facilidad para ser sincera y decirles q no le van los tíos, pero es que a mí no me apetecía estar hablando con ellos, tenía ganas de venir aquí con ella y de terminar con esa curiosidad que me invadía. ¿Qué me está pasando, Lucía?

- Tengo que decir que te entiendo, a mí Claudia también me parece una chica atractiva – iba a decirle que seguro que besar a una chica es más suave que besar a un chico, pero con eso le estaría mintiendo porque no puedo hablar a modo suposición porque sé perfectamente lo que es besar a una chica, y es más, sé lo que es besar a Claudia. Y pienso exactamente igual que ella: besa muy bien. Besarse con ella es lo más parecido a tocar el cielo – lo que no entiendo es por qué te lo parece a ti, ¿no crees que estás confundiendo la buena amistad que tenéis?

- ¿Y entonces por qué me corrí?

- Vale, hermana, creo que no necesitaba esa información – quiero arañarme la cara tan fuerte que pueda llegar a arrancarme las uñas con ello. ¡¿Cómo que Claudia hizo que mi hermana se corriera?! Que vale, sé que si se acostaron es fácil que se corrieran, pero volvemos a lo de siempre: no es lo mismo suponerlo que escuchar la confirmación - ¿y sientes algo por ella? A parte de un calentón, claro.

- Como decía Sócrates: "sólo sé que no sé nada". Yo qué sé, Lucía. A lo mejor tienes razón y estoy confundiendo cosas, lo único que tengo claro es que me apetecía probarlo y me gustó.

- Hermanita, creo que en la orientación sexual también somos gemelas, pero no te habías dado cuenta – le doy palmaditas en la rodilla - ¿no vas a invitarme a un café?

No ha dicho que tenga sentimientos hacia ella y yo ya me he quedado un poco más tranquila. Pero joder, hace un rato estaba Claudia ahí en su cama, las sábanas deben oler a ella. Cómo me gustaría que las mías oliesen así también, o entrar en las suyas, en las que duerme cada día.

De camino a casa hay dos frases que me rondan la cabeza sin parar: la de "es alucinante cómo besa" y la de "¿y entonces por qué me corrí?". Yo también me muero de ganas de probarlo con ella. ¿Qué voy a hacer? ¿Y si empiezo a hacerle caso a mi corazón e ignoro al cerebro?

Por la tarde, después de pensarlo bien, entro a la página web del hotel con spa y me pongo a leer las condiciones. Cuando fui con David no me importaban las condiciones porque sólo pretendía ir a desconectar un rato, nada más. Ahora prefiero privacidad y no sé si será posible reservarlo sólo para las tres. Es un spa bastante pequeñito y por lo que veo va por horas y grupos de hasta cuatro personas. El próximo hueco que hay disponible es para el martes a las 17:30. Escribo a Martina para proponerle que vayamos y que venga Claudia también, con la excusa de que así no nos meterán a

alguna parejita para completar los 4 ocupantes. El otro día sí que estábamos con otra pareja, pero no sabía si fue casualidad que no reservó nadie más o si era porque se aceptaba un máximo de cuatro personas. Un rato después me contesta que sí, que reserve y que vendrá Claudia también.

De momento, ha salido todo redondo. Ya veremos después…

CAPÍTULO 21

MARTES 18 DE FEBRERO

CLAUDIA

Empiezo a pensar que le estoy cogiendo gustillo a eso de complicarme la vida. El domingo Martina me dijo que Lucía le había propuesto ir al spa y que si me apetecía ir con ellas. Sé que lo más fácil y correcto hubiera sido decirle que no, pero hoy estaría en casa mordiéndome las uñas, pensando que podría haber estado en un lugar en el que las tendría en bikini a las dos. Y hace años que dejé de morderme las uñas, cosa que me costó mucho y no quiero recaer. Hasta después de haber tenido la boca cerrada con alambres durante algo más de mes y medio por el accidente, volví a mordérmelas. No me ayudaba ni el producto ese de farmacia que está tan amargo, yo lo chupaba y me las mordía igual. Al final fue cuestión de voluntad. Todo en esta vida es cuestión de voluntad, pero a veces no tenemos las fuerzas o las ganas necesarias para sacarla de dentro. Yo ahora mismo debería tener la voluntad de no ir a ese spa y quedarme tranquila en casa, pero el deseo de ver a Lucía es más fuerte que cualquier otra cosa.

A las 17:30 tenemos reservado el spa, hemos quedado a las 17:15 en la puerta del hotel. Lo que daría por subir a una habitación con Lucía después del spa… Pero tendré que conformarme sólo con verla y quizás, imaginármelo en algún momento que esté de relax dentro del agua.

Tenemos una hora y media para estar ahí y, para mi sorpresa, vamos a estar las tres solas. Yo pensaba que podría entrar cualquier huésped del hotel, pero no pueden entrar más de cuatro personas en el mismo turno. Menos mal que a Lucía no se le ha pasado por la cabeza traer a su marido, sino me muero. Y espero que no sepa que me acosté con Martina, sino también me muero.

Después de probar todos los chorros habidos y por haber, nos sentamos en silencio, disfrutando de la paz que invade el espacio.

Trato de meditar y pienso que, seguro que Lucía estará haciendo lo mismo, pero no puedo concentrarme porque sólo me viene a la mente su cuerpo, que lo he visto por primera vez tan descubierto y me pregunto si desnudas también serán completamente iguales. Visto el poco éxito que estoy teniendo con el intento de meditación, decido ir a la sauna.

- ¿Venís a la sauna?

- Ni de coña, me agobia estar ahí dentro – dice Martina.

- Yo me apunto – se levanta Lucía para venir conmigo.

Yo solo digo una cosa: hoy ya no me hago responsable de mis actos, puedo ser buena una vez, pero dos ya es demasiado.

No es que haya estado en miles de saunas, pero todas las que he visto son igual: tienen dos escalones altos para sentarse o tumbarse ahí. Entro yo primera, giro el reloj de arena para que empiece la cuenta atrás y me siento en el escalón de arriba, con las piernas separadas, las palmas de las manos sobre la madera y sin apoyar la espalda. Lucía me observa primero de arriba a abajo, con descaro y se sienta en el escalón de abajo, justo delante de mí. Queda entre mis piernas, pero tampoco apoya la espalda. Miro la puerta; es de cristal, pero está totalmente empañado, si viene Martina se apreciará una silueta, pero no podrá ver lo que estamos haciendo nosotras. Pongo mis manos en sus hombros y empiezo a hacerle un masaje lento. Tal y como me ha mirado y siendo que se ha sentado justo delante de mí teniendo opción de alejarse, imagino lo que está buscando. Y lo encontrará. Noto que se tensa un poco.

- Tú sólo relájate, yo controlo la puerta – me acerco y se lo susurro al oído, rozándole la oreja.

Sigo con el masaje y noto que poco a poco se va relajando. Empiezo a acariciarle el cuello por detrás suave y lentamente y después paso a la parte de delante. La hago apoyar la espalda para que se relaje más y para tener más fácil llegar a las zonas que quiero. Bajo con mis manos hasta pasarlas por sus pechos, me detengo un rato acariciándoselos y noto cómo se van endureciendo

sus pezones. El bikini es una tela sencilla y ha sido fácil notárselos. Sigo bajando con mis manos y esta vez soy yo la que le mete una de ellas por dentro de la braguita, pero ella no me para, hace lo contrario: abre ligeramente las piernas. Con eso entiendo que quiere que siga, y lo hago, por supuesto. Ahora puedo tocar perfectamente su clítoris, empiezo a estimulárselo y meto la otra mano por dentro del sujetador para estimularle también el pezón. Al tener que acercarme más a ella para llegar a su entrepierna, aprovecho para besarle el cuello también, sin dejar de mirar la puerta. Tenía pensado parar porque aquí hace un calor de mil demonios y porque quería dejarla a medias para que siga teniéndome ganas, pero me está apretando el brazo y noto que respira acelerada, así que mientras no me pida que pare…aguantaré. Y menos mal que no he parado, porque ha tardado poco más en correrse. Diría que ha pasado un minuto desde que he empezado a estimularla, se nota que tenía ganas acumuladas y que lo tenía clarísimo, no como Martina.

Me levanto para salir, me coge del brazo y me dice:

- ¿Y tú qué?

- Se nos ha terminado el tiempo – señalo el reloj de arena – y no creo que tú puedas aguantar mucho más tiempo aquí. Y…deberías disimular eso – le señalo los pezones. Se los mira y me mira a mí con los ojos muy abiertos. Yo no puedo evitar sonreír.

- ¿Y qué se supone que debo hacer para disimularlo?

- Meditación – sonrío pícara.

- Te mato.

- De placer deberías matarme, porque de otra manera no deberías, hay cámaras en la salida. Y que sepas que me debes un orgasmo.

- Eso ya lo veremos.

Aunque me joda, yo lo he disfrutado poco porque realmente estaba más pendiente de la puerta que de todo lo demás. Imagínate

si nos hubiese pillado Martina… Pero estoy feliz de pensar que me ha resultado fácil conseguir que ella lo haya disfrutado.

LUCÍA

Tengo unas ganas tremendas de ir al spa con Claudia. La sigo viendo pasar cada día por delante de la cafetería, pero me sabe a poco. Necesito más contacto con ella, el máximo posible.

No se me ha caído la mandíbula al suelo al verla en bikini porque la tengo enganchada al hueso temporal, sino la hubiera tenido que recoger en varios pedacitos. Encima lleva el pelo recogido y su cuello queda al descubierto. Está sentada relajada con la cabeza echada para atrás y me muero de ganas de ir a ponerme encima de ella y besarle ese cuello. Me estoy excitando sólo de pensar en ello. Ojalá estuviéramos solas. Quiero mucho a mi hermana, pero ahora mismo la eliminaría de la ecuación de tres incógnitas.

Estaba esperando a que Claudia dijera de ir a la sauna, sino lo hubiera dicho yo. Sé que a Martina no le gusta y que no vendría con nosotras, que estaría a solas con ella. Entro después de ella y me siento delante. Estoy jugando con fuego, lo sé, pero es lo que quiero y estoy cansada de hacer siempre lo que debo. Voy a dejarme llevar y a hacer lo que surja, no voy a contenerme. Tal y como la he mirado, espero que le haya quedado claro que estoy dispuesta a lo que sea. Empieza a hacerme un masaje, Dios mío, tiene unas manos de oro, igual de placenteras que su lengua. ¿Lo hará todo igual? ¿Y qué clase de magia podría llegar a hacer con la lengua en mi entrepierna?

Poco después descubro que sí, que lo hace todo igual. Una vez más he desconectado de todo lo que hay a mi alrededor, pero cuando he vuelto en mí, siento un calor horroroso. Si estuviera dos minutos más aquí dentro me ahogo, estoy segura. ¿Cómo puede ser que deje de ser consciente de todo cuando me está tocando? Hasta me he olvidado por completo de que mi hermana está ahí afuera, de que podría entrar en cualquier momento. Y lo peor de todo: de pillarme con la tía con la que se acostó ella hace tres días.

Salgo con un sofocón tremendo y muerta de vergüenza. Nunca me había tocado alguien que no sea David. Y no es que me haya tocado un poco y hayamos parado, es que una persona que no es él ha conseguido que me corra en un tiempo récord, ha sido como una especie de eyaculación precoz, nunca me había pasado esto.

- Madre mía, estás como la patata caliente del Grand Prix, parece que vayas a estallar, estás rojísima y sudadísima. ¿Estás loca o qué? ¿Por qué has aguantado tanto tiempo ahí dentro? – me dice Martina y yo pienso: la patata caliente la tenía hace un rato.

- No sé, no me había dado cuenta de que me estaba acalorando tanto – es lo único que me digno a decir. Miro a Claudia y está como si nada.

No sé cómo lo hace, pero tiene una fachada que parece que no le afecte nada. Que, sabiendo su pasado, entiendo que cualquier cosa le parezca fácil o que le parezca una tontería, pero joder, me siento como tonta ahora mismo. ¿Ves? Eso es lo que me ha pasado a mí con ella. Si no supiera nada de su pasado, me parecería que es una persona fría, pero conociéndola, sé que no es así, que es todo lo contrario. Y además es guapa y con un cuerpo espectacular. ¿Cómo puedo resistirme a ella?

Lo que más me ha jodido de todo esto es que yo no he llegado ni a tocarla. Ni el otro día en la consulta ni hoy. Al final me ha provocado un orgasmo y sigo sin saber lo que se siente al tocar su zona más íntima. Y me ha dicho que le debo un orgasmo. ¡Ojo! Ahí ha tocado piedra. Yo nunca le he debido nada a nadie que yo sepa y no quiero que eso cambie. Esto no se puede quedar así, ni de coña.

¿Y David? Joder, David. Pero no han sido muchos cuernos. No nos hemos besado ni la he tocado. Vale, sí, lo sé, soy patética. Son cuernos y punto. Yo no soy así, en serio. No sé qué me está pasando.

CAPÍTULO 22

VIERNES 21 DE FEBRERO

CLAUDIA

Martina no ha hablado en ningún momento de lo que hicimos el sábado y tampoco he sabido de Lucía. Deben estar arrepentidas las dos, que es lo que ya me esperaba, no me sorprende ni un poquito. Además, Martina me ha dicho que mañana no quiere salir, que le apetece un finde tranquilo. ¿Me habré ganado dos enemigas? Menudo éxito tengo. Espero que no sea porque se han contado lo que he hecho con las dos, porque entonces tendrían razón para odiarme un poco. O bastante. He pasado de no comerme un rosco a comerme una doble ración.

Ahora me pregunto si debería decirle a Martina que Lucía era mi psicóloga, porque cuanto más tiempo pase, imagino que más grande se considerará la mentira. ¿Y qué es lo que me impide dar el paso de decírselo? Que tendría que decirle que terminé mi terapia, pero no es cierto; realmente no la terminé, sino que hui de la situación. Lo mire por donde lo mire, hay alguna mentira que decir. Estoy metida en un buen embrollo y cada vez toco más hondo. Nunca me hubiera imaginado que pudiera llegar a pasar algo con las dos. ¡Con las dos hermanas!

Acabo de recibir un e-mail de Lucía que dice exactamente:

Buenos días, Claudia, soy Lucía, como habrás podido comprobar en el nombre que te sale en el e-mail. ¿El lunes por la tarde tienes un hueco? Me gustaría hablar contigo. Te espero en la consulta a las 17:00. No contestes a este correo porque mi secretaria tiene acceso a él. Sé que eres puntual así que te esperaré hasta las 17:05, si no apareces supondré que no has podido venir o que no has querido, cosa que podría entender. Saludos.

¿Y tengo que esperar al lunes? Y encima no tengo nada que hacer el fin de semana, se me va a hacer larguísimo. Porque

evidentemente me muero de curiosidad por saber lo que me va a decir, aunque estoy casi segura de que me va a mandar a la mierda una vez más. Otra vez saldrá con la historia de que está casada y que esto está mal y todo el rollo ese, me lo veo venir. Ahora no tiene la excusa de que es mi psicóloga, pero tiene otras excusas convincentes.

Ya tengo claro lo que voy a hacer: me voy a mi pueblo a pasar el fin de semana, así veo a mis amigas de siempre y me entretengo. Desde que me vine a vivir a la ciudad no he ido al pueblo para nada. Tengo fácil ir porque tengo cada finde libre y sólo tengo que coger un tren para llegar, pero no es algo que necesite ni eche de menos. Echo de menos a mis amigas, eso sí, pero nada más, aquí estoy muy bien. Es como si aquí me olvidase de todo lo que he vivido anteriormente, como si hubiera nacido una nueva Claudia. Y más después de las sesiones con Lucía que, aunque lo tuve que dejar, me sirvieron para mucho.

Eso sí que lo echo de menos. No sólo por verla, sino porque es alguien que me escucha. Perfectamente podría ser una paciente más para ella y estar haciendo su trabajo como lo hace con cualquiera, pero me da la impresión de que no es así, realmente se preocupa por mí. Y eso es justo lo que necesitaba en mi vida, a alguien que se preocupe por mí, porque es algo que no he tenido desde que murió mi madre.

Yo no soy muy de cosas espirituales, de hecho, como ya he dicho anteriormente, ni creía en la meditación, pero sí que soy de auras. ¿Os ha pasado alguna vez que sin conocer mucho a una persona os transmite buena energía? Como si tuviera un aura positiva. Pues eso me pasa a mí con ella. Y con otras personas me pasa al revés: sin conocerlas en exceso, me dan mal rollo, transmiten mala energía.

Por todo eso me atrae más Lucía que Martina.

LUCÍA

Llevo tiempo sin parar de pensar en Claudia, pero desde lo que pasó el martes, se ha multiplicado ese pensamiento, ocupa un gran

espacio en mi cabeza. Por una parte, me parece mal, por supuesto, no me hubiera gustado traicionar a David de esa manera, pero no pude pararla, no fui capaz. Estaba deseando muchísimo tener un encuentro así con ella, y cuando ya estás metida en ello, es imposible frenar o, por lo menos, lo fue para mí. Hacía tiempo que no sentía algo así, que no me excitaba con tanta facilidad. Y con ella, tuve suficiente con poco tiempo.

Le he mandado un e-mail porque necesito hablar con ella. Lo haría ahora mismo, pero la he citado para el lunes para que a ojos de David parezca una cita normal con una paciente. Además, empieza el fin de semana y no quiero molestarla, seguro que tiene planes y espero que entre ellos no incluya acostarse con Martina. Sé que no tengo ningún derecho, pero me pongo celosa de pensar que pueda tocar a otra persona o que la toquen a ella, y si es mi hermana, más. Encima yo aún no he tenido el placer de tocarla, Martina va con ventaja. Bueno, lo mire por donde lo mire, Martina tiene mucha más ventaja porque comparte más tiempo con ella y es libre de hacer lo que quiera cuando quiera, yo no lo soy.

Qué desastre. Estoy siendo mala esposa y mala hermana por una chica, y a estas edades. ¿Quién me hubiera dicho a mí que me pasaría esto? Que me convertiría en esto. Siempre había tenido muy mala opinión sobre las personas que ponen los cuernos o que traicionan a un ser querido y ahora estoy haciendo lo mismo. Cómo cambian las cosas cuando te toca de cerca, cuando lo vives en primera persona, cuando lo vives y lo sientes de verdad.

Encima no puedo contárselo a absolutamente nadie. Las dos personas con las que tengo más confianza son las que están metidas en ello. Y sin saberlo. Me lo tengo que callar y tragar todo yo sola, no puedo tener terceras opiniones o simplemente sentirme mejor desahogándome con alguien.

Qué manera de complicarme la vida…con lo tranquila que vivía yo antes de que apareciera Claudia…

CAPÍTULO 23

SÁBADO 22 DE FEBRERO

CLAUDIA

Acabo de llegar al pueblo. Iba a venir ayer, pero pensé que cuantos menos días pase aquí, mejor. Además, la cama de casa de mis padres no tiene nada que ver con la de mi piso, voy a volver con la columna deshecha. Mejor pasar sólo una noche aquí, será lo más conveniente para mi espalda.

He quedado con dos ex compañeras de trabajo, de cuando estaba en esa dichosa fábrica. Está cerca de casa de mi padre, a dos minutos andando, no tengo otra opción que pasar por delante en algunas ocasiones y me da hasta náuseas verla. Iré a tomar algo con ellas a un bar que hay al lado y después regresaré a casa a ducharme y arreglarme porque también he quedado con otras amigas, con las que iré a cenar a un bar que siempre me ha encantado porque hacen las mejores patatas bravas y las mejores alitas del mundo. A parte de a mis amigas, es eso lo que echo de menos. Después iremos al único pub que hay aquí, que estoy segura de que dentro de poco ya no habrá ni uno porque el dueño debe tener más de doscientos años. Eso sí, bebe chupitos como si no hubiera un mañana. A lo mejor es eso lo que le está volviendo inmortal… Si el alcohol desinfecta, él debe tener el sistema digestivo más limpio que hay sobre la faz de la Tierra.

Haré todo eso para ver en un día a las personas más importantes y si me porto bien con la bebida, mañana me iré con el primer tren que sale desde aquí. Acabo de llegar y ya estoy echando de menos estar en mi piso. Siempre me hace algo de ilusión venir, pero en cuanto llego me doy cuenta de que no ha sido tan buena idea. Me vienen recuerdos, es como si volviera a mi antigua vida, esa que tenía antes de empezar a ser feliz relativamente lejos de aquí.

Ahora he pensado que estaría bien hacer meditación ya que aún tengo tiempo libre. Voy a hacerla si puedo. Digo si puedo porque ya

me ha venido Lucía a la cabeza y no sé si voy a ser capaz de tener la mente en blanco. Esa mente que es capaz de formular miles de preguntas en muy poco tiempo, a una velocidad como si fuese el AVE Madrid-Valencia.

Necesito que sea ya el lunes, necesito saber lo que quiere decirme, estoy segura de que me dirá algo en plan que no quiere verme nunca más. Qué irónico que la persona que supuestamente tenía que ayudarme psicológicamente sea la que más me está rechazando últimamente. Y yo soy tonta y sigo estando dispuesta a cualquier cosa con ella. Si es que tiran más dos tetas que dos carretas… Pero, aunque no me lo haya dicho, imagino que debo gustarle bastante para haberse dejado llevar así. O eso o es una persona infiel por naturaleza, que hoy en día ya no me sorprendería, cada vez hay más gente así. Espero que no sea eso porque si es así, seguramente se habrá tirado a unas cuantas personas a parte de haberse dejado llevar conmigo. Y también significaría que yo no soy especial para ella, y una cosa que me encantaría y me haría sentir muy bien sería que fuese especial para ella.

Vale, estoy flipando, estoy soñando despierta. ¿Cómo coño voy a ser especial para ella?

LUCÍA

¿No existe ninguna manera de acelerar el tiempo? Aunque fuese como las cintas de radiocasete que tenías que darle vueltas y más vueltas con un bolígrafo. O destrozarte los dedos. Con la de avances que hay…que hasta han inventado la inteligencia artificial…y no hacen nada para solucionar lo del tiempo. Poder echar por ejemplo unos años atrás o unos días adelante, qué maravilloso sería. Ahora pienso en esto porque tengo ganas de que sea el lunes, pero me acaba de pasar por la cabeza que, si pudiera echar el tiempo atrás hasta el día en el que conocí a David para no conocerlo, Claudia aún no había tomado ni la comunión. Vaya tela. Esa es otra cosa; tampoco me hubiera imaginado fijarme en alguien menor que yo, y mucho menos que tuviera diez años menos. Estoy segura de que eso va a ser que ya estoy entrando en edad. Empieza a ser más atractivo un caramelito diez años más joven que yo que un caramelo diez años mayor. Cómo cambian las cosas sin darnos cuenta…

He estado planteándome preguntarle a Martina si van a salir, me muero de ganas de verla. A Claudia, no a Martina, sinceramente. Pero creo que será mejor idea esperar al lunes y hablar con ella tranquilamente y después ya veremos. Si salgo de fiesta otra vez será una relación con ella como si no nos conociésemos de antes y disimulando lo que nos está pasando. Ojalá ella me tuviera en la cabeza tantas veces como la tengo yo. ¿Le gustará más Martina o yo? Está claro que físicamente debemos de gustarle igual, no creo que una peca cambie las cosas. Y creo que también está claro que Martina le puede gustar más que yo, es más divertida y lleva un tipo de vida más parecido al suyo.

No sé por qué me estoy preguntando todo esto si al final no va a llegar a nada. Yo siempre he sido demasiado cobarde y he tratado de hacer las cosas que debo para ser una buena hija, una buena esposa y una buena hermana. Y sí, ahora estoy incumpliéndolo todo. TODO. Soy mala hija porque vivo en pecado, mala esposa porque le estoy poniendo los cuernos y mala hermana porque le estoy mintiendo y además me estoy acostando con la misma chica que

ella. Voy a entrar en el libro Guinness de los récords como la persona más traidora del mundo. Un aplauso para mí, por favor.

Espero que Claudia aparezca el lunes por la consulta, sino me voy a volver loca si no puedo decirle lo que necesito decirle.

CAPÍTULO 24

LUNES 24 DE FEBRERO

CLAUDIA

Recuerdo el primer día que tenía que ir a la psicóloga. Se me hizo súper largo porque deseaba que fuese ya el momento de terminar para quitármelo de encima. Pues hoy estoy igual pero multiplicado por dos. ¿Quién me hubiera dicho que terminaría en esta situación? Volviendo por segunda vez a la psicóloga, pero no para una sesión porque no sería la segunda, sino para que me mande a la mierda otra vez. Creo que me equivocaba al pensar que las cosas empezaron bien al llegar a la ciudad. Durante un tiempo fue así, pero creo que estoy volviendo a mi mala suerte, debo estar condenada a vivir así. ¿Me lanzaron alguna especie de hechizo o mal de ojo cuando nací?

Salgo del trabajo, voy a casa a ducharme, a arreglarme el pelo y a ponerme el mismo perfume que llevaba el día que salió con nosotras, para ver si le recuerda al momento en el que nos besamos. Normalmente en el día a día uso un perfume y cuando salgo uso otro. A las 16:55 estoy en la puerta, esperando a que salga Lucía. Espero que no se eche atrás, sino la mato si me deja así.

Como un minuto después de llegar y pensar eso, sale de la consulta. Entro con ella y esta vez no me quito la chaqueta ni me siento, espero a que hable, porque hoy no vengo a contarle mis mierdas mentales, vengo a que me diga lo que sea que tiene que decirme, a lo mejor va a ser muy breve. Cierra la puerta con llave y la deja puesta. Nunca había cerrado la puerta con llave.

- Por favor, quítate la chaqueta y siéntate. ¿O prefieres estar de pie?

- Realmente prefiero sentarme por si tengo que caerme con lo que me vas a decir. Hay menos distancia desde la silla al suelo que

desde mi altura hasta el suelo porque mi madre otra cosa no me dio, pero altura y tetas sí – bajo la mirada para mirarme los pechos, para ver si ella también los mira. Y sí, lo hace. Me he puesto una camiseta escotada y me ha venido de perlas decir esto. Por si su intención es mandarme a tomar viento y se lo piensa mejor al ver lo que se perdería.

- Tranquila que no te vas a caer de ningún sitio, espero.

- ¿Lo de cerrar la puerta con llave ha sido porque vas a matarme aquí ya que no hay cámaras?

- ¿A qué tipo de muerte te estás refiriendo? ¿A morir de placer o a morir de verdad?

- Sería todo un detalle por tu parte que no me mates de verdad.

- Me lo pensaré. Dependerá de cómo te portes.

- Yo siempre intento hacerte bien – le sonrío y trato de mirarla a los ojos de manera seductora.

- No sé si fue algo muy bien el casi dejar que me ahogara de calor en la sauna.

- No parecía que tuvieras muchas ganas de que parase.

- Si hubieras parado, entonces sí que te hubiera matado.

- Entonces tendría que haber parado para que te quedases con ganas de más.

- Si pienso en ti, siempre tengo ganas de más.

- ¿Y vas a decirme por qué estoy aquí? – no sé muy bien qué responder a lo que me acaba de decir, era lo que menos me esperaba, aunque tengo casi claro que esto no va a ser otro "adiós".

- Sí. Hasta ahora he estado dudando si hacerlo o no, pero voy a hacer lo que de verdad siento. El otro día cuando te fuiste de aquí, me quedé bastante tocada porque me pediste que te dijera lo que pienso de ti y no lo hice. Imagino que sabes que me gustas, sino no hubiera pasado nada de lo que ha pasado entre nosotras. Lo que no

sabes es que me gustas desde antes de lo que te imaginas. Supongo que tú no te has dado cuenta, pero David y yo desayunamos cada día en la cafetería que hay aquí al lado. No sé cuánto tiempo llevas trabajando, pero te veo pasar cada día y supongo que es desde que empezaste a trabajar, porque antes no te veía. Pero, desde el primer día que te vi, me llamaste la atención. Te veía de lejos y me gustabas y cuando llegaste aquí y te vi de cerca, me gustaste aún más. Me contaste lo de tu accidente y el complejo que tienes por las consecuencias. Yo no sé cómo eras antes, sé cómo eres ahora y para mí eres preciosa y perfecta. Ojalá supieras verte en un espejo con los mismos ojos con los que te veo yo.

- Gracias por decirme lo que piensas, me importa mucho tu opinión. Y ya que te has puesto sincera, ¿por qué no me dijiste todo esto la última vez que estuve aquí?

- Porque yo no soy así, nunca le había puesto los cuernos a David, eres la primera persona que me toca que no sea él. Estaba dispuesta a seguir siendo tu psicóloga si tú querías, pero nada más. No quería llegar a más porque no quería traicionarle así, pero me he dado cuenta de que no puedo ir en contra de mis sentimientos, no puedo elegir lo que quiero o no quiero.

- ¿Y qué es lo que quieres?

- Antes que nada, lo que quiero es saber si te gusta más Martina o yo. Si te gusta ella, me apartaré, no quiero que hagas algo conmigo sólo porque soy su gemela.

- ¿Qué te hace pensar que me gusta Martina? – le pregunto para ver si me confiesa si sabe que me acosté con ella.

- Es evidente que, si yo te gusto por el físico, también te gusta ella – no confiesa si lo sabe o no lo sabe. ¡Cabrona!

- Ella me gusta físicamente desde que la conocí, es guapísima, pero para mí el físico no lo es todo, necesito algo más y ese "algo" lo tienes tú, no ella.

- Perfecto – sonríe sospechosamente.

- ¿Y? ¿No vas a decir nada más? ¿No vas a devolverme el orgasmo que me debes? – realmente no es que piense que me debe algo, sólo lo he dicho para que diga algo más. Un "perfecto" no me vale. Se levanta, se acerca a mí lentamente sin borrársele esa sonrisa. Se queda de pie a mi lado, me pone un dedo debajo de la barbilla, me la levanta y me da un beso suave en la boca. Va hasta la puerta y pone la mano en la llave.

- Te dije que eso ya lo veremos – me levanto porque sobreentiendo que me está "echando".

- Espero que no tengas pensado cobrarme la sesión de hoy.

- Por supuesto que me la vas a pagar, pero con otro beso antes de cruzar esta puerta.

LUCÍA

Hay pocas cosas en la vida que me pongan nerviosa, supongo que es porque salgo poco de mi rutina, siempre es lo mismo en mi día a día y así es complicado sentir emociones diferentes. Aunque tengo que reconocer que desde que apareció Claudia en mi vida, empecé a sentir nuevas sensaciones. Y una de ellas es lo que voy a hacer hoy. Hacía muchos años que no me veía en la situación de decirle a una nueva persona lo que pienso sobre ella y menos en un caso así, que está despertando tantas cosas dentro de mi interior y me está poniendo el mundo del revés. Está claro que no le voy a decir todo lo que pienso sin filtros, estaría loca si lo hago, pero sí que le dejaré las cosas bastante claras.

Ha venido con una camiseta con un escote de escándalo. Cuando me ha dicho que tiene altura y tetas, no he podido evitar mirarle el escote. Y lo que daría por verlas desnudas…las tetas y todo lo demás. Llegará el momento. Espero. Perfectamente podría decirme que me acueste con mi marido y que no la maree a ella, cosa que entendería perfectamente, pero no me gustaría.

Me he quedado liberada después de decirle lo que pienso. Yo me siento bien y ella seguro que se siente igual o mejor que yo. Dos

personas más felices de lo que éramos hace un rato. A veces unas simples palabras nos pueden cambiar el día o incluso, en ciertas ocasiones, el resto de nuestros días. Ojalá le sirvan para sentirse mejor con ella misma y ojalá tenga un poco más de ganas de mirarse al espejo.

No he querido decirle que sé que se acostó con Martina porque ya sólo me faltaba que mi hermana se entere de que le he dicho que lo sé y tenga un motivo más para enfadarse conmigo. Porque cuando se entere de todo, no creo que le siente muy bien. Nada bien.

Le he pedido el número de teléfono para no comunicarnos por e-mail. Creo que con eso ya debe tener claro que sí que pienso cumplir con mi deuda, pero todo a su debido momento. No voy a decirle claramente que sí y tampoco quería que fuese aquí, aunque ganas de tirarla en el sofá no me han faltado.

He querido dejarla con ganas diciéndole que ya veremos si le doy el orgasmo que le debo y al final ha sido ella la que me ha dejado a mí con ganas. Cuando le he dicho que me diera un beso antes de salir, me ha empotrado contra la puerta, me ha besado apasionadamente con lengua y ha puesto mi mano dentro de su sujetador. Yo aún no había tocado nada suyo y con ese gesto, con tocarle una parte "prohibida" me ha dejado caliente no, lo siguiente. El tacto de la yema de mi dedo con su pezón me ha provocado una sensación electrizante entre el corazón y mi entrepierna. Y me dice al oído justo antes de salir:

- Decide si quieres que sea la primera y la última vez que la tocas.

Maldita Claudia, eres lista.

CAPÍTULO 25

JUEVES 27 DE FEBRERO

CLAUDIA

Lucía me dio su número de teléfono, pero yo no pienso escribirle por dos motivos: el primero es que tiene marido y no sé en qué momento puedo escribirle y en qué momento no es buena idea que lo haga, y el segundo es porque, aunque me gusta mucho, no pienso ser yo la que vaya detrás de ella. Realmente pienso que no es buena idea complicarme así la vida, no debería hacer nada más con ella y debería cortar por lo sano antes de que se convierta en algo más para mí, pero es complicado decir que no cuando te gusta una persona y sabes que ella siente lo mismo por ti. De momento es sólo atracción, quizás no llegue a más la cosa, y espero que así sea, porque no creo que ella deje por mí la vida perfecta que ha construido junto a otra persona.

En parte, echo de menos las sesiones con ella. Era la única forma de saber seguro que iba a verla. Ahora no sé cuándo la volveré a ver y tampoco sé si en algún momento se pondrá a pensar en lo que está haciendo y decidirá no seguir adelante. Es vivir constantemente en una incerteza que no me gusta.

Recibo un WhatsApp suyo, preguntándome si podría ir esta tarde. Se acentúa esa incerteza que siento, pero le digo que sí. Menos mal que me ha escrito para ir hoy mismo, sino otra vez se me harían eternos los días de espera. Por suerte hoy sólo serán unas horas. Llego a la consulta y una vez más me hace quitarme la chaqueta y sentarme.

- Lo primero que quería preguntarte es si ya se lo has dicho a mi hermana o si tienes pensado decírselo.

- No, ni se lo he dicho ni tenía pensado hacerlo, pero imagino que tú sí que debes tener intención de hacerlo y precisamente por eso me lo estás preguntando.

- Exacto. ¿Y puedo saber por qué motivo no quieres decírselo?

- ¿Vas a hacer de psicóloga? Esta sesión tampoco te la pienso pagar, he venido obligada.

- ¿Muy muy obligada? ¿No tenías ni un poquito de ganas de verme? – sonríe y yo me derrito, pero pienso hacerme la dura. Tiene los dientes tan blancos y el pelo tan oscuro, que ese contraste me parece irresistible.

- Que te haya hecho lo que te he hecho no significa que me esté muriendo por ti – sonrío yo también, para que sepa que no es cierto del todo.

- Vale, vale, me queda claro que no quieres ser una chica fácil. Pero no me olvido de que no me has contestado a la pregunta que te he hecho.

- Es un poco difícil de responder. Al principio no quería decírselo simplemente porque no me gusta contarle mis problemas a la gente, y si le hubiera dicho que voy a una psicóloga tendría que contarle el porqué. Después me lo callé cuando vi que sois hermanas y ya no hay vuelta atrás para ello, y después liamos más la cosa entre todas. Me parece que es un poco tarde para decirlo, y sería más fácil evitarlo, pero soy consciente de que sería lo más correcto para no rizar más el rizo – me paro a pensar – joder, nos va a odiar.

- ¿Nos? Déjame recordarte que yo tengo excusa por secreto profesional, tú no la tienes – pone una sonrisa pícara, cree que me está pinchando, pero esto no va a quedarse así.

- Déjame a mí recordarte que en ese pub no éramos psicóloga-paciente y estoy segura de que no le has contado lo que hicimos. ¿O eso sí que piensas ocultárselo siempre?

- Igual no hace falta sincerarse tanto…

- Si vamos a decir la verdad, que sea toda la verdad, sino estaremos en el mismo punto que ahora.

- Vale, tienes razón, pero lo de la sauna no.

- Vale, jefa – nos quedamos unos segundos en silencio. Estoy deseando besarla, pero no sé si sería demasiado atrevido por mi parte levantarme e ir a hacerlo. Aunque ya después de lo que hemos hecho…un beso no es tanta cosa - ¿y cómo quieres hacerlo?

- En cualquier postura me va bien – nos reímos las dos.

- No me tientes…

- No sé…estoy cagada. Yo creo que lo mejor sería decirle que venga aquí así podemos hablar las tres tranquilamente.

- ¿Y hacerlo en cualquier postura las tres también?

- Espero que estés diciendo eso de broma.

Se ha puesto seria y…lo siento, pero en algún momento tendré que besarla, no puedo irme de aquí sin volver a probar esos labios.

LUCÍA

Claudia y yo hablamos de lo que había pasado entre nosotras y le dije lo que pensaba sobre ella, pero aun así decidimos no seguir con las sesiones porque con las pautas que yo le había dado creo que puede ir bien, considero que no necesita más. Pero quedamos en que, si ella piensa que necesita volver, concretaríamos una cita de nuevo. Yo si pensase sólo en mí, me gustaría seguir viéndola cada jueves. Y si pudiera pedir, me gustaría verla cada día de la semana, no sólo pasando por delante de la cafetería, pero no puedo.

Lo que sí que puedo y debo hacer es contarle a Martina todo esto antes de que el lío se haga más grande. Ya me siento suficientemente mal por estar haciéndole esto a David, no puedo mentirle a mi hermana también. Además, necesito saber lo que piensa sobre esto y sobre todo si Claudia le gusta de verdad. Si es así, no dudaré en apartarme y dejarlas libres. Aunque Claudia me haya dicho que le gusta más mi personalidad, realmente no me conoce tanto, aun estaría a tiempo de cortar esto por lo sano y evitar que alguien llegue a sufrir. Al final yo soy la que está casada y la que no debería haberse metido en esto, ellas son libres de hacer lo que quieran.

He citado a Claudia esta tarde en mi consulta para hablarlo con ella, porque yo no puedo decírselo a Martina sin su consentimiento. Realmente podría decirle que nos liamos en el pub y ya está, pero quiero ser sincera, quiero que sepa que nos conocíamos de antes. Y sólo espero que no se lo tome muy mal y que me diga que lo de Claudia no significó nada para ella. Lo que se quedó a medias en la sauna, no estoy dispuesta a que se quede así, sólo vivo pensando en "devolverle lo que le debo".

Llega a la consulta, le comento que quiero decírselo a Martina y acepta, menos mal. Sabía que aceptaría, pero siempre queda una pequeña duda. Por lo que la he podido conocer en las sesiones, he podido comprobar que es buena persona y da todo lo que puede por los demás, estoy segura de que en el fondo también le duele estar ocultándole información a mi hermana.

Hemos quedado en que le diré a Martina que venga aquí el lunes. Con Claudia he quedado un rato antes y nos tomaremos un café aquí mismo para asegurarnos de estar las dos cuando llegue mi hermana, así cuando entre y nos vea a las dos, ya se olerá algo, que vaya procesando información antes de darle toda la explicación pertinente.

Además, realmente me apetece tomar un café con Claudia. Hablar como dos personas normales que se están conociendo, que no sea sólo hablar de temas picantes o como psicóloga suya. Tiene que haber mucho más detrás de esa persona que sufrió tanto en su adolescencia y tengo ganas de conocerlo. Aunque pensándolo bien, aquí no es el sitio más idóneo porque es mi lugar de trabajo y sin querer, me sale mi lado profesional.

- ¿Y si vamos a tu casa?

- ¿Ahora? ¿Tantas ganas me tienes? – sonríe pícara.

- Nooo, digo el lunes. Para tomar café y quedar allí con Martina.

- Qué desilusión – pone el dorso de la mano en la frente fingiendo drama - Vale, como quieras. ¿Te mando la ubicación por WhatsApp? ¿O te la escribo en papel y boli como antaño?

- Puedes mandármela por WhatsApp, que hace tiempo que no me escribe nadie interesante.

Estamos sentadas de frente, lo único que nos separa es la mesa. Juraría que me mira con deseo, y yo debo estar haciendo lo mismo porque es lo que siento por ella: deseo. Me levanto, voy hacia donde está, sigue en la misma posición. Mientras me acerco, me desabrocho un botón de la camisa. Nos estábamos mirando a los ojos, pero con ese gesto, Claudia pasa a mirar la mano que desabrocha el botón. Paso una pierna por encima de las suyas y me siento en la mesa, justo delante de ella. Apoyo mis manos sobre la mesa. No es que yo sea extremadamente pija, pero en general me gusta vestir elegante. Hoy llevo camisa ceñida y falda. Me mira de arriba a abajo. No creo que desde la altura de sus ojos pueda ver nada de lo que hay entre mis piernas, pero concentra su mirada ahí

y se muerde el labio inferior. Pone la mano en la zona interna de mi muslo y la desliza lentamente hacia dentro de la falda. Se levanta, nos miramos a los ojos, empieza a besarme lento y me empuja hacia ella. Me desabrocha otro botón de la camisa y yo estoy en un punto en el que me dejaría llevar, pero no es buena idea.

- Aquí no.

- Tú has venido a provocarme – me mira el escote.

- Porque lo estabas deseando – le sonrío.

- Igual que tú.

CAPÍTULO 26

SÁBADO 1 DE MARZO

CLAUDIA

Pocas cosas hay que me gusten más que el sol. Ha estado lloviendo unos días y hoy por fin ha salido el sol. En el piso tengo un balcón que no es muy grande, pero para mí es suficiente para describirlo como maravilloso. Me lo arreglé súper *cuqui* y me encanta. He salido a desayunar al sol y después me he puesto a leer. Hay que ver cómo cambia el estado de ánimo si te levantas con nubes o te levantas con buen tiempo. Eso sí, he aprovechado también para poner la lavadora, que también sirven para eso los días que sale el sol. Es lo que tiene la vida de adulta…que en cuanto lo ves, automáticamente piensas en la ropa que tienes acumulada.

Por una parte, no me apetece salir hoy, me pasaría el día aquí. Pero, por otra parte, es buena idea tomar unas cervezas en una terraza. Al sol también. Hay suficientes horas en el día para aprovecharlo todo. Además, tengo que hablar con Martina para citarla el lunes en mi casa. Podría decírselo por WhatsApp, pero seguro que le va a parecer raro que la cite así y tendrá mil preguntas. Mejor decírselo en persona para callarle la boca y que no pregunte tanto.

Hemos quedado a las 12:30. Por suerte tengo el pelo liso como un clavo y necesito poco tiempo para arreglarme, y además no me gusta maquillarme en exceso, me vale con una base de maquillaje y un buen rímel y *eyeliner* para resaltar mis ojos. Ni sombras ni historias de esas. En cinco minutos estoy maquillada, o incluso menos. ¿Y por qué digo todo esto? Porque aún me queda un buen rato para seguir leyendo en el balcón. Y soy feliz por ello.

Cuando me siento a comer con Martina le digo lo del lunes y efectivamente se queda extrañada.

- A ver, si tienes pensado acostarte conmigo otra vez, ve quitándotelo de la cabeza.

- Si tuviese intención de acostarme contigo, te seduciría de otra manera más original, no invitándote a un café en mi casa.

- Ay sí, que eres tú muy de seducir…

- Cuando me interesa, lo soy más de lo que te puedas pensar.

- ¿Y qué haces? Que a veces te gustan tías y no te atreves a tirarles los trastos.

- Ya te he dicho que cuando realmente me interesa sí que lo hago. Muy pronto cambiarás de opinión sobre eso.

- ¿Te has hecho Tinder y el lunes vas a presentarme a tu *follamiga*? ¿Y por eso no quieres acostarte conmigo? – se ríe y me río yo también. Si ella supiera…

La tengo de frente y no puede ver mi pantalla del móvil, así que aprovecho para mandarle la ubicación de mi piso a Lucía y decirle a qué hora hemos quedado. Si lo hago más tarde corro el riesgo de que me pille Martina y tampoco quiero esperar a mañana porque a mí me gusta hacer los planes con antelación, no me gusta que me avisen a última hora, así que no me parecería buena idea avisarla justo el día anterior. No le hagas a otra persona lo que no te gustaría que te hagan a ti. Es algo que intento aplicarme siempre. Aunque como lo teníamos hablado, imagino que no habría problema si le aviso mañana, pero prefiero no hacerlo.

LUCÍA

Empiezo a pensar que me aburren los fines de semana. Me iría de tardeo con ellas sin dudarlo. Lo que no sé es si tendría las mismas ganas de ir si no estuviese Claudia. ¿Y ella tendrá ganas de que vaya yo? ¿O con tener a mi hermana le será suficiente? ¿Y si le entran ganas de volver a acostarse con ella ya que conmigo no lo ha podido hacer? Total, físicamente somos iguales, podría darle igual una o la otra.

David está entre papeles. ¿Qué raro, eh? Yo he estado limpiando por casa y ahora me apetece hacer algo fuera así que le propongo que vayamos a tomar unas cañas y a comer por ahí. Hace un día maravilloso y no me apetece nada estar encerrada aquí.

- ¿Y a ti por qué te ha dado ahora por salir?

- Porque no hacemos nada los findes, tú estás con tus cosas y yo no tengo nada que hacer.

- Pero si siempre has dicho que te gusta estar de relax en casa.

- Igual tanto tanto relax no es bueno.

- Vale, vale, vamos a tomar unas cañas si es lo que quieres. Pero si te apetece salir algún día con tu hermana puedes hacerlo, no tengo ningún problema.

Muy bien David, me lo estás poniendo a huevo para llevar a cabo el plan que tengo para el próximo finde.

Vamos a un bar que nos queda bastante cerca de casa y en cuanto nos sentamos a la mesa y pedimos dos cañas, miro el móvil y tengo un WhatsApp de Claudia. Me ha mandado la ubicación y me ha dicho que el lunes ha quedado con Martina a las 17:00. Ya habíamos acordado que yo estaría allí una hora antes, así que pillo el mensaje. Le mando un emoticono como respuesta y me quedo con ganas de preguntarle dónde están para ir con ellas porque claro, tendría que ir con David. Por mí no habría problema, pero… ¿Y si a Claudia le incomoda que esté él? Me parece que es una situación que sería mejor evitarla. Además, no creo que a David le hiciera mucha ilusión meterse en los garitos a los que van ellas.

Nos tomamos unas cervezas, comemos, nos tomamos unas más y después me pide que vayamos a casa. Mientras caminamos, voy mirando a nuestro alrededor, para ver si por casualidades de la vida, el universo quiere que me cruce con ellas y me pidan que me una a la fiesta. Pero no, veo que el universo no me quiere tanto. Pero lo entiendo, tiene razones para no quererme, me estoy portando muy mal últimamente.

Llegamos a casa y David se tira en el sofá y pone la tele para ver una película. Después de lo que hemos bebido, ver una peli me apetece entre poco y nada, pero tampoco se me ocurren muchas cosas más divertidas que hacer ahora mismo con él. Como no me ponga a beber yo sola…crudo lo tengo.

Pero tengo que dar las gracias porque no se le ha pasado por la cabeza llevarme a la cama a algo que no sea dormir, porque después de beber no me hubiera extrañado que le apeteciera. Sinceramente, desde que tengo eso pendiente con Claudia, no me apetece nada con él ni lo más mínimo. Ahora mismo no sé si sería capaz. Sólo me apetece con una persona y no es precisamente con él.

CAPÍTULO 27

LUNES 3 DE MARZO

CLAUDIA

Qué mierda trabajar con la persona con la que has quedado esta tarde para tomar un café en tu casa. Me está taladrando la cabeza toda la mañana con preguntas como: "¿no me puedes decir ahora lo que tienes que decirme esta tarde?", "¿cómo puedes estar aquí conmigo y estar callándote lo que tienes que decirme esta tarde?", "no entiendo porque tengo que ir a tu casa si ahora estamos juntas" y un largo etcétera.

Mi respuesta es siempre la misma: esta tarde sabrás el "por qué" de todo y entenderás por qué has tenido que esperar.

Llego a casa, como, me ducho, por supuesto, tengo que oler bien porque va a venir Lucía. Y la espero impaciente. Espero que sea puntual como en la consulta, tengo ganas de estar aquí tranquilamente con ella para hablar como dos personas "normales", no como paciente-psicóloga. De lo que no tengo tantas ganas es de que venga Martina, me da miedo cómo va a reaccionar porque tiene razones para enfadarse.

Menos mal que estoy mirando el móvil todo el rato, porque me ha escrito un WhatsApp. Claro, le mandé la ubicación, pero no le dije cuál es el timbre, más tonta y no nazco. Le escribo que es el cuarto piso, le abro directamente y la espero en la puerta.

- Puerta uno – le digo en cuanto sale del ascensor.

- Menos mal, ya pensaba que te habías echado atrás y no querías que encontrase tu casa.

- Afrontar los problemas es algo que no me gusta mucho, pero soy consciente de que tengo que hacerlo, así que no, nunca me echo atrás.

Pasa, le enseño el piso y por último el balcón. Sigue brillando un bonito sol desde el sábado, así que me parecería buena idea tomar algo aquí, pero le pregunto para ver qué prefiere ella.

- ¿Quieres que tomemos algo aquí o prefieres dentro?

- Acepto que me hagas esa pegunta porque no me conoces excesivamente, pero para la próxima vez ya sabes que donde haya sol, ahí quiero estar yo.

- Vale, lo capto, apuntado en mi memoria interna. ¿Y qué te apetece? Café, cerveza, refresco…

- En realidad lo que me apetece no se puede beber, pero aceptaré una cerveza. Creo que ahora mismo me ayudará más que un café, no creo que sea buena idea añadirle cafeína a mis nervios.

- ¿Crees que va a reaccionar mal?

- Estoy casi segura de que se va a enfadar.

- Pero se le pasará.

La veo un poco triste y aún estamos de pie, así que aprovecho para darle un abrazo. No sé de dónde me ha salido esto, porque yo no soy nada cariñosa. La única persona que me daba cariño era mi madre y creo que desde que ella falleció, ya no he sabido lo que es dar o recibir cariño. Ha sido como una especie de impulso, algo que he hecho sin pensar, pero tengo que admitir que me siento bien abrazándola. Al separarnos, me quedo mirándola a los ojos y me entran ganas de darle un beso en los labios, pero no lo hago y ella tampoco. No lo he hecho porque no sé si este momento es adecuado para ello y además tampoco quiero que piense que la veo como algo más que una atracción sexual, porque está claro que para ella yo sólo soy eso.

Voy a la nevera a por dos cervezas, salgo al balcón y nos sentamos.

- Siento haberte metido en este enredo, es todo culpa mía, si desde el principio le hubiera dicho que te conocía, no hubiésemos

llegado hasta este punto.

- No es sólo culpa tuya, yo le podría haber dicho que nos liamos en el pub y tampoco lo hice, estamos las dos metidas en esto.

- ¿Y por qué no se lo dijiste?

- No lo sé, sinceramente no lo sé. Imagino que fue por miedo. Porque yo sabía que vosotras os habíais liado y de alguna manera podía estar traicionándola. Y también por miedo a su reacción por lo que le estoy haciendo a David. Estoy traicionando a las dos personas más importantes que tengo en mi vida, no sé qué me está pasando.

- ¿Y cómo es tu relación con David? ¿Le quieres? – tengo que aprovechar el momento para preguntar. No me gustaría que esté bien con él y que esté buscando algo conmigo.

- Sí que le quiero, pero no como antes. Le tengo cariño porque es la persona con la que he compartido mi vida hasta día de hoy y siempre ha sido bueno conmigo, no tengo razones para odiarlo o para no quererlo, pero ya lo veo más como un amigo, como una persona a la que quiero porque ha estado a mi lado, pero no como pareja.

- ¿Puedo preguntarte si te acuestas con él?

- Lo hicimos por última vez hace un par de semanas creo. Pero… - pasan unos segundos, parece que quiere decir algo más pero no arranca – nada, me callo.

- ¿Cómo que te callas? Di lo que ibas a decir.

- No, que te asustarás. No hace falta ser tan extremadamente sincera.

- Prometo no asustarme.

- Tuve que pensar en ti para correrme – se tapa la cara con las manos y apoya los codos sobre la mesa. Yo no puedo evitar sonreír. Me halaga y no sé si es bueno, pero también me llena de esperanzas. Las esperanzas ahora mismo no sé si son buena idea porque no sé cómo terminará esto, me veo venir que saldré

escaldada porque en esta historia soy yo la que sobra lo mire por dónde lo mire. Le quito las manos de la cara y está sonrojada.

- Pues imagínate si algún día lo haces conmigo de verdad – sigo sonriendo y ella se hace aire a la cara con la mano, a modo abanico.

Y…no sé qué hora es, pero estoy segura de que no son las 17:00 ni de lejos, pero nos interrumpe el timbre de la puerta de casa, no el del telefonillo. Eso sólo puede ser algún vecino o Martina que ha pillado la puerta de abajo abierta y sabe perfectamente en qué piso y puerta vivo.

Tierra trágame.

LUCÍA

Llevo toda la mañana pensando en cómo reaccionará Martina, necesito decírselo ya y salir de dudas. Menos mal que Claudia aceptó que se lo digamos, sino tendría que hacerlo yo y traicionar también a Claudia, porque no aguanto más.

Llego a su piso, me lo enseña y me gusta mucho cómo lo tiene decorado, se nota que tiene buen gusto. No es muy grande; tiene dos habitaciones y un baño. Al entrar hay un pequeño pasillo y la zona derecha es todo pared, que da al piso de al lado. La cocina queda a la izquierda y se comunica con el comedor con una especie de ventana sin cristal. Desde el comedor se accede a las habitaciones, al baño y al balcón.

Al ver la cama me pongo un poco melancólica. Sé que no fue aquí, pero me viene a la cabeza que mi hermana se acostó con Claudia y que dentro de un rato vamos a decirle toda la verdad, y estoy acojonada. Después me lleva al balcón en el que tiene un sofá de esos que se llevan ahora que está hecho con palés, una mesa, cuatro sillas, muchas plantas y muchas bombillas. En la barandilla del balcón tiene como una especie de guirnalda con muchas bombillas pequeñas y del techo cuelgan bombillas bastante más grandes. Este balcón debe ser un sitio muy acogedor para cenar en una noche de verano. O para una noche de ahora mismo enrolladas

con mantas y una copa de vino en mano. Y veo que en mi pensamiento me estoy incluyendo en el plan, no veo ni quiero ver a Claudia con otra persona, quiero ser yo la que esté aquí con ella.

Me parece que se ha dado cuenta de que estoy triste y me ha dado un abrazo. Es la primera vez que nos abrazamos así, lo que habíamos tenido hasta ahora habían sido momentos de calentón, por decirlo de alguna manera, pero no con sentimiento. Y me ha gustado. Cuando nos hemos separado, me han entrado ganas de darle un beso. Un beso que os aseguro que hubiera sido con sentimiento también, pero no sé si es adecuado y veo que ella no ha tenido intención de hacerlo. Mejor dejarlo así, porque no sé lo que va a pasar después de hablar con Martina.

Le he confesado que la última vez que me acosté con David estuve pensando en ella. Me he muerto de la vergüenza. A veces peco de ser demasiado sincera, pero me sale natural, en ocasiones tengo que morderme la lengua para no pasarme, pero ella me ha empujado a decirlo. Y la verdad es que una se siente mejor después de soltar sinceramente lo que piensa o lo que siente, aunque dé cierta vergüenza pronunciarlo.

Y…llega el momento ansiado. Suena el timbre y debe ser Martina. Claudia dice que tiene buena relación con los vecinos, pero no tanta como para que vengan a su casa sin previo aviso o simplemente para tomar un café. Claudia va a abrir y yo no lo había pensado, pero desde la puerta de entrada se ve el balcón, Martina va a verme en menos que canta un gallo, pero al entrar veo que no mira directamente hacia aquí.

- ¿Vas a abrir la boca ya o aún tengo que esperar más? – le dice Martina a Claudia.

- Vamos al balcón.

- ¿Se puede saber qué haces tú aquí? – antes de hacer la pregunta, me ve y se queda de piedra, sin avanzar, cosa que me esperaba. Me pongo de pie.

- Ven, tenemos algo que contarte – viene y se sienta - ¿empiezas tú por el principio? – le digo a Claudia.

- No sé si quiero oírlo, me huelo por dónde van los tiros.

- Antes que nada, quiero decirte que todo esto ha sido culpa mía, no te enfades con Lucía, por favor – hago una pausa para llenar mis pulmones de aire - No te he hablado mucho sobre mi pasado, normalmente no lo hago con nadie, pero tuve una adolescencia difícil y lo fui arrastrando hasta hace poco. Decidí buscar a una psicóloga para intentar superarlo y buscando por internet llegué hasta tu hermana. No sabía que lo era hasta que la vi, porque está a la vista, pero decidí callarme y no contarle a nadie que estaba yendo a una psicóloga.

- Vamos, que para ti soy "nadie" – dice Martina.

- No es eso. Para mí eres muy importante, eres la única persona de confianza que tengo aquí, pero me gustaría que consigas entender que no quisiera contárselo a nadie, es un paso que me costó mucho dar y me cuesta abrirme para hablar sobre el tema.

- Vale. Sigue. Imagino que no termina ahí la historia, ¿no? – cruza los brazos delante de su pecho. Está enfadada porque no es tonta, sabe que hay algo más.

- No, no termina ahí – digo yo – Claudia es la chica que te dije que pasaba cada día por delante de la cafetería y que me gustaba. Por casualidades de la vida, terminó en mi consulta y no pude decirte que era ella. Y, voy a ir al grano: el día que salí con vosotras de tardeo, nos liamos en el baño del pub.

- Qué bien, lo estáis haciendo todo muy bien, traicionándome las dos. Una puñalada en el sitio indicado dolería menos – dice Martina moviendo la cabeza hacia arriba y hacia abajo, como si estuviera afirmando que tiene razón – te dije que me había liado con ella y que me había gustado y, aun así, tú haces lo mismo, sin importarte lo que pueda sentir por ella – me dice a mí – y tú has sido capaz de liarte con las dos – le dice a Claudia – esto es increíble, de verdad. Yo pensaba que estas cosas sólo pasaban en las telenovelas para

hacerlo todo muy dramático, pero veo que en la vida real también pasan. Ole por vosotras, me quito el sombrero por lo buenas actrices que sois, os merecéis un Óscar.

- Martina, entiendo que estés enfadada ahora mismo y te pido disculpas por habérmelo callado, pero te pido por favor que intentes entenderlo, no pensé que fuese a suceder nada más, simplemente busqué a una psicóloga y al final hemos terminado en esto.

- Habéis tenido mucho tiempo para abrir la boca y habéis estado calladas, viéndome constantemente y sabiendo la mentira que os envolvía, a mí me parece que aquí no hay nada que entender, ha quedado todo muy claro – se levanta para irse.

- No te vayas, por favor, hablemos las cosas con tranquilidad ahora que estamos aquí las tres – le digo yo.

- Aquí sobra una y soy yo, ha quedado muy claro que vosotras dos os habéis estado apañando muy bien. Os dejo solas para que podáis hacer lo que os dé la gana. Claudia ¿te has acostado también con ella? ¿o piensas hacerlo ahora?

- No, ni lo he hecho ni pienso hacerlo ahora.

- Pues qué pena, deberías aprovechar el momento, pero ya te avanzo que no te queda nada por ver, desnudas también somos iguales.

Y se va. Me planteo ir detrás de ella, pero la conozco y creo que lo mejor es dejarle tiempo para que lo piense. Ella es muy de actuar y decir lo que piensa en el momento y después piensa las cosas con calma y entra en razón. Además, quiero que me diga de verdad si siente algo por Claudia, y eso tengo que hablarlo con Martina a solas para que sea sincera, no puede estar ella delante. La dejaré procesar la información y mañana o en los próximos días iré a verla.

Al levantarme de la silla, Claudia me vuelve a abrazar. Esta vez el abrazo es más largo y diría que con más sentimiento y en cuanto nos separamos, me acaricia la mejilla y me da un beso en los labios,

con sentimiento también. No sé si es muy correcto justo en este momento, pero en verdad lo necesitaba.

CAPÍTULO 28

MARTES 4 DE MARZO

CLAUDIA

Estoy de camino al trabajo y estoy más nerviosa que el primer día. Encima no he podido evitar mirar hacia dentro de la cafetería. Hace tiempo que sé que Lucía desayuna ahí pero siempre había evitado mirar, pasaba de largo como lo hacía siempre. He visto a David por primera vez y ahora voy a tener que enfrentarme a ver a Martina. También va a ser la primera vez; la primera vez que la vea desde que sabe que soy una traidora y desde que está enfadada conmigo. Ayer estuve a punto de escribir a Lucía para preguntarle si había hablado con ella y para saber si se le había pasado el enfado, pero no sé si puedo escribirle o no. Así que sigo sin ninguna información.

Al pasar por delante de la cafetería, Lucía me ha mirado, parecía que estuviera esperando a que pase. David estaba de espaldas, realmente sigo sin saber cómo es, pero de todas formas me ha dado una sensación extraña verle ahí sentado con ella. Creo que lo mejor será seguir haciendo lo que hacía: pasar de largo como si nada.

Llego al trabajo, veo a Martina, le doy los buenos días y me contesta lo mismo, pero está muy seria y no me ha mirado ni a la cara. ¿Qué voy a hacer para que se le pase? Yo no quiero verla así, no quiero que esté mal ella ni quiero que esté mal conmigo. Le pido que nos veamos cuando terminemos de trabajar para hablar y por suerte acepta.

- ¿Puedo preguntarte una cosa?

- Dime.

- ¿Te molesta el hecho de que me haya liado con ella?

- No.

- ¿Es sólo por ocultártelo?

- ¿Te parece poco?

- No, no quería decir eso. Simplemente quería descartar que pueda gustarte.

- Te lo tienes muy creído, ¿no?

- No me lo tengo nada creído, más bien es todo lo contrario y esa fue una de las razones por las que busqué una psicóloga. Te comenté que tuve un accidente de moto, lo que no te conté es que siempre había tenido como una especie de rechazo hacia mí, hacia cómo se me había quedado la cara después del accidente. Tu hermana me hizo verlo de otra manera y darme cuenta de que así es como me veo yo, pero no como me ve el resto de la gente.

- Sobre todo ella, ¿no? Veo que ella te ve con muy buenos ojos.

- Martina, por favor, ¿puedes escuchar e intentar ponerte en mi lugar? Te estoy hablando de algo que me ha causado un trauma desde que me pasó, no de lo que tu hermana opine de mí. No me gusta hablar de mis penas, por eso no te lo había contado nunca pero ahora me estoy abriendo para intentar que entiendas la situación.

- Vale. ¿Algo más que añadir?

- Sí. También le estuve hablando de la muerte de mi madre, de mi homosexualidad que, aunque contigo lo trate como algo normal, lo pasé muy mal hasta que conseguí asimilar lo que me pasaba, y de otras tantas cosas que he llevado arrastrando a lo largo de mi vida y necesitaba ayuda para superarlo.

- Pues ahora podría ayudarte también con lo de ser una traidora.

- Uff, vale, nada, contigo es imposible. Yo ya no sé qué más decir, te he contado todo lo que no podrá contarte Lucía y veo que no sirve para nada. Espero que con ella seas más comprensiva, al fin y al cabo, es tu hermana y la perdonarás. A mí me conociste hace poco, imagino que no me necesitas, pero a ella sí.

Esta vez me levanto yo y me voy. Si supiera lo que me cuesta contar todo esto…y aun así sólo recibo rechazo por su parte. Que conste que en parte la entiendo y no es que me haya enfadado, es que no puedo seguir abriendo así mi corazón y no ver ningún interés por su parte por arreglar las cosas. Imagino que aún no habrá hablado con Lucía, espero que lo hagan hoy y que mañana venga más apaciguada. Es psicóloga, seguro que tendrá mejores técnicas que yo para esto, a mí se me da fatal. Además, la conoce mejor que nadie.

LUCÍA

Ayer de camino a casa me sentía súper triste por cómo terminó la cosa con mi hermana y porque además tenía que entrar en casa y fingir que todo iba bien. Me quité de encima lo de tener que mentirle a Martina, pero tengo que seguir mintiendo a David. Hay momentos en los que pienso que mi hermana podría pedirme que me aparte de Claudia y así dejaría de traicionar a todo el mundo. Porque si Martina no me lo pide, no sé si podría apartarme de ella. Deseo conocerla más.

Le he dicho a mi hermana que venga a la consulta en cuanto salga de trabajar. Si le digo a David que vuelvo a quedar con ella, podría parecerle raro, es mejor que piense que tengo a una paciente y que no haga preguntas. Total, él seguramente va a estar entre papeles y le va a dar igual si estoy en casa o no.

Ha tardado bastante en llegar y hasta he llegado a pensar que no iba a venir. La conozco y estoy casi segura de que no sería capaz de dejarme plantada, pero nunca se sabe. A veces pasan cosas que no nos esperamos, como lo que le hemos hecho Claudia y yo a ella.

- Llego tarde porque Claudia también tenía que taladrarme la cabeza, igual que vas a hacer tú, imagino.

- No me parece que sea taladrarte la cabeza, simplemente queremos que entiendas las cosas y que nos perdones. ¿Te ha contado por qué empezó a venir aquí?

- Sí, resumido, pero me lo ha contado. Pero las razones que la llevaron aquí no me parecen motivo para que os callaseis y fueseis capaces de fingir que no os conocíais. Ni para que no me contases que os liasteis.

- Me dejé llevar, Martina. Sabes que me gustaba y cuando me vi en la situación, no supe contenerme. ¿Te molesta que lo hiciera? ¿O sólo que no te lo contase?

- Sólo que no me lo contases. Por mí, como si te quieres casar con ella. A quien no le hará nada de gracia es a David.

- Eso ya lo sabía, no hacía falta que me lo dijeras. ¿Piensas atacarme? ¿Sabes que para mí esto no es fácil? Lo estoy pasando mal y no necesito que me recuerdes que estoy siendo muy mala persona con David también.

- Tú eres la que lo ha elegido.

- No, yo no lo he elegido. Si pudiera elegir mis sentimientos te aseguro que me hubiera quedado tal y como estaba, que vivía muy tranquila. El conocer a Claudia me lo ha descolocado todo, y el haberla besado, aún más.

- ¿La besaste tú? – me pregunta con los ojos muy abiertos.

- No exactamente, pero lo busqué yo.

- ¿Qué es lo que sientes por ella?

- No lo sé Martina. Estoy súper rayada. Me atrae muchísimo, me atrae hasta unos niveles inhumanos. Y lo peor de todo es que no es sólo atracción física, también es psicológica, y todo eso junto es una bomba y no sé cómo hacer para desconectarla, no tengo conocimientos para ello.

- Vamos, que tu intención con ella no es solo probarlo con una tía – parece que se va abriendo un poco a hablar como una persona sin rencor.

- No, no lo es. Me apetece conocer más de ella en todos los ámbitos.

- ¿Puedo pedirte un favor?

- Dime.

- Que me dejes procesar toda esta información y que de momento no hables con ella hasta que yo te lo diga.

- ¿Y puedo saber por qué no puedo hablar con ella? Que no es que hablemos habitualmente, pero… ¿y si por casualidad me escribe?

- No lo hará.

- No me gusta lo que me estás pidiendo, ni me gusta ese "no lo hará", no suena bien, pero si es tu condición para que llegues a perdonarnos, lo haré.

CAPÍTULO 29

VIERNES 7 DE MARZO

CLAUDIA

Ayer estuve a punto de escribir a Lucía para preguntarle si había hablado con Martina, pero no lo hice porque desconozco si David le mira el móvil. Si viera un mensaje así, seguro que le pediría explicaciones de por qué tiene que hablar con su hermana, y no es un tema del que pueda hablar con él. Esto realmente es una mierda, ir siempre con secretos y mentiras. Al final mi vida no ha mejorado tanto en ese sentido. Durante años estuve callándome mi orientación sexual y sin hablar abiertamente sobre ello y ahora que lo tengo más asimilado y que empecé a decírselo al mundo, tengo que callarme lo que estoy viviendo.

Desde el lunes, cada día espero llegar al trabajo y encontrar a Martina tal y como era antes, o por lo menos mejor de lo que estaba estos días anteriores. Me tiene realmente triste esta situación. ¿Y si a mí no llega a perdonarme nunca? Total, llegué a su vida hace relativamente poco tiempo, a lo mejor no soy muy importante para ella y no tiene ninguna necesidad de perdonar a una mentirosa como yo ni de juntarse conmigo. Lo peor es que las perderé a las dos, porque si Martina no me perdona, dudo que Lucía llegue a algo más conmigo. Aunque pensándolo bien, quizás, sería lo mejor que podría pasar, sería la única manera de alejarme de Lucía y de los problemas que me podrían llevar avanzar con ella. A lo mejor el destino está poniendo cada cosa en su lugar y evitando una catástrofe.

Llega igual que ayer, parece que no ha cambiado nada y yo estoy segura de que tiene que notar en mi cara que estoy mal, me conoce muy bien y sabe que soy una persona alegre, nunca estoy así. Y nunca paso un día sin hacerle alguna broma. Una vez más le doy yo los buenos días y ella me contesta como si lo hiciese sólo por

educación. Pues bien, yo voy a lo mío y ella que vaya a lo suyo. Que semana más larga y más mierda.

Cuando paramos a desayunar me dice que después cuando nos quedemos a solas, quiere hablar conmigo. Bien, espero que sea porque va cediendo un poco y porque quiere arreglar las cosas.

- Si quieres esta noche vamos de cena y hablamos.

- ¿A cenar? ¿Y no crees que sería mejor hablarlo más tranquilamente en otro sitio más privado?

- No.

- Vale, como quieras. ¿Y dónde quieres ir?

- Nos vemos a las 21:30 en el Manhattan, la mesa está reservada a mi nombre.

- ¿Reservada? ¿Y si te hubiera dicho que no?

- Sabía que aceptarías. Por cierto, ponte guapa, es un restaurante pijo.

- ¿Del nivel de ponerme tacones?

- Sí. Nos vemos allí.

No entiendo nada. ¿Por qué le ha dado por ir a cenar si podemos hablarlo ahora? Yo no quiero esperar a la noche, suficiente estaba esperando para ver alguna reacción por su parte y ahora tengo que esperar más. Pero imagino que no me queda otra opción que aceptar.

Normalmente no me arreglo demasiado porque siempre que salimos es de tardeo. En pleno invierno y a plena luz del día me parecía fuera de lugar ponerme vestido y tacones, pero hoy si la ocasión lo requiere, me sacaré partido. He elegido un vestido rojo granate liso, sin ningún tipo de decoración. Tiene tirantes de unos tres centímetros de anchura y termina en cuello de pico. Es sencillo pero elegante. Me maquillo un poco más de lo habitual y me rizo el pelo con tenacillas. No sé si me durará mucho, pero…ya que me

pongo, quiero verme realmente diferente a cómo me veo cualquier otro día. Y espero que después vayamos a tomar algo por ahí, que todo este esfuerzo no sea sólo para cenar.

Nunca he ido a ese restaurante, lo he tenido que buscar en Google Maps y también averiguar con qué medio de transporte podía llegar, pero al final he decidido llamar a un taxi porque se me hace raro pasearme por ahí con estas pintas. Y oye, si voy a un sitio pijo, que me lleve un taxi, no voy a estar esperando a un autobús o a un metro.

Llego al restaurante y al entrar, hay una chica sentada en la recepción con un iMac. No un ordenador cualquiera, no. Al lado hay un chico de pie, y al decir el nombre al que está reservada la mesa, me quita el abrigo y lo cuelga en un perchero que tienen al lado de la recepción. Vaya vaya… ¡qué nivel, Maribel! Tendré que hacer enfadar más veces a Martina para que me lleve a sitios así, que no sean todo garitos de borrachos (me incluyo en el clan). El chico, muy amable y predispuesto, me dice que me acompaña a la mesa, que mi acompañante ya está esperando. Qué raro que Martina llegue antes que yo…

Me lleva por un pasillo en el que veo una puerta al final. Abre la puerta y me hace pasar. ¡Qué preciosidad! El restaurante está un tanto oscuro, las únicas luces que hay son las de las lámparas que hay en cada una de las mesas. El techo es totalmente de cristal y se ve el cielo con todas las estrellas que habitan en él. Estoy realmente impresionada, pero más impresionada me quedo al llegar a la mesa y ver quién es la que está sentada. He tardado unos segundos en darme cuenta, pero no es Martina, es Lucía.

No digo nada delante del chico, evidentemente. Lucía se levanta y me da dos besos. Nos sonreímos, no sé si porque es lo que nos apetece o es por disimular la situación. Está espectacular. Lleva un vestido negro, como su pelo y veo que le marca todas sus curvas a la perfección. Perfección como ella. Además, huele de maravilla. Bendito el día en el que se inventó eso de dar dos besos. El chico se va y nos sentamos.

- ¿Qué haces tú aquí? – le pregunto. Estaba ansiosa ya.

- Lo mismo te digo – ella parece estar igual de sorprendida que yo.

- Yo había quedado con Martina.

- Yo también – piensa durante unos segundos - Vale, bonita forma de decirnos que nos perdona.

LUCÍA

Van pasando los días y no sé nada más sobre mi hermana, y por si eso fuese poco, tampoco puedo hablar con Claudia. Antes de que pasase todo esto, tenía planeado hacer algo con ella este fin de semana, o también me hubiese valido hacer algo hoy si prefiere salir el sábado y tener resaca el domingo. Me hubiera adaptado a lo que fuese con tal de pasar algo de tiempo con ella y con tal de comprobar que todo sigue igual que antes con las dos. No quiero estar mal con Martina y no quiero perder a Claudia, quiero seguir conociéndola. Y "devolverle" lo que le "debo", no nos olvidemos de eso. Y no me vale sólo con verla pasar cada día por delante de la cafetería, no nos olvidemos de eso tampoco.

Por fin a media mañana recibo un WhatsApp de Martina. Quiere que vayamos a cenar a un restaurante en el que no he estado nunca y además en internet la única información que hay es la dirección, no existe ninguna foto del lugar. Si no fuese porque es mi hermana la que me ha convocado allí, pensaría que me están estafando. Me ha dicho que la mesa está reservada a su nombre, que nos vemos allí a las 21:20 y que es un lugar pijo, que debo vestirme para la ocasión. Me estoy quedando loca con todo esto: un restaurante que no tiene casi información en internet y quedamos a las 21:20, no a las 21:30 por ejemplo. Pero bien, una vez más acepto lo que me "exige", haré lo que sea necesario para que olvide lo que ha pasado.

Me apetece arreglarme para salir a cenar; últimamente lo hago muy a las largas y verse así de guapa en el espejo de vez en cuando le sube la autoestima a cualquiera. Aunque si soy sincera, me

hubiera gustado ponerme así de guapa para quedar con Claudia, desearía que hubiese sido ella la que me hubiera invitado a cenar. Pero vale, también acepto que haya sido mi hermana, y más si es para decirme que ya no está enfadada. Y si además me dice que tengo vía libre con Claudia, aún me haría más feliz.

Hago por estar allí a la hora que me ha dicho. El chico que había en la entrada me lleva a la mesa que había reservado mi hermana y ella aún no está. Espero que no tarde mucho en llegar porque esto de estar sola en una mesa no va conmigo, nunca he ido a un bar o a un restaurante sola. Este sitio es una pasada, es precioso y pienso en que podría traer a cenar a Claudia algún día, me gustaría estar aquí con ella. Pero mientras pienso en eso, me doy cuenta de que no va a hacer falta planear otro día porque veo que la que está entrando con el chico de la entrada no es Martina, es Claudia. Nos quedamos de piedra las dos. Yo no sé si más por el hecho de que no me esperaba que fuese ella la que entraría o por lo impresionantemente guapa que está. Disimulamos delante del chico, me levanto, le doy dos besos y nos sentamos. Nos preguntamos qué hacemos aquí y cuadran las cosas: Martina ha decidido montarnos una cena a modo "os perdono y, por mi parte, sois libres de hacer lo que queráis".

- Me has dejado sin palabras – le digo yo con los ojos muy abiertos.

- ¿Por?

- Por lo guapa que estás, estás impresionante.

- Muchas gracias, pero no creo que lo esté más que tú.

- Ya te digo yo que sí.

No puedo dejar de mirarla, de disfrutar de todo lo que tengo a la vista, de lo que no me tapa la mesa, que ya es suficientemente hermoso. Tiene los labios carnosos y lleva pintalabios rojo granate, del mismo color que el vestido. Estoy deseando besarlos, pero aquí no puedo hacerlo. Me viene a la cabeza que me contó que en el accidente se partió el labio superior y llevaba unos cuantos puntos

de sutura, yo no consigo verle ninguna cicatriz, lo tiene perfecto. Sea como sea, quiero besarla.

Tiene una mano encima de la mesa. Se le notan las venas, cosa que no sólo le parece bonita a una enfermera, a mí también me gusta. No puedo contener las ganas de acariciarle la mano, y lo hago. Ella se queda mirando cómo la acaricio y después me mira a los ojos y me sonríe.

- ¿Te molesta? – le pregunto porque no sé si lo que estoy haciendo está completamente fuera de lugar. Si sólo quiere acostarse conmigo, esto puede parecerle una tontería.

- Para nada, pero no estoy acostumbrada a que me den cariño.

- Ni a darlo.

- Así es.

- Lo sé, pero el otro día me abrazaste dos veces en tu casa.

- Me salió natural, me apetecía.

- ¿Y ahora te apetece que te acaricie la mano?

- Mucho.

CAPÍTULO 30

SÁBADO 8 DE MARZO

CLAUDIA

Hoy me despierto con una sonrisa en la boca. Me pareció tan bonita la cena con Lucía…estaba bonita ella, el restaurante y la situación. Un completo, no podría pedir más. Y el gesto de acariciarme la mano también me pareció bonito. Hacía tanto tiempo que no sentía algo así…se me había olvidado lo que puede llegar a transmitir una simple caricia. Y en realidad, nunca la había sentido por parte de alguien que empieza a despertar algo dentro de mí que no es sólo atracción física.

Cuando salimos del restaurante, nos metimos en un callejón relativamente oscuro que había en la calle perpendicular y nos besamos. Lo estaba deseando desde que la vi y no podía dejar que se fuera a casa sin probar esa boca. Despertó fuego dentro de mí y estuve a punto de proponerle que viniera a mi casa, pero tuve dos motivos para no hacerlo. El primero fue que me da cierto miedo probarla, me da miedo engancharme a ella. Y el segundo fue que mi objetivo principal ya no es sólo acostarme con ella, quiero conocerla más y hasta me gustaría que nuestra primera vez sea especial, no en mi cama.

Salimos del restaurante y al pasar por delante del callejón, me cogió de la mano y me arrastró hacia allí hasta quedar en relativa oscuridad. Me puso dos dedos entre los pechos y empezó a empujarme hacia la pared, mirándome a los ojos, que a ella le brillaban como si fuesen dos diamantes. Puso sus manos en mi cintura y empezó a besarme como sólo ella sabe hacerlo. Yo puse las mías en su espalda para acercarla a mí hasta que no quedase ni un milímetro de distancia entre nuestros cuerpos. Estuvimos un largo rato besándonos en la boca y en el cuello, recorriendo nuestros cuerpos con las manos y sintiendo fuego en nuestro interior. Tuve que hacer un gran esfuerzo para no meterle mano allí mismo, pero

pude contenerme. Había que tener en cuenta que estábamos a la vista. Cuando salimos del callejón, no nos quedó otra opción que reírnos a carcajadas; no os podéis imaginar la que habíamos liado con los pintalabios, parecíamos dos payasas. Menos mal que siempre llevo toallitas húmedas en mi bolso, así pudimos borrar todas las huellas del delito. Gracias a eso, nos bajó el calentón y me fue más fácil no invitarla a mi casa. Espero que no se piense que me he echado atrás y que ya no quiero llegar a eso con ella, o que me molestó que me acariciase la mano, porque realmente me encantó.

Hoy me siento como en una nube. Desayuno en mi balcón feliz por lo de ayer y porque otra vez ha salido el sol. Le escribo a Martina porque no habíamos hecho planes para hoy y no es que tenga intención de salir de fiesta, es que me gustaría hablar con ella. Ayer se suponía que íbamos a hacerlo, pero no fue así y sigue estando todo en el aire. Aunque con el gesto que tuvo me imagino que nos ha perdonado, quiero hablarlo con ella y asegurarme de que es así, que no se quede en una suposición.

Me dice que vayamos a tomar una cerveza antes de comer para hablar y que después ya veremos si nos apetece hacer algo más. A mí creo que lo que me apetece es seguir en mi nube, pero tengo que quedar con ella sí o sí.

- ¿Y eso de juntarnos a Lucía y a mí?

- En realidad, el día después de confesármelo todo ya se me había pasado el cabreo. Seguía un poco mosqueada porque me dolió que me ocultaseis todo eso, pero en parte lo entendía. Estuve haciéndome la dura para haceros sufrir un poco, para que "pagaseis" por lo que me habíais hecho – hace el gesto de comillas con los dedos – y después decidí daros la sorpresa para compensaros y para que mi hermana no tuviera que mentir. Si le dijo a David que había quedado conmigo, era la verdad.

- Muy ingeniosa tú.

- A ver, lo pensé todo muy bien, traté de ser racional. Mi hermana nunca me había hablado de que le gustase alguien y hace poco

tiempo eso cambió; me dijo que le gustaba una chica y resultó ser que esa chica eras tú. Yo no voy a interponerme en vuestro camino porque lo que pasó entre tú y yo ni sé lo que es, pero yo no me veo con una tía, es lo único que sé seguro. Tampoco sé muy bien qué es lo que queréis vosotras, pero quiero que seáis felices, juntas o por separado, me da igual.

- Yo tamp

- Y una cosa más te voy a decir – me interrumpe – siento lo que te pasó en tu adolescencia pero que sepas que me parece mal que no seas capaz de compartirlo conmigo y espero que algún día puedas hacerlo. O cuando tengas que hablarme de ello, imagínate que estás hablando con mi hermana y no conmigo – finge una sonrisa enseñando todos los dientes, como si fuese un emoticono.

- Dame tiempo. Si en algún momento sale a la conversación algo sobre mi pasado, te prometo que intentaré abrirme. Y en cuanto a tu hermana, yo tampoco sé lo que quiero, sólo sé que me gusta mucho y que la atracción que siento por ella no es sólo sexual.

- Lo sé y lo entiendo. Ella y yo no tenemos nada que ver psicológicamente y entiendo que te guste, es una gran persona. No sé qué pasará entre vosotras, pero espero que no os hagáis daño y que tampoco me lo hagáis a mí. Una vez os la perdono, pero dos ya no.

- Yo también lo espero. Me da un poco de miedo todo esto.

- Creo que estamos todas igual.

LUCÍA

Sé que Claudia tuvo ausencia de cariño en su vida desde que falleció su madre y para ella el hecho de no dar o recibir muestras de cariño es algo normal. Que el otro día tuviera la iniciativa de abrazarme en dos ocasiones me halaga, de alguna manera me hace sentir especial. La actitud que tenía conmigo en las dos ocasiones que coincidimos fuera de la consulta, era la misma que tenía con Martina: actitud de mujeriega, por llamarlo de alguna manera. No lo

digo así porque piense que se acostaría con cualquier mujer que pase por delante de sus ojos, pero al menos, con nosotras, era como si tuviera la única intención de llevarnos a la cama, sin ningún tipo de sentimiento. Me parece que eso es una especie de reacción de defensa ante esa ausencia de cariño que ha tenido. Lo siento, pero me nace psicoanalizar a la gente. A lo mejor lo decía todo de broma y simplemente aprovechó las ocasiones que se le presentaron tanto con Martina como conmigo; al final las dos nos dejamos llevar. Pero sea como sea, ayer me di cuenta y pude comprobar que esa actitud que tenía, ha cambiado conmigo.

Tengo que decir que me gusta. Me gustaba cómo era Claudia antes, pero me gusta más ahora. Sé que detrás de ese papel de "mujeriega" hay una gran persona con un gran corazón y capaz de expresar cariño con la persona correcta. Y más me gusta que ese cariño sea conmigo con quien lo está sacando y expresando.

Después de desayunar y antes de que quepa la posibilidad de que mi hermana se vaya de tardeo, voy a su casa para hablar con ella. A David ahora ya le ha parecido raro que vuelva a quedar con mi hermana, pero él está con lo de siempre y al final tampoco ha hecho mucho caso. Llego a su casa sin avisar y en cuanto abre la puerta, voy directa al grano:

- ¿Por eso me pediste que no hablase con Claudia? – le digo mientras entro a su casa.

- Claro.

- Se te pasó pronto el cabreo, ¿verdad? Y estabas fingiendo que seguías igual.

- Por supuesto.

- Lo sabía, te conozco demasiado.

- Pero no te olías lo que tenía planeado.

- No, eso no, y me sorprendiste.

- Vi que te importa.

- ¿Claudia?

- Sí.

- Más de lo que debería – me pongo un poco melancólica.

- ¿Y qué piensas hacer con David?

- De momento nada, no voy a dar ningún paso con él sin saber lo que pasará con Claudia.

- ¿Y ya habéis…?

- No, aún no.

- Pero ¿cómo puede ser? Después de la cena romántica, ¿nada?

- Nos besamos, pero no me invitó a su casa. Y, por si no lo sabes, yo no puedo invitarla a la mía.

- No me puedo creer que la gran Claudia no te lo haya hecho ya – parece realmente sorprendida.

- A lo mejor no le gusto tanto – me río para disimular. Porque hacérmelo, me lo ha hecho, pero no nos hemos acostado. Y eso Martina no lo sabe y tampoco se lo voy a contar. No hemos sido de contarnos batallitas sexuales y no voy a empezar a contarle ahora cosas con detalles.

- Sí que le gustas, y yo creo que precisamente por eso no ha llegado a tanto contigo, porque le gustas de verdad.

CAPÍTULO 31

MARTES 11 DE MARZO

CLAUDIA

Hoy ha venido la coordinadora a hablar conmigo. Ya hace un par de semanas que tendría que haber terminado de trabajar, pero se alargó la baja que estaba cubriendo. Al decirme que tenía que hablar conmigo en privado, he pensado que sería que hasta aquí me duraba el chollo, pero lo que me ha dicho ha sido una buena noticia: va a quedar una plaza vacante porque un compañero ha pedido un traslado a su ciudad natal y, de momento, va a ser para mí. Como ya dije, no me hubiera importado excesivamente terminar ya que tengo paro acumulado y me daría para vivir tranquila un tiempo, pero siempre es mejor trabajar, por supuesto, ojalá no se me terminase nunca el trabajo. Este trabajo para ser más concreta. Lo adoro.

Se lo he contado a Martina y se ha puesto súper contenta, hemos quedado en que, al terminar la jornada, iremos a celebrarlo. Después de esa buena noticia me ha llegado otra: me ha escrito Lucía.

- ¿Reservas el fin de semana para mí? ¿O tienes mejores planes?

Tener, no tengo otros planes, pero imagino que Martina tendrá intención de salir y si no lo hago, la dejaré tirada. Iba a esperar a comentárselo cuando vayamos a tomar algo, pero imagino que es mejor idea contestarle a Lucía durante la mañana ya que estará sola en la consulta y David no puede leer lo que hablemos.

- Me ha escrito tu hermana.

- ¿Y?

- Me ha preguntado si puedo reservar el fin de semana para ella.

- ¿Y no piensas hacerlo? ¿Ahora tiene miedo la gran Claudia?

- No tengo miedo, el tema es que no quiero dejarte tirada.

- Por mí no te preocupes, sobreviviré como Mónica Naranjo.

- ¿Y qué vas a hacer?

- Finde de relax. Si paso un sábado sin salir no moriré. Ya tengo una edad, debería empezar a plantearme sentar la cabeza

- Tú no sabes lo que es eso – nos reímos.

- Te demostraré que puedo cambiar – finge dramatismo, como si fuese su pareja y la estuviese dejando.

Cojo el móvil y le contesto a Lucía:

- No se me ocurre mejor plan que reservar el finde para ti. Pero… ¿me das más información? No quiero ir tan a ciegas, no vaya a ser que me secuestres.

- Lo siento, pero es secreto profesional, no puedo darte más información. Sólo te diré que cojas ropa cómoda de repuesto y que pasaré a recogerte el sábado a las 09:00 si te parece bien. Tienes que estar en ayunas, pero puedes beber agua y lavarte los dientes si quieres, el dentífrico y el agua no van a influir en los resultados de la prueba.

- Vale, mandaré la ubicación en tiempo real a alguien conocido por si tienes pensado vender mis órganos.

- Lo que quiero hacer con tus órganos no es precisamente venderlos.

- Entonces te espero a las 9:00 en mi casa.

- Te avisaré cuando esté abajo.

¡Joder! ¿De verdad voy a pasar con ella más de veinticuatro horas? ¡No me lo puedo creer! Y ¿dónde tendrá pensado llevarme? Desde que estoy desconectada de las noticias que salen en la tele… ¿nadie ha inventado una máquina del tiempo? Quiero que sea el sábado ya. No. NECESITO que sea el sábado ya.

Salimos de trabajar y nos dirigimos al bar más próximo que hay, que está a un par de minutos andando. Es lo que tienen las

ciudades; que hay bares en la mayoría de las calles. Y menos mal, porque me muero por preguntárselo a Martina.

- ¿Dónde va a llevarme tu hermana?

- ¡Y yo qué sé!

- ¿Cómo que no lo sabes? ¡No me lo creo!

- Te lo juro. Ni siquiera sabría que te ha escrito si no me lo hubieras dicho tú. Pero si en algún momento lo sé, que seguro que lo sabré, no te lo pienso decir si me dice que es secreto de sumario. Viviré callada hasta la tumba.

- ¿No me darás ninguna pista?

- No.

- ¿Y si te doy cincuenta euros?

- ¿Perdona? ¿Crees que puedes comprarme con dinero?

- ¿Cien?

- Cien hostias te voy a dar yo a ti.

LUCÍA

De este fin de semana no pasa. Ya quería hacerlo el anterior, pero no pude y estoy deseando que sea el próximo. He aprovechado para escribir a Claudia en mi horario de trabajo por si me contesta algo que no pueda leer David. Él nunca me mira el móvil que yo sepa, pero nunca está de más ser precavida. Aun así, yo soy de las que piensa que las mentiras siempre salen. Se pilla antes a un mentiroso que a un cojo. Pero correré ese riesgo, que me sorprenda el universo con lo que me tenga preparado y si tengo que afrontar una mala situación, lo haré, no me quedará otra. Pero por lo menos, yo haré lo que esté en mis manos para intentar evitar que eso pase.

Claudia ha aceptado. Yo tenía mis dudas porque sé que siempre sale con Martina. Creo que debería haberle escrito primero a ella para ver qué opinaba, pero no lo he hecho. Tenía que cerrar un tema antes de escribirle a Claudia y en cuanto lo he tenido cerrado,

he ido directa a escribirle a ella, no me he parado a pensar en otras cosas.

A David le diré que voy a pasar el fin de semana con Martina y con una amiga. Será mitad verdad, mitad mentira. Y le hablaré de Claudia. Le diré que es esa amiga que viene con nosotras. También será mitad verdad, mitad mentira. Después de eso, cada vez que tenga que ver a Claudia, le diré que quedo con ella. Para los ojos de David, será una amiga. Es lo bueno de ser bisexual y que él no lo sepa; no sospechará nada y no tendré que mentirle. Al final hice bien en no contarle absolutamente todo sobre mi vida y sobre mis gustos.

Por la tarde me doy una ducha, me pongo ropa cómoda y me tiro en el sofá a leer. Tengo un *thriller* entre manos y quiero terminarlo antes del sábado. Entre capítulo y capítulo voy hablando con Martina por WhatsApp.

- ¿Has hablado con Claudia?

- Sí. Y me ha ofrecido cien euros por decirle dónde vas a llevarla, jajaja.

- ¡Qué cabrona! Pero yo también lo soy, necesitaré que seas mi compinche.

- Me lo imaginaba…vas a decirle a David que vas conmigo, ¿no?

- Sí, pero será sólo esta vez. Le diré que voy con vosotras dos, le hablaré de Claudia y después cada vez que quede con ella le diré la verdad.

- Entendido. Haré cuarentena en casa para que no me pille por ahí. ¡Pero sólo esta vez!

- Sólo esta vez.

- Venga, borra la conversación. El lunes en cuanto entres a la consulta espero que me cuentes cosas.

- Hecho. Muchas gracias. ¡Eres la mejor!

Borro la conversación, dejo el libro encima de la mesita que tenemos delante del sofá y se lo digo a David. Le ha parecido maravilloso que me tome el fin de semana para hacer senderismo con mi hermana y con una amiga que se llama Claudia porque dice que él no da abasto para cubrir y estudiar todos los casos que lleva ahora mismo. Y yo pienso: perfecto, si quieres puedo "hacer senderismo" cada fin de semana y así tú puedes dedicarte a lo tuyo. Pero no se lo he dicho, me lo he callado. Ahora mismo sólo deseo que llegue este fin de semana para pasarlo con ella, después ya veremos. No sé cómo irá, nunca he estado tanto tiempo con ella, pero creo que no puede ir mal. Sería complicado que sea más aburrido que con David. Él siempre está con sus cosas, dedica poco tiempo a un "nosotros" y así va nuestra relación…

Yo sé que lo estoy haciendo todo mal, pero en parte creo que tengo razones para estar cansada de este matrimonio.

CAPÍTULO 32

SÁBADO 15 DE MARZO

CLAUDIA

A las 8:55 recibo un WhatsApp de Lucía diciéndome que ya está abajo y que no tenga prisa en bajar, que es consciente de que ha llegado antes de la hora indicada. Yo, por supuesto, ya hace rato que estoy lista y ansiosa así que bajo enseguida. Me está esperando fuera del coche, y menos mal, porque no tenía ni idea de qué coche tiene, pero veo que dinero no le falta. Un Range Rover Evoque rojo granate con los asientos de piel. Por lo que veo, el color del vestido que llevaba el viernes tuvo que gustarle. Y su coche a mí también.

Me da dos besos al verme, abre el maletero para que deje la mochila que llevo y subimos al coche.

- ¿Ya vas a decirme dónde vamos?

- Lo irás viendo.

Vamos por carretera y en cierto punto, se desvía por una carretera secundaria y de esa carretera pasa a un camino de tierra. ¿Habrá reservado algún hotel rural? ¿O de verdad tendrá pensado vender mis órganos?

Unos minutos después llegamos a una casita que por lo visto está en medio de la nada. No han sido muchos minutos en coche, pero no tiene nada alrededor. Tiene una valla tejana con una apertura para pasar con el coche, sin puerta, y el suelo es todo césped y otras hierbas que imagino que crecen de manera natural. La casita es una especie de cabaña de piedra, con una chimenea y con tejado a dos aguas. En la parte de delante tiene un porche con una mesa, cuatro sillas, un sofá y una hamaca enganchada a dos de los árboles que hay alrededor de la casita.

Me hace pasar dentro y me la enseña. Al entrar, todo lo que queda a la vista es salón con un sofá enorme, une mesita, televisión y chimenea. Tiene unas grandes cristaleras que dan al exterior por

las que se ve el paisaje, es una pasada. Desde ese salón se accede por la derecha a una cocina con mesa grande y sillas, y por la izquierda a una habitación y a un baño. No tiene nada más. Pequeña pero práctica y preciosa. Lo que daría por tener yo algo así…

Dejamos los trastos en la habitación y me lleva a la mesa que hay en el exterior, me hace sentarme y me trae el desayuno. Aquí se respira mejor, nada que ver con la ciudad. Qué bonita que es la naturaleza y qué bonita que es ella. Me ha preparado unas tostadas con tomate y queso, zumo de naranja natural, café con leche (a petición mía) y ha sacado unos mini croissants de chocolate. Ahora entiendo lo de las ayunas. Con sol y con estas vistas…no podría pedir más, podría hacer el esfuerzo de venir en ayunas cada día.

Después de desayunar me propone ir a dar un paseo por la zona, dice que hay un lago cerca y de paso aprovecharemos para recoger leña para encender el fuego por la tarde. Ahora se está bien al sol, pero después hará frío, y más teniendo las paredes de piedra. Espero que el fuego de leña no sea el único que quiere encender.

Vamos caminando en paralelo y me coge de la cintura y me acerca a ella para andar pegadas. Yo pongo mi mano en su cintura también. Me gusta ir así. Estoy disfrutando de su compañía y de la naturaleza. Hay mogollón de ardillas saltando de árbol en árbol, en mi pueblo no hay, creo que nunca había visto de tan cerca. Y escuchar el canto de los pájaros y no escuchar coches y motos…qué placer para los oídos.

Llegamos al lago y hay una especie de pasarela de madera. Lucía va directa a sentarse en el borde y saca dos cervezas de la mochila. No sé en qué momento las ha cogido, pero veo que lo tenía todo muy bien pensado.

- ¿Te sientas? ¿O vas a quedarte ahí de pie? No te hace falta crecer más, sino tendré que ponerme de puntillas para besarte.

- ¿Que tienes pensado besarme?

- No lo sé, ya veremos…

- Sí, ya veremos si surge – sonrío y me siento a su lado, la miro a los ojos, nos sonreímos las dos, la cojo de la barbilla y me acerco a besarla. Ella, casi sin dejar de besarme, se pone encima de mí, a horcajadas. Yo la abrazo por la cintura, ella me abraza por encima de los hombros y seguimos besándonos sin poder separar nuestras bocas. Si seguimos así, lo voy a tener jodido para contener mis ganas. Me separo de ella antes de que se me vaya totalmente la pinza. Todo lo que estaba viviendo en el día de hoy me parecía emocionante, pero esto lo es más – esto no es un "ya veremos".

- ¿Qué le vamos a hacer si ya ha surgido? – nos sonreímos otra vez.

Vuelve a sentarse a mi lado, nos tomamos la cerveza charlando y mirando el bonito paisaje que tenemos delante de nuestros ojos y de vuelta a la casa vamos recogiendo la leña. Lo primero que hacemos al llegar es preparar algo para comer y encender el fuego (el de la chimenea) para que empiece a calentarse un poco la casa. Comemos fuera y en cuanto terminamos, me voy directa a la hamaca. Me hacía ilusión como si fuese una niña, tampoco me había tumbado nunca en una de ellas. Lucía, al verme con esa ilusión, pone creo que la misma carita que yo y viene enseguida a tumbarse conmigo. Yo la espero con los brazos abiertos y se tumba a mi lado, apoyada en parte de mi brazo y de mi hombro, yo la abrazo y nos quedamos un rato así, simplemente disfrutando del momento y de tenernos tan cerca.

No sé cuánto tiempo ha pasado porque, a parte de estar "flotando" en una hamaca, me siento flotando en una nube, vivo perdida en el tiempo. No pienso mirar el reloj mientras esté aquí con ella.

- ¿Vamos a la ducha y después nos relajamos dentro? – me dice Lucía.

- Sí, pero por separado, ¿eh? Que no dejo que cualquiera me vea desnuda.

- Por supuesto.

Voy a mi mochila para coger ropa antes de entrar a la ducha, pero dudo qué hacer. ¿Salgo sólo con ropa interior para que me vea? ¿O salgo enrollada con la toalla? ¿Qué le parecerá más sexy? Quiero que le llame la atención lo que vea.

LUCÍA

El martes, en cuanto Claudia me dijo que sí que reservaría el fin de semana para mí, llamé a la señora que siempre va a limpiar la casa de mis abuelos. Vamos pocas veces allí y cuando lo hacemos, hay polvo acumulado y huele a casa cerrada. Quedamos en que iría ayer viernes a limpiar y dejarlo todo en orden para que podamos ir hoy. Quiero que sea una especie de escapada romántica con ella. Para empezar bien el día, a primerísima hora de la mañana he ido allí a dejar medio preparado el desayuno y la mesa que hay en el exterior. Como vivo a las afueras de la ciudad, no me pilla a mucha distancia, hay entre diez y quince minutos en coche. Después voy directa a recoger a Claudia a la hora acordada y nos dirigimos otra vez hacia la cabaña.

Está maravillada con lo que ve, dice que siempre ha soñado con tener algo así. Le gusta más la montaña que el mar, como a mí. Y yo también he soñado siempre con tener algo así. Compramos el piso en la ciudad por comodidad para trabajar, pero preferiría mil veces vivir aquí.

- ¡Qué bonita! ¿Airbnb?

- No. En propiedad indirecta. Es de mis abuelos.

- ¿No me digas que tus abuelos están aquí? – me pregunta asustada.

- Tranquila, no están aquí. Mi abuelo falleció hace años y mi abuela volvió a vivir a la ciudad para tenernos más cerca y no estar tan apartada de la civilización.

Hemos desayunado, hemos paseado hasta el lago, nos hemos besado, cosa que me estaba costando ya no hacer y hemos vuelto a la casita a comer. Me muero de ganas de pasar a algo más con

Claudia, pero es como si hubiera algo que le parase los pies a ella, no le veo intención. Cuando estábamos en el río, yo he llegado a estar muy excitada, pero ella ha parado de besarme.

Le propongo ducharnos y ya quedarnos de relax dentro de casa. Va ella primero a la ducha y yo espero sentada en la cama y escribiéndole a David para que no pueda decir que no he dado señales de vida. Tengo también un WhatsApp de Martina preguntándome qué tal y diciéndome que tengo que contárselo todo. Claudia sale de la ducha enrollada con la toalla, debajo lleva la ropa interior porque le veo los tirantes del sujetador y lleva el pelo recogido. Verla así y con el cuello al descubierto, es algo muy tentador para mí. Se va al lateral opuesto de la cama, que es donde tiene su mochila, se quita la toalla y saca ropa para vestirse. Yo estoy girada hacia ella y no puedo dejar de mirarla. La miro con deseo y estoy segura de que se me nota en los ojos. Ella se da cuenta y viene hacia mí con ropa interior y se sienta a mi lado, echada hacia atrás con las palmas de las manos apoyadas sobre la cama.

- ¿Puedo hacerte una pregunta?

- Sí, claro.

- ¿Tienes claro que te gustan las tías? ¿O te ha dado por experimentar?

- Lo tengo claro desde que tengo uso de razón.

- Me gusta oír eso – sonríe y va a vestirse – te espero en el sofá.

Con eso que me ha preguntado, me ha dado a entender que lo que le estaba parando los pies era la duda de si me gustan las chicas, imagino que ya no tendrá ningún problema, así que en cuanto salga de la ducha voy a ir a por todas.

Yo salgo con la toalla enrollada y nada más. Voy al salón y está sentada en el sofá. Cierro las cortinas y me vuelvo a poner a horcajadas sobre ella y me aseguro de que no se me abra la toalla al

abrir las piernas; no quiero que vea nada antes de tiempo. Ella va directa a intentar quitármela, pero le paro la mano.

- No, no. Yo sólo llevo una prenda, tú llevas muchas, no estamos en igualdad de condiciones. Tendrás que hacer algo para conseguir quitármela.

Sonríe. Pone su mano derecha a la altura de mi rodilla izquierda y va subiendo lentamente por el muslo hasta llegar a mi ingle. Yo cierro los ojos para sentirlo y disfrutarlo. Debería pararle la mano porque no sé hasta dónde quiere llegar, pero no puedo, me hace perder todos mis sentidos. Noto que se acerca y empieza a besarme el cuello. Joder Lucía, recuerda que no estáis en igualdad de condiciones, que ni se te ocurra dejar que te desnude así, hazla sufrir un poco. Consigo mover mi mano para quitar la suya, la que está en mi ingle y cojo su camiseta para quitársela. Al tener que pasarla por su cabeza, deja de besarme y apoya la espalda en el sofá, yo deslizo mi dedo desde su hombro, por el tirante del sujetador hasta su canalillo. Intento llevar mis manos hacia detrás de su cuerpo para desabrochárselo, pero me para:

- No, no. Me quedan más prendas, no estaríamos en igualdad de condiciones.

- Por eso has apoyado la espalda – sonrío al ver lo listilla que es.

- Por supuesto.

Me levanto, le quito los pantalones y vuelvo a ponerme encima de ella.

- ¿Y ahora qué? A ti te quedan dos y a mí una.

Me coge las manos, las lleva detrás de ella y me da permiso para quitarle el sujetador. No puedo evitar mirarle los pechos y ella sonríe, diría que está orgullosa de ellos, y la entiendo porque son perfectos. Ahora yo le cojo la mano y le doy permiso para quitarme la toalla. Ella también se queda observando mi cuerpo y me pide que me acerque. Yo abro más las piernas para poder acercarme el máximo a ella y veo que pone una mano entre ella y yo, con la

palma dirigida hacia mi entrepierna, pero la deja quieta. Empezamos a besarnos y yo estoy deseando que haga algo con esa mano, pero no lo hace. ¿Cuánto más va a hacerme sufrir? Pasa a besarme el cuello con pasión y va bajando hasta mis pechos. Pilla mi pezón con los dientes con suavidad y justo en ese momento, busca entrar dentro de mí con un dedo. Yo me dejo, lo estaba pidiendo a gritos. Noto que entra otro. Sí, exactamente, estaba pidiendo más. Si antes había perdido los cinco sentidos, ahora creo que he perdido hasta el conocimiento. Con la mano que le queda libre, empieza a estimularme el clítoris y sigue besándome en el cuello, noto sus pezones rozando mi cuerpo y a mí se me acelera la respiración porque veo cerca una explosión de placer.

- Claudia, por favor, no tengo fuerzas para pararte y si no lo haces tú me voy a correr.

- Pues hazlo.

Y lo hago. Otra vez. Dos orgasmos. Dos le "debo" y yo aún no he conseguido tocarla. La beso durante unos segundos para darme tiempo para recuperar mis fuerzas. ¿Cómo puede volverme tan loca? La tumbo en el sofá, le quito las bragas y le acaricio directamente el clítoris, suave, sin hacer presión. No puedo dejar que pase más tiempo sin haberlo tocado. Dejo caer mi cuerpo encima del suyo, me excita mucho el contacto de sus pechos con los míos. La beso a ella, le beso el cuello, empiezo a estimularla y me estimula ella a mí también. ¿Y qué? Nos corremos las dos.

- Prepárate, la noche va a ser larga, me debes dos orgasmos.

Maldita Claudia. ¿Cómo voy a ingeniármelas para que estemos también en igualdad de condiciones con los orgasmos si no me das oportunidad de no correrme?

CAPÍTULO 33

DOMINGO 16 DE MARZO

CLAUDIA

Abro los ojos y veo a Lucía. Está tumbada a mi lado y me parece preciosa mientras duerme. No me puedo creer que la tenga aquí en la misma cama en la que estoy yo. Nunca me había despertado con alguien así a mi lado. Alguien que me gusta de verdad, me atrae y que no sólo me hace sentir deseo sexual, también me crea un interés más allá del sexo. Las otras veces que me he despertado con una mujer a mi lado que no haya sido simplemente amiga, me he levantado y me he marchado o he hecho lo posible para que se marchara ella. Ahora ni pagándome una gran suma de dinero me iría, y tampoco desearía que se fuera ella. Dudo si dejarla dormir más o despertarla, pero quiero ver cómo abre esos ojos azules, quiero ver esa luz y deseo que además me sonría. Me acerco más a ella y le acaricio el brazo. Desde el codo voy subiendo hacia arriba, hasta acariciarle la cara. Y sonríe antes de abrir los ojos. Me daba igual ver antes los ojos o la sonrisa, con llegar a ver las dos cosas me vale. "El orden de los factores no altera el producto".

- Buenos días – le digo yo.

- Buenos días – y por fin abre los ojos y acentúa esa sonrisa - ¿me estás dando muestras de cariño?

- No, jamás lo haría – le digo irónicamente y sigo acariciándola.

- Ah qué pena, me había parecido sentir algo en mi cara y me había hecho ilusiones.

- ¿Y qué es lo que sientes?

- Siento un cosquilleo en la cara que me llega hasta el estómago.

- ¿Sabes que no me importaría despertar más veces así? – lo estoy pensando desde que me he despertado, pero no me atrevía a decirlo, pero eso que ha dicho… ¿se puede traducir como las

famosas mariposas en el estómago? Espero que sí, sino acabo de meter la pata.

- ¿Y qué es lo que te gusta de despertar así?

- Tener a una madurita interesante en mi cama, poder tocarla…y poder besarla – me acerco a darle un beso y se aparta.

- ¡¡¿Cómo que una madurita interesante?!! – me dice con los ojos muy abiertos.

- Sí, eres interesante – me acerco otra vez a besarla sabiendo que va a apartarse, y lo hace.

- ¿Y madurita? – cruza los brazos delante del pecho fingiendo estar enfadada.

- También – sonrío, me pongo encima de ella empujándola para que quede boca arriba, le cojo los brazos, se los estiro por encima de su cabeza, los sujeto con la mano derecha y entonces no tiene escapatoria: consigo darle ese beso.

- Y guapa también – le doy otro beso – y buena en la cama – le susurro al oído y le doy un beso silencioso en la oreja – también irresistible – le doy un beso en el cuello – y tremendamente sexy – le doy un mordisco también en el cuello mientras meto mi mano izquierda por debajo de su camiseta y le acaricio el pezón.

- Claudia…

- ¿Mmm? – sigo intentando excitarla.

- No vas a hacer que se me olvide que me has dicho "madurita" – ha conseguido decirlo, pero con las palabras entrecortadas.

- ¿Estás segura? – quito la mano que le estaba sujetando los brazos, le subo la camiseta y le lamo el pezón.

- Uff…más o menos.

Sigo lamiendo y besando mientras bajo hasta pasar la lengua por encima de sus braguitas, haciendo presión para que lo note. Ella baja los brazos y se agarra a la sábana. Le quito las bragas y sigo

con lo que había empezado. Poco a poco voy aumentando la velocidad de mi lengua y ella empieza a jadear cada vez más intensamente y, cuando veo que le falta poco para correrse, paro.

- ¿Se te ha olvidado o no?

- Sí, sí.

- ¿Quieres que siga o discutimos lo de "madurita"?

- Si no sigues, lo que discutiremos será otra cosa – me dice un tanto furiosa. Yo sonrío y sigo hasta que consigue ese orgasmo anhelado.

Lo siento Lucía, pero tenía que conseguir que me dijeras que se te había olvidado, y era fácil conseguirlo.

LUCÍA

Creo que de ahora en adelante mi frase va a ser "Maldita Claudia". Siempre se sale con la suya, no falla nunca. Quería conseguir que pronunciase las palabras de que se me había olvidado que me ha dicho "madurita" y ha sabido muy bien cómo hacerlo, no me ha dejado otra opción. Joder, ya me gustaba mucho físicamente, pero su personalidad…su personalidad me enamora. Y no ha terminado ahí la cosa, yo he querido devolvérsela, pero no lo he conseguido. En cuanto he terminado, me he bajado la camiseta que me había subido ella, me he puesto las bragas, le he dado una palmadita en el hombro, me he levantado dirección al salón y le he dicho:

- Muchas gracias por el orgasmo, ¿vamos a desayunar?

- ¡¡¡¿¿Queeeé??!!! ¿Vas a dejarme así?

- Por supuesto, yo ya estoy mayor para estas cosas.

- Vale, como quieras, pero yo primero voy a la ducha – tumbada en la cama se quita la camiseta, se quita las bragas lentamente y abriendo las piernas, asegurándose de que le vea lo que hay entre ellas y se dirige hacia la ducha – puedes venir si quieres.

¿Y creéis que he sido capaz de ir a preparar el desayuno? Por supuesto que no, me he ido detrás de ella como una perrita en celo. Y además no he llegado a dejar que se duche, le he hecho ir a la cama para hacerle lo mismo que me ha hecho ella a mí.

Y una vez más se ha salido con la suya.

Después ya nos hemos duchado, hemos desayunado y hemos salido a dar un paseo. Hoy está nublado y lo que realmente me apetecería hacer es estar con Claudia todo el día en la casita con el fuego encendido y mirando películas, acurrucadas en el sofá y tapadas con una mantita. Y que me acaricie más. Y yo a ella. Ya ni recuerdo la última vez que hice eso con David. Y no lo echo de menos, realmente no me apetece. Con ella sí. Y mucho.

Pero toca volver a la realidad. La acompaño a casa y cuando llega el momento de salir del coche, me mira a los ojos, sonríe y me da las gracias por todo. Intenta salir y la cojo del brazo para impedírselo porque no puedo permitir que se vaya sin darme otro beso. Supongo que se iba sin dármelo porque estamos en público y yo estoy casada, tiene más cabeza que yo, porque a mí me pueden las ganas de besarla y se me olvida todo lo demás, pierdo la racionalidad. Hace muchos años que conocí a David y no recuerdo todos los detalles de esa época, pero juraría que esto no me pasaba con él, no me volvía tan loca.

Después voy directa a casa de Martina. Si no le cuento cómo ha ido el finde, me va a matar. Y si se supone que lo he pasado con ella, no voy a decirle a David que esta tarde voy a quedar con mi hermana, así que tengo que pasar por su casa antes de ir a la mía. Ahora soy consciente del mérito que tienen los mentirosos compulsivos. Hay que tener siempre muchas cosas en cuenta para mentir y que no te pillen. Y yo no valgo para esto, vivo con miedo de que se me pase por alto cualquier tontería y lo joda todo.

- Venga, que te está esperando un café, que seguro que has dormido poco – me dice Martina al abrir la puerta.

- Veo que no esperas que sea una visita fugaz.

- No me obligues a secuestrarte para que no te dejes nada por contar.

- No hay tanto que contar.

- ¿Cómo? ¿No ha ido bien?

- Sí, sí, ha ido todo muy bien, pero tampoco hace falta entrar en detalles…

- Hija…parece mentira que seas psicóloga y que a ti te cueste tanto abrirte.

- “En casa del herrero, cuchillo de palo”.

- De eso nada, monada – me coge del brazo, me lleva al sofá y me obliga a sentarme – empieza a contar como si estuvieras escribiendo una redacción. Recuerda cuando íbamos al colegio: introducción, desarrollo y conclusión.

- Pues fui a dejar el desayuno medio preparado, fui a recoge

- ¡¿Fuiste a prepararle el desayuno?! – me interrumpe.

- Sí. Fui a por ella, desayunamos, paseamos hasta el lago, nos tomamos una cerveza allí, regresamos a la casa, comimos y después hicimos cosas no aptas para menores.

- ¿Y?

- Muy bien.

- Hija, que sosa que eres. ¿Puedes expresar un poquito más? Sé que puedes, confío en ti, en el fondo lo estás deseando.

- Fue maravilloso, Martina. Hacía mucho tiempo que no sentía algo así. Y cuanto más la conozco, más me gusta. Perdona, no lo he dicho bien: creo que nunca había sentido algo así. Cuando estoy con ella me olvido de todo lo demás. Y con que me toque un poco ya despierta todo dentro de mí y no puedo resistirme.

- ¿Sabes que de eso se trata?

- Sí, lo sé, pero yo ya tengo una vida muy hecha, muy estable. ¿Qué estoy haciendo?

- Lo que sientes de verdad.

- Pero lo que siento de verdad está muy lejos de lo correcto.

- En eso estás muy equivocada. Lo correcto es buscar la manera de ser feliz y, yo quiero a David, pero si no encuentras la felicidad en él, tendrás que plantearte otras cosas. Sólo vivimos una vida y no sabemos en qué momento termina, no puedes pensar en hacer lo que es correcto para otra persona.

- Pero yo ni siquiera sé lo que quiere o lo que siente Claudia, no sé si simplemente quiere pasar buenos ratos conmigo. Y al final

tampoco la conozco tanto, es pronto para pensar en plantearme cosas.

- ¿Sabes que no estás obligada a estar con alguien? No digo que te plantees cosas por Claudia, sino por tu felicidad. Si no estás bien con él, no tienes que estar viviendo una vida que no te aporta nada.

- No quiero hacerle daño.

- Y dale con pensar en la felicidad de los demás antes que en la tuya…

CAPÍTULO 34

LUNES 17 DE MARZO

CLAUDIA

Abrir los ojos y no ver a Lucía…qué triste. Qué diferente el despertar de ayer y el de hoy. Hoy Lucía despierta con David y sigue su rutina de ir a la cafetería a desayunar. Yo dentro de un rato pasaré por allí. No, no pasaré por allí, voy a ir por otro sitio. No quiero tener la tentación de mirar hacia dentro y ver a David. El otro día no me gustó verlo y creo que ahora me gustaría menos. Pensar que es él el suertudo que se despierta cada día con Lucía y no yo… joder. ¿No debería apartarme? Y dejar que haga su vida, porque al final voy a sufrir, lo sé. ¿O me dejo llevar y ya está? Y ya vendrá el momento de sufrir. Total, estoy acostumbrada, lo raro sería que me salga algo bien.

Estoy llegando al trabajo y estoy rezando para que Lucía y Martina hayan hablado ya, porque Martina otra cosa no, pero cotilla es un rato. Ella siempre hace como que no le importa nada, pero disimuladamente va preguntando y averiguando todo, no se le escapa ningún cotilleo ni ninguna información. Y no creo que le importe poco lo que ha pasado este fin de semana. ¿Y yo qué le voy a contar? ¿Que se lo he hecho a la hermana todas las veces que he podido? ¿Que se lo hubiera hecho hasta en la pasarela del lago? ¿O que no tienen el clítoris exactamente igual? Me gusta poco contar mi vida en general, pero si implica escenas sexuales, me gusta menos. Y si esa implicada es hermana de la persona con la que estoy hablando, muchísimo menos.

- Pensaba que llegarías con carita de bien follada, pero vienes muy seria – me dice en cuanto me ve. Ni “buenos días” ni nada.

- Porque me da miedo que me bombardees a preguntas.

- Joder, sois iguales, con razón os lleváis bien.

- Más bien de lo que te crees – no puedo evitar que se me dibuje una sonrisa pícara.

- Ahí ha salido la carita de bien follada, así me gusta, al final todo el mundo confiesa.

- Yo no he confesado nada.

- No hace falta, se te nota en la cara. Tus ojos y tu expresión hablan por ti.

- Muy observadora tú. ¿Y ya le has sacado toda la información a tu hermana?

- La que he podido, que no te creas que es mucha. Tenéis un puñetero muro casi que imposible de atravesar.

- Has dicho "casi". Igual es que tienes que currártelo más para conseguir algo de información… - le guiño un ojo, le sonrío, ella finge mirarme con odio y nos separamos para ir a cumplir con nuestros trabajos.

Antes de empezar, miro el móvil porque después me gusta centrarme en lo mío y lo abandono por completo. Y tengo un WhatsApp de Lucía:

- Buenos días. ¿Estás bien? ¿No has ido a trabajar?

He aquí la diferencia entre Martina y Lucía: Martina no me ha dicho ni "buenos días" y Lucía me escribe para preguntarme si estoy bien, imagino que porque no me ha visto pasar por la cafetería. Y me encanta esa diferencia. Ahora he sentido yo esas cosquillas en el estómago por ver que se preocupa por mí. Cuánto he necesitado yo eso en mi vida…y no lo he tenido durante muchos años. Y ahora aparece ella.

- Buenos días. Sí, estoy bien y sí que he venido a trabajar, pero no he venido por donde siempre.

- ¿Y eso?

- Ya te contaré.

- Vale. Que tengas un feliz día 😊

- Igualmente.

"Que tengas un feliz día", eso tampoco lo diría Martina. Ni nadie de mi alrededor, seamos claros. ¿Qué tengo que hacer para que esta chica sea sólo mía? "Mía" no en el sentido de propiedad, sino en el sentido de no compartirla emocionalmente con otra persona. Nunca lo conseguiré. No puedo competir con una persona que ha compartido toda la vida con ella. Y encima no tengo entre las piernas lo que tiene él, no puedo darle lo mismo. Me están invadiendo mis inseguridades y esto no me gusta nada. Yo estaba muy tranquila antes de conocerla porque realmente no vivía con intención de gustarle a nadie ni de conseguir a nadie. Estaba bien sola, y creía que debía seguir así siempre porque creía que no podría soportar a nadie. Y a ella no es que piense que puedo soportarla, es que QUIERO soportarla.

LUCÍA

No han pasado ni veinticuatro horas desde que me separé de Claudia y ya la estoy echando de menos. Y estoy deseando el momento de verla pasar por la cafetería. Son tres segundos de verla, pero es lo único que puedo conseguir cada día y tengo que conformarme con eso. Madre mía, ni una quinceañera estaría como estoy yo, no sé ni si es normal lo que me está pasando. Con la edad que tengo, claro. Igual a los quince años es normal, pero ahora no.

Bajo a la cafetería con David y se hace la hora de ir a la consulta, pero Claudia no ha pasado. He estado todo el rato mirando el reloj y mirando al exterior y nada. ¿En serio? Desde ayer esperando este momento y me tengo que ir sin verla. Desde que empezó a trabajar, no ha fallado ningún día. ¿Le habrá pasado algo? Algo tiene que pasar para que no vaya a trabajar. Espero estar equivocada. Espero que haya una explicación. Sí, siempre la hay. Al entrar a la consulta le escribo enseguida, no puedo evitar preocuparme. Me contesta pasados unos minutos y me dice que está bien y que ya me contará. Con eso ya me vale, ya me quedo tranquila. Y otra vez empiezo a desear que sea mañana para verla.

Ayer cuando llegué a casa, David me dio un beso, cosa que creo que hacemos por costumbre y no por ganas, me preguntó qué tal había ido y poco más. ¿Y si yo estoy sufriendo por si le hago daño al dejarle, pero realmente no le importaría tanto? Muchas veces tenemos prejuicios que nos impiden dar algún paso o avanzar en algo y después no es lo que pensábamos. Pero ¿cómo lo voy a saber? No voy a preguntarle algo en plan "oye, ¿y tú cómo te tomarías que te pida el divorcio?".

Por la tarde decido ponerme los auriculares y salir a caminar por dos sencillos motivos: el primero es que paso de estar siempre encerrada en casa sin saber qué hacer y el segundo es ir acostumbrando a David a que voy a salir más de casa. Porque quiero ver más a Claudia. Incluso he decidido pasar por su calle, para ver si por casualidad la veo. Me pasa por la cabeza tocarle el timbre y verla, aunque sean cinco minutos. Subir a darle un beso e irme. No

pido más. Pero en cuanto miro la puerta de su edificio, me pregunto qué mierda de obsesión es esta y me digo a mí misma que puede ser que a ella le dé igual verme, así que sigo caminando. Diez metros, creo que no he llegado a caminar más. He dado la vuelta y he llamado al timbre.

- ¿Sí? – contesta Claudia al telefonillo.

- Soy la madurita interesante – abre sin contestar nada más, subo a toda prisa y le planto un beso.

- Pe…pero ¿qué haces aquí? – juraría que está flipando.

- No he podido verte esta mañana, así que he tenido que venir.

- Estás loca – y sonríe. Pero no sé si es porque se alegra o porque de verdad piensa que lo estoy.

- Vale… ¿me he pasado? ¿No debería haber venido?

- Por mí puedes hacerlo cada día si quieres – se le acentúa la sonrisa que ya tenía, y pone ojitos de niña ilusionada.

- ¿Y por qué no has pasado por la cafetería?

- Uff no sé si estoy preparada para decirlo, me pillas por sorpresa.

- Veeeenga, que soy tu psicóloga.

- Lo siento, pero ya no tienes ese derecho sobre mí.

- Poooorfi – y ahora yo le pongo ojitos angelicales para convencerla.

- Pasa – me invita a entrar, cierra la puerta y sigue hablando – es que…si paso por la cafetería quiero mirar hacia dentro para verte y… y…nada, eso.

- ¿Qué más ibas a decir? – se pasa la mano por la frente hacia la derecha y hacia la izquierda como si quisiera ordenar sus ideas, dejo pasar unos segundos – veeenga.

- Sé que no tengo derecho a pensar algo así porque al fin y al cabo tú y yo no somos pareja ni nada, pero no me gusta mucho

verte con David. Lo siento, pero si quieres que te diga sinceramente el motivo por el que no he pasado, ha sido ese.

- ¿Estás celosa?

- No sé si son celos o es envidia, la verdad. Envidia de que él puede estar contigo siempre que quiere y yo no.

- ¿Puedo pasar y sentarme? Y hablamos.

- Claro.

- A ver…no sé cuál es exactamente el motivo por el que no te gusta mucho verme con él, pero te diré que es como si me vieras con un amigo. David y yo hace tiempo que hemos caído en la rutina. Pero en la rutina mala, en esa en la que no tienes interés por hacer cosas con tu pareja. Y yo quiero verte pasar cada día. Por favor, dime que pasarás mañana.

- Vale, lo haré. Pero sólo con una condición.

- ¿Cuál?

- Que me des un beso de película antes de irte. De esos que me dejen con más ganas de volver a verte. O de hacer cositas yo sola… - acaba de poner una carita que, si hiciera una competición con el diablo, ganaría ella.

- ¿Puedes ser tan mala de dejarme con la duda de que puedas hacer cositas sola pensando en mí?

- Por supuesto, así tú también tendrás más ganas de verme para que te cuente si lo he hecho o no.

- Entonces sí, voy a dejarte con ganas.

Me pongo encima de ella, pongo mi mano derecha en su nuca, la acerco a mí y la beso apasionadamente, como si no hubiera un mañana, como si me fuera la vida en ello. Me quito la camiseta, el sujetador y pongo sus manos en mis pechos y empiezo a masajearlos sin parar de besarla. Meto mi mano por dentro de su

pantalón, la toco un poco mientras le doy mordiscos por el cuello, saco la mano, me visto y me voy.

Lo malo es que yo también me he quedado con ganas. MALDITA CLAUDIA.

CAPÍTULO 35

MARTES 18 DE MARZO

CLAUDIA

Hoy sí que he pasado por delante de la cafetería, le prometí a Lucía que lo haría y tenía que cumplir con ello. Además, no nos engañemos, verla durante tres segundos ya me cambia el día; lo empiezo con más ganas. Si además de eso pudiera darle aunque sea un simple beso…lo cambiaría mucho más. ¿Llegará algún día en el que pueda besarla cada mañana antes de ir a trabajar?

Dije que cuando empiezo a trabajar, abandono el móvil, pero hoy he oído que he recibido un mensaje y tengo el presentimiento de que va a ser ella, así que no puedo evitar mirar si estoy en lo cierto. Si es ella necesito ver qué me ha escrito y contestarle. Y sí, estoy en lo cierto:

- Buenos días. ¿Qué tal ayer? ¿Hiciste cosas malas sin mí?

- Buenos días. ¿Tienes bañera en casa?

- Sí, ¿por?

- ¿Crees que podrías llenártela esta tarde y estar sola?

- Sí, no creo que tenga problema para conseguir eso. Pero ¿me vas a decir por qué?

- Avísame cuando estés dentro de la bañera y te cuento lo que hice ayer. Para que puedas hacer lo mismo imaginándote que te lo hago yo…

- ¿Y vas a ser capaz de dejarme así hasta esta tarde?

- Sí, claro. ¿No me conoces ya?

- Tengo que decir que nunca dejas de sorprenderme.

- Eso es bueno. Avísame después. Y acuérdate de silenciar el móvil para que no se oiga que te están mandando mensajes.

Espero que no decida llenarse la bañera muy tarde porque no sé si tiene más ganas ella o yo. Yo voy a escribirle con intención de ponerla cachonda y de que se toque, pero yo pienso hacer lo mismo. Ayer realmente no hice nada, guardé las ganas que me quedaron para hacerlo hoy con ella, pero a distancia. Después le confesaré que decidí esperar a hacerlo con ella, pero ya cuando haya terminado. Mejor que piense que sí que lo hice y que se lo imagine. Yo la imaginaré a ella en la ducha. Así otra vez estaremos igualadas en orgasmos.

Después del trabajo, me voy a casa, como y me ducho para estar preparada para cuando me escriba. Yo no tengo bañera así que tendré que hacerlo en otro sitio. Me tumbo en la cama y cojo un libro para leer hasta que me escriba. Creo que no he llegado a leer ni diez minutos y ya me ha sonado el móvil. Es ella, por supuesto. Veo que estaba igual de impaciente que yo.

- Atenta al móvil que ya se está llenando la bañera.

- ¿Ya estás sola? ¿Puedo mandarte una foto para que vayas entrando en calor antes de tocar el agua calentita?

- Uff, sí, puedes.

Tengo un espejo bastante grande al lado de la cama. Me quedo en ropa interior y me hago una foto en pose sexy y asegurándome de que salga todo el cuerpo, excepto la cara, claro. Se la mando y espero a que me avise cuando esté dentro de la bañera.

LUCÍA

¿Sabéis qué es la dopamina? La dopamina es la hormona de la felicidad. Es un neurotransmisor del sistema nervioso central que regula el estado de ánimo, entre otras cosas. Cada vez que veo a Claudia, me suben los niveles de dopamina. Y si, a parte de verla, puedo estar con ella, más. De momento, sólo puedo permitirme verla porque ha cumplido su promesa y ha pasado por delante de la cafetería. Y me ha mirado.

Desde ayer estoy pensando en si hizo lo que dijo que iba a hacer cuando se quedase sola. He entrado a la consulta y le he escrito. Necesito saberlo. No sé si mientras espero a una paciente es buen momento para hablar sobre algo así, pero es el único momento del día en el que puedo hablar tranquilamente por WhatsApp con ella. Puedo hablar con ella en cualquier momento realmente, pero mejor no hablar de temas así por si acaso. Nunca está de más curarse en salud.

¿Y qué ha pasado? Que en vez de averiguar alguna cosa, me ha dejado con más ganas de saber. Pensaba que eso no era posible, pero con ella sí que lo es. Siempre lo es. Maldita Claudia.

Cuando termino de trabajar, subo a casa a preparar la comida, como con David y justo hoy tiene él un cliente por la tarde y tiene que volver a bajar al despacho. No sería un inconveniente para mí que estuviera en casa porque seguramente estaría haciendo sus tareas como siempre, pero si no está en casa, estaré mucho más tranquila.

Escribo a Claudia mientras se llena la bañera para que esté preparada, mejor aprovechar mientras estoy completamente sola. Me manda una foto que…joder…podría empezar a tocarme sin que me diga nada más. Pero voy a esperar. Cada cosa a su tiempo. Me desnudo, entro en la bañera y se lo hago saber.

- ¿Estás lista entonces?

- Estás tardando en empezar – estoy impaciente ya.

- ¿Vas a seguir todos los pasos que te describiré sobre lo que hice ayer?

- Al pie de la letra.

- Me lamí el dedo índice de la mano derecha

Y empecé a deslizarlo muuuy lentamente por el cuello

La diferencia de temperatura de la piel que has mojado con tu dedo hace que se erice la

piel de todo el cuerpo
Y que los pezones se pongan duros
Pasé la palma de la mano por un pezón
Haciendo círculos para estimularlo
Y con la mano me apreté el pecho
Imaginando que eras tú la que me lo tocaba
Seguí bajando la mano hasta llegar a la entrepierna
Primero pasé la palma de la mano por la zona
Suavemente
A modo caricia
Abrí más las piernas
Y pasé el dedo corazón por el clítoris
A modo caricia también
Hacia arriba y hacia abajo
Hacia arriba y hacia abajo
Hacia arriba y hacia abajo
Y en ese último movimiento, lo dejé entrar
Pero estaba tan excitada que uno no era suficiente
Así que metí otro
Para sentirlo más
Y empecé a moverlo para estimularme
Durante un ratito
Y cuando había aumentado mi excitación
Saqué los dedos
Y empecé a estimular mi clítoris

Cerré los ojos

Para vivirlo más

Y verte más claramente a través de mi imaginación

Imaginé que seguíamos la situación que dejamos a medias aquí

Y seguí tocándome

Hasta que me corrí

Ahora cierra los ojos, concéntrate y déjate llevar

Imagina que soy yo la que te está tocando

Y sigue estimulándote hasta que termines

- ¿Sabes que me encantas?
- ¿Sabes que tú a mí también? ¿Has cumplido con todo?
- Sí, hasta el final.
- Así me gusta 😊

CAPÍTULO 36

VIERNES 21 DE MARZO

CLAUDIA

Martina me dijo que David va a jugar a pádel con sus amigos los viernes por la tarde. Quizás no sería mala idea quedar con Lucía, me apetece estar un rato con ella. Bueno, si soy sincera, apetecerme me apetece estar muchos ratos con ella. Me espero a que sea una hora prudente para asegurarme de que Lucía ya esté en la consulta y que David no podrá ver lo que le escribo, aunque imagino que no habría ningún problema si lo ve porque no voy a escribirle nada que no pueda leer, me dijo que no le mentiría sobre que queda conmigo; para él somos amigas. Pero prefiero curarme en salud.

- Buenos días. ¿Tienes planes hoy?

- Buenos días. ¿Qué me propones?

- ¿Cervecita y cena?

- ¿Hora y lugar?

- Yo estaré en casa toda la tarde, puedes venir cuando quieras y decidimos dónde vamos. ¿David va a jugar a pádel?

- Sí, a las 19:00. Iré sobre esa hora, ¿vale?

- Perfecto.

Pues sí que ha sido fácil. Y también será fácil decidir dónde vamos: no pienso ir a ningún sitio, quiero estar a solas con ella en mi casa, pero eso no quería dejárselo plasmado en el WhatsApp por si acaso. Cuando salga de trabajar iré a comprar un buen vino y algo para preparar una buena cena. Se me da bien cocinar y además me gusta hacerlo. Dicen que el amor entra por el estómago, ¿no? Tengo que conseguir que coma bien.

Hago la compra, pongo unos botellines y el vino en la nevera y preparo unos canapés para picar mientras tomamos esa cerveza

cuando llegue. Desde las 19:00 hasta la hora de cenar, hay tiempo para picar algo. No sé si picaré canapés o picaré Lucía. O las dos cosas. Sea como sea, hay que estar preparada.

Llega antes de las 19:00. La ha dejado David en la puerta porque lo tenía de camino al polideportivo. Espero que nunca se entere de lo que estamos haciendo porque si algún día quiere venir a decirme que soy una hija de la grandísima, ya sabe dónde vivo. Pero tendrá que probar con varios timbres, eso sí que no lo sabe. Espero.

Abro la puerta y está guapísima. Se ponga lo que se ponga, es muy femenina y elegante. Hasta cuando llevaba chándal en la ruta que hicimos hasta el lago, la veía elegante. Hoy lleva una americana azul marino con las mangas un poco dobladas, una camisa a rayas azules y blancas y pantalón vaquero de un tono muy cercano al de la americana. ¿Y los ojos? De un tono muy cercano al de las rayas de la camisa. Todo a conjunto. Y ese perfume… ¿Por qué cuando nos atrae una persona nos pone tanto su olor? Yo con verla y olerla ya me siento como una perra en celo. Debe ser instinto animal. Sé que hay alguna explicación científica para eso, pero sinceramente me da igual, ahora sólo quiero disfrutar de ella.

Pasa dentro, cierro la puerta, la cojo de la cintura y me la acerco para besarla. Lo estaba deseando tanto…que no quiero dejar pasar ni un segundo más sin probar esos labios. Pero unas cosas llevan a las otras y después de haber estado cinco días sin tener contacto físico con ella, es difícil que un beso se quede sólo en un beso.

- Antes de llegar a algo más, necesito confesarte algo, no puedo seguir mintiéndote – le digo yo y veo que se queda de piedra.

- ¿En qué me has mentido? – me pregunta muy seria.

- El otro día no hice nada sola, quería esperar a hacerlo contigo a distancia – sonrío.

- ¡Me hiciste creer que te habías tocado!

- Sí, pero fue por una buena causa: para que te excitaras de pensar que sí que lo había hecho.

- También me hubiera valido pensar que lo estabas haciendo en ese momento.

- Y lo hice.

- Tú no pierdes ninguna oportunidad.

- Por supuesto que no. Y ahora tampoco pienso perderla.

LUCÍA

Para mi sorpresa, a primera hora de la mañana recibo un WhatsApp de Claudia. Quiere que cenemos esta noche. Le digo que sí sin haberlo hablado con David porque estamos trabajando, pero no creo que haya ningún problema. Y espero que así sea. Él se va a jugar a pádel y no pienso estar sola en casa pudiendo estar con ella. No se me ocurre un mejor plan, la verdad. Le tengo unas ganas… Lo que hicimos el otro día estuvo bien, me gustó mucho, pero no se puede comparar con hacerlo en persona, creo que es más que evidente.

Me acompaña David y me siento mal porque me está llevando directa a la boca del lobo sin saberlo. Él inocente pensando que me deja en casa de una amiga para ir por ahí a cenar con ella y lo que voy a hacer es cenármela a ella. Mientras él juega a pádel. Muy bien Lucía, te mereces un trofeo como la persona más mala.

Pero eso se me pasa al verla. Se me vacía la mente por completo y sólo ella ocupa lugar en mi cabeza. Me recibe con un beso. Lleva un vestido tipo sudadera y no sé si lleva medias pero el simple hecho de tener las piernas a la vista ya me resulta sexy. Aún en el pasillo, en cuanto tengo la oportunidad, la empujo hacia la pared y la miro a los ojos mientras pongo mi mano en su muslo y la deslizo hacia arriba para subirle el vestido. Compruebo que no, no lleva medias, imagino que habrá pensado que era tontería ponérselas porque las llevaría poco tiempo puestas. No está tonta. Me pego a ella apretándola contra la pared, acerco mis labios a los suyos, pero no la beso. Me mantengo así unos segundos, me acerco a su cuello y se lo acaricio con la punta de la nariz. Me acerco a su oreja y le

doy un beso muy suave. Vuelvo al cuello y le doy un mordisco muy lento mientras la aprieto más contra la pared. Ella intenta en varias ocasiones poner sus manos en mi cintura, pero yo se las quito.

- Joder… ¿te has propuesto hacerme sufrir?

- Es lo que te has ganado por mentirme.

Me aparto de ella hasta apoyar mi espalda en la pared contraria a la suya y empiezo a desabrocharme los botones de la camisa. Lentamente también. Se acerca un poco y hace el intento de acariciarme el pecho y vuelvo a apartarle la mano. Me desabrocho el pantalón y paso mi dedo por el contorno del sujetador y recorro con él el camino hasta dentro de mi braguita. Ella sigue mi dedo con su mirada.

- ¿Quieres ser tú la que ponga la mano ahí dentro?

- Sí.

- ¿Me volverás a mentir?

- Nunca.

- Así me gusta.

Saco mi mano y la sustituyo por la suya. Me mira a los ojos y se muerde el labio inferior sin apartar la vista, con ese gesto me provoca mucho más porque deseo ser yo la que muerda ese labio. Me hace separar más las piernas, introduce un dedo y, sin sacarlo, empieza a caminar hacia la habitación, obligándome con ello a caminar con ella. Cuando estamos delante de la cama, empieza a besarme y yo empiezo a desnudarla. No aguanto más. Necesito el contacto de mi piel con su piel, de sus pechos con los míos, de su lengua por mi cuerpo y la mía por el suyo. Y correrme. Quiero correrme al mismo tiempo que ella, quiero que nos fundamos en un único orgasmo. Nos estimulamos mientras nos besamos y cuando aparta su boca para expresar lo que se siente al acercarse al orgasmo, me dejo llevar y me corro con ella.

Nos quedamos desnudas, abrazadas y acariciándonos la espalda. Me gustaría quedarme aquí toda la noche así, haciendo lo que estamos haciendo ahora. Pero no podemos. Cuando se levanta para vestirse, observo su cuerpo y caigo en algo que aún no había caído.

- Necesito hacer una sesión más de psicología contigo.

- ¿Y eso? ¿Ya te has decidido a hacérmelo en ese sofá? ¿O en la mesa?

- No, no es eso lo que quiero hacer. Lo digo en serio.

- Si piensas sacarme información sobre lo que siento o no siento por ti, puedes ir olvidándote de hacerla.

- Tampoco es eso.

- ¿Y entonces?

- Ven el lunes a las 17:00.

- Cuanto misterio…vale, iré. Pero esa sesión también va a ser gratuita, ¿no? Voy "semi-obligada".

- Sí, corre a mi cargo. ¿Semi? – no puedo evitar sonreír porque sé por dónde van los tiros.

- Sí porque quiero ir para verte, pero no quiero ir como paciente.

- Pues lo siento, pero tendrás que venir para las dos cosas.

Hay más. Sé que hay más de lo que me había contado.

CAPÍTULO 37

LUNES 24 DE MARZO

CLAUDIA

He pasado todo el fin de semana dándole vueltas a por qué quiere otra sesión Lucía y no he conseguido llegar a ninguna conclusión. No tengo ni la más remota idea de qué quiere saber. Si no está relacionado con lo que hay entre nosotras y yo creo que ya le conté todos mis traumas, no sé qué más queda. Y lo más importante de todo: ¿por qué ella piensa que hay algo más que hablar? Sé que es una persona muy inteligente y hace bien su trabajo, si lo piensa, estará en lo cierto. Estoy esperando a que me sorprenda. Y aún tengo que esperar hasta las 17:00 de la tarde, los nervios se van a apoderar de mí.

En cuanto al fin de semana, el sábado salí con Martina ya que la semana anterior la tuve abandonada. Fue un sábado normal, como cualquier otro, no pasó nada especial. Lo único diferente a los otros sábados es que en varias ocasiones pensé que preferiría estar en la casita de los abuelos de Lucía. Con ella, por supuesto. Me pareció mucho más interesante el plan con ella que salir de fiesta por ahí. Al final siempre es lo mismo: los mismos garitos, la misma gente y la misma cantidad de alcohol. Y el domingo la misma resaca que el domingo anterior. Yo no sé cómo puede ser que Martina con treinta y ocho años siga teniendo ganas de salir como si fuese una adolescente. Yo creo que cuando tenga esa edad, una resaca podría matarme perfectamente, porque con veintiocho ya las llevo jodidas.

Cuando salgo del trabajo hago también lo mismo que hacía siempre cuando iba a la consulta de Lucía: voy a casa, como, me ducho y hago por estar allí unos minutos antes de las cinco. La diferencia de hoy es que ella me está esperando en la puerta. Esto es mejor que verla por las mañanas en la cafetería, porque al verme llegar se le dibuja una sonrisa en la cara. Y a mí también. Al mismo tiempo. Como si de un efecto espejo se tratase.

- Buenas tardes – me dice Lucía – pasa.

- Buenas tardes – paso, me dirijo a su consulta y me siento en la silla.

- ¿No vas a darme ni un beso? – me pregunta de pie a mi lado.

- Hoy no, soy tu paciente – le dedico una sonrisa pícara, baja la cabeza a modo afirmación y va a sentarse. Nos quedamos unos segundos mirándonos a los ojos. En verdad se me hace difícil tenerla enfrente, no haberla visto desde el viernes y no besarla - ¿Y? ¿Qué es lo que quieres saber?

- Tus tatuajes.

- ¿Qué pasa con mis tatuajes?

- Cada tatuaje tiene una historia detrás. O delante. Normalmente una persona se hace uno por algo que ha vivido o por alguna creencia que tiene. ¿Cuáles son los motivos de los tuyos?

- No me lo puedo creer – me tapo los ojos con las manos - ¿cómo has podido pensar en eso?

- No sé si te lo vas a creer, pero soy psicóloga – nos reímos las dos.

- Vale, sí, tienes razón, tienen una historia detrás. Y parte de esas historias no te la he contado.

- Sabía que algo se escapaba.

- Muy lista tú.

- Adelante. Cuéntame.

LUCÍA

Estoy casi segura de que Claudia habrá estado todo el fin de semana pensando qué es lo que quiero saber. Y también estoy casi segura de que no habrá descubierto qué es. Mejor, así tendrá más ganas de verme. O me odiará más por tenerla así durante casi setenta y dos horas.

Al entrar a la consulta no me da un beso. Ahora no sé si será porque de verdad está cumpliendo con el papel paciente-psicóloga o si será porque me está castigando por tenerla así durante tantas horas. Ya de ella me espero cualquier cosa porque nunca deja de sorprenderme. O simplemente está dejándolo para el final. Espero que sí porque si piensa irse sin darme un beso, pienso robárselo yo.

Le digo lo de los tatuajes y empieza a contarme:

- El primero que me hice fue el de la muñeca – me lo enseña para que lo vea bien. Lleva su nombre escrito y una clave de sol – no tenía ni dieciocho años cuando me lo hice, como puedes observar, el diseño es muy de adolescente, pero es lo que sentí que quería hacerme en ese momento y no me arrepiento de ello. Pero no te creas que siempre ha sido así. Cuando me lo hice, aún tenía a mi madre y para ella los tatuajes eran como un invento del diablo y cuando me lo vio, estuvo tres días sin hablarme. Me lo hice no sé si en septiembre u octubre, y ella falleció en diciembre. Por lo tanto, me arrepentí porque había perdido esos tres días de mi vida con ella. Pero por suerte con el paso del tiempo se me fue ese pensamiento, no me creó un trauma.

- ¿Y la clave de sol?

- Antes de tener el accidente era músico, tocaba el clarinete. Estuve cinco años estudiando música y estaba a punto de entrar en la banda de mi pueblo. Llegué a plantearme dejarlo porque yo no era de sacar muy buenas notas en el instituto y me sentía un poco agobiada entre los estudios de una cosa y de la otra, pero no di el paso, no lo dejé porque me hacía ilusión tocar en la banda. Pero tuve el accidente y eso fue lo que me obligó a dejarlo; debido a la parálisis que tenía en la cara, me era imposible tocar. Estuve alrededor de dos años incapacitada para ello y cuando empecé a recuperar la movilidad ya me vi en la situación de lo de mi madre y estudiar el bachillerato y me vi incapaz de seguir con los estudios de música. Me di cuenta de que es verdad eso de que no valoras lo que tienes hasta que lo pierdes; antes de tener el accidente me planteaba dejar los estudios de música y cuando los tuve que dejar

por obligación, me dolió en el alma. Y después ya nunca vi el momento indicado para volver a ponerme con ello y hoy por hoy no me lo planteo ya.

- ¿Y el de la pierna?

- Es una canción que le gustaba mucho a mi madre y a una amiga mía.

- ¿Y qué es de esa amiga?

- Se suicidó. Éramos un grupo de unas diez amigas y no tenía excesiva relación con ella, me llevaba mejor con otras. Pero con el paso del tiempo y por circunstancias de la vida, poco a poco empezamos a tener mejor relación y a juntarnos más, así que me dolió mucho lo que pasó. No entendía cómo una persona joven que aparentemente tiene todo en la vida puede llegar a provocar ese sufrimiento a su familia y a sus seres queridos, ni cómo puede desear poner fin a su vida con todo lo que le podía quedar por delante. Después, con el paso del tiempo lo vas asimilando y aceptando, pero al principio cuesta. Al final la pérdida de cualquier ser querido cuesta.

- Así es. Pero por cómo hablas, veo que todo lo que me has contado hoy es algo que tienes bastante asimilado, ¿no?

- Sí. A ver…esas cosas no se olvidan nunca, de vez en cuando me pasan por la cabeza, pero no es algo que me preocupe en mi día a día, no es un peso que llevo encima.

- A mí sí que hay una cosa que me preocupa día a día.

- ¿Cuál?

- Que pienses en mí.

- Lo hago más de lo que debería – dice Claudia, sonreímos y no puedo evitar levantarme e ir a besarla. Lo siento, pero aquí ha terminado la relación psicóloga-paciente, volvemos a ser Claudia-Lucía.

CAPÍTULO 38

VIERNES 28 DE MARZO

CLAUDIA

Tengo un gran dilema. Lucía me invitó a ir a su casa hoy, porque David no va a estar en todo el fin de semana y aun no sé qué hacer. No sé si me apetece ir al piso que compró y amuebló con él, en el que habrá hecho el amor miles de veces con él y lo más importante de todo: donde vive actualmente con él. Soy consciente de que Lucía y yo no somos nada y de que su marido es él, no yo. En esta ecuación de tres incógnitas si sobra alguien, soy yo. Pero esto me está empezando a superar. A medida que pasan los días, me va gustando más y más. Aunque no sé yo si "gustar" es suficiente para describir lo que siento.

No, no lo es.

Nunca he tenido pareja formal, nunca me han correspondido. Diría que estuve enamorada una vez, pero esa chica era hetero y no llegamos a nada, sólo nos dimos un par de morreos una noche de fiesta y ya está, no llegamos a más. Después me dejó muy claro que para ella había sido un juego y a mí me dolió, estuve bastante jodida, pero con el paso del tiempo lo asimilé y lo superé. A partir de ese momento tuve claro me andaría con pies de plomo antes de enamorarme de alguien. Pero ¿cómo elegir de quién enamorarse? Cuando te das cuenta de que lo estás, ya estás demasiado metida en la mierda como para echarte atrás. Y con Lucía no han sido dos morreos, ha sido mucho más. Y me va a doler. Porque sé que va a llegar el momento en el que me explote esto en toda la cara.

Hace un tiempo apareció Martina en mi vida, que me parecía muy guapa y atractiva y, aunque llegué a algo con ella, no corrí ningún riesgo porque la conocía y su personalidad no era de las que me puedan enamorar. Y el universo, no contento con ello, decidió ponerme en el camino a una copia de esa chica guapa y atractiva, pero con la personalidad que sí que puede enamorarme. Probó con

una y como no coló, me puso a la otra. La cuestión es que la vida se me complique siempre.

A veces me entran ganas de hablar de sentimientos con Lucía, pero no tengo ovarios, así de claro lo digo. Me parece que yo para ella soy una vía de escape para su matrimonio rutinario, nada más. ¿Cómo va a enamorarse de mí una chica tan guapa? Aunque las sesiones con ella me sirvieron para no pensar tanto en cómo se me quedó la cara después del accidente, cuando me paro a pensar en una situación así, me cae toda la inseguridad de golpe sobre mi cabeza y me aplasta, me deja al nivel de la suela de los zapatos. Y entonces es cuando tengo claro que no debo hablar de sentimientos con ella, que posiblemente lo único que me merezco es ser sólo un juego para ella también, pero para todo lo demás tiene a David, que seguro que tiene una cara mucho más perfecta que la mía.

Al final le dije que sí a Lucía, no soy capaz de tener oportunidad de pasar un rato con ella y decir que no. Si sólo con ver un mensaje suyo en mi móvil ya siento un cosquilleo en mi estómago, imagínate lo que siento cuando estoy con ella. Yo pienso que no hay ninguna sensación que se pueda comparar con la del amor, es el sentimiento más bonito que existe y ojalá pudiera sentirse así por siempre. Y ojalá no existiera nadie que tenga que sufrir el desamor. Pero aquí en esta historia, alguien lo sufrirá en algún momento, es inevitable. Y estoy segura de que ese alguien voy a ser yo.

A las 19:00 llego a casa de Lucía, tal y como habíamos quedado. Se nota que cobran bien los dos, menudo *pisazo*. Tiene un salón enorme con una gran mesa, un gran sofá, una tele que casi se podría comparar con la pantalla de un cine, cocina abierta con barra y un gran ventanal que da al balcón. Hacia la derecha hay un pasillo que da a una habitación con baño *en suite*, otra habitación y un baño independiente. No os penséis que hay una habitación de matrimonio y otra pequeña, no. Las dos son igual de grandes. Y los baños también.

Me quedo mirando la bañera y me imagino el momento en el que Lucía estuvo ahí tocándose mientras yo le escribía. No puedo evitar

que se me dibuje una sonrisa pícara. Tiene que haber sido ahí porque el otro baño tiene plato de ducha.

- ¿Te estás imaginando lo que creo que te estás imaginando? – me pregunta ella con una sonrisa también al verme y, por lo visto, leerme el pensamiento.

- ¿Tú que crees? – se incrementa mi sonrisa.

- No hace falta que lo imagines, puedo hacerte una demostración si quieres – pone cara malévola y yo me quedo realmente impresionada, no me esperaba que sugiriera hacer algo así.

- ¿Y a qué estás esperando?

- A que me digas que deseas con todas tus fuerzas que te enseñe lo que hice – se va acercando más y más con cada palabra que va diciendo hasta quedarse a escasos milímetros de mí. Yo voy a abrir el grifo de la bañera y poner el tapón y vuelvo a la posición en la que estábamos.

- Deseo – acerco mi boca a la suya – con todas mis fuerzas – le doy un beso húmedo – que me enseñes – la beso abriendo la boca para juntar nuestras lenguas – lo que hiciste – vuelvo a enredar mi lengua con la suya y empiezo a desabrocharle los botones de la camisa que lleva puesta. Uno a uno. Lentamente para alargar el beso, para que nuestras lenguas estén bailando juntas durante el máximo tiempo posible. Desearía que no termine nunca este momento. Cuando termino de desabrocharle la camisa, subo mis manos rozando sus pechos por encima del sujetador, sigo la línea de los tirantes del sujetador, le acaricio ambos hombros al mismo tiempo que voy deshaciéndome de la camisa, bajo las manos por sus brazos, tiro la camisa al suelo y junto mis manos con las suyas, entrelazo nuestros dedos y las aprieto. Porque cuando amas a una persona, el simple gesto de poder cogerle la mano es una sensación maravillosa. Le desabrocho el pantalón y se lo bajo hasta los tobillos. Me quedo de cuclillas mirándola a los ojos, me dedica otra sonrisa que hace que me derrita, pongo mis manos en sus tobillos y voy subiendo lentamente hasta posarlas sobre sus glúteos, cosa que

aprovecho para empujarla hacia mí y besarla con más intensidad. Le quito el sujetador, le bajo un poco las bragas y la empujo hasta hacer que apoye el culo sobre el lavabo, la hago sentarse sobre él, le quito completamente las bragas y al subir, le paso la lengua por su lugar más íntimo. Ella se agarra fuerte al lavabo y suelta un gemido. Me levanto, le sonrío y le digo:

- No te hagas ilusiones, primero tienes que mostrarme lo que hiciste.

No dice nada, pero me dedica una mirada como si no estuviera de acuerdo con el hecho de que haya parado. Lo siento, pero lo prometido es deuda. Se mete en la bañera y empieza a hacer todo tal cual se lo escribí el otro día, pero mirándome a mí. Mientras, yo voy desnudándome para que lo vea ella también, entro en la bañera, me pongo encima de ella y pasa de tocar su clítoris a tocar el mío. Introduce un dedo dentro de mí y yo bajo mi mano para entrar dentro de ella también y nos estimulamos en esta posición hasta el éxtasis.

LUCÍA

David se va a una conferencia de abogados a Madrid. Se va hoy y volverá el domingo. Lo sé desde el miércoles, así que escribí a Claudia para ver si le apetecía venir a casa. Será de la única manera que podré estar aquí con ella alguna vez. No es la primera conferencia a la que va David, pero lo hace muy a las largas. Diría que hace un par de años que no ha ido a ninguna, o incluso más. Hay que aprovechar las oportunidades que se presenten, y a mí se me hace difícil verla tan poco. Si no hubiera tenido la conferencia, igualmente hubiera buscado algún momento para estar con ella. Me siento como cuando conocí a David, que no podíamos vernos siempre que queríamos y mucho menos tener relaciones sexuales. Pero esta vez es diferente. Cuando eres joven lo vives todo a lo loco y a veces te mueves por impulsos, pero ahora ya tengo una edad en la que pienso las cosas antes de hacerlas y, si las hago, es porque las siento de verdad. Y lo que siento por Claudia se está convirtiendo en algo fuerte e intenso. La atracción sexual la tengo desde que

pasó por primera vez por delante de la cafetería, cosa que se incrementó cuando la vi más de cerca. Pero mi gran "problema" ha sido conocerla. Adoro su forma de ser, su forma de sorprenderme constantemente, su picardía y su facilidad para atraerme y conseguir de mí todo lo que quiere. A veces pienso que ojalá nunca hubiera pedido una cita conmigo, hubiera sido todo más fácil: sólo sería una chica guapa que pasa por la cafetería y en eso se hubiera quedado la cosa, pero ha llegado a un punto en el que es mi adicción. Hay centros para desengancharte de sustancias adictivas, pero ¿cómo se hace para desengancharte de una persona?

Cuando le dije a Claudia que podíamos pasar parte del fin de semana en casa, me dijo que estaba loca. Reconozco que es un plan un tanto disparatado, pero me apetece enseñarle mi casa y que conozca un poco más de mí. Quiero creer que, si se tuerce algo en el plan de David, me avisaría antes de venir.

Después de debatir un rato si vendría o no, al final aceptó. Ella consigue de mí lo que quiere, pero yo de ella también. En eso consiste: en que estemos las dos en igualdad de condiciones. Es eso lo que ella quería, ¿no? Y lo correcto en la mayoría de las cosas.

Llevamos desde el viernes pasado sin hacer el amor y tenía unas ganas inmensas acumuladas. Y con ella siempre es fácil conseguirlo y además sale natural. Creo que, si no tuviera ganas, cosa que veo imposible, pero si no las tuviera, sabría perfectamente conseguir la manera de que las tuviera. Es tan sensual…y le resulta tan fácil atraerme…y seducirme…y ponerme a cien. Con una sola mirada suya ya pierdo la noción de todo, me tiemblan hasta las piernas, me atraviesa el alma.

Hemos empezado la cita con un intenso orgasmo en la bañera y hemos terminado con una cena romántica en el salón con luz tenue, un buen vino tinto y un buen entrecot a la pimienta. Después hemos pasado al sofá y hemos abierto otro vino ya que el primero nos ha durado lo que ha durado la cena. Hemos estado hablando durante un par de horas diría yo, y podría pasarme muchas más. Con ella se puede hablar de cualquier cosa, menos de política, cosa que

agradezco porque a mí también me interesa bastante poco. Aunque, si le gustase, sería capaz de interesarme por el tema con tal de poder tener una cosa más que compartir con ella. Cualquier cosa que tenga que ver con ella es interesante para mí. Cuando da el último trago de vino, me dice:

- Bueno, será mejor que me vaya a casa.

- Quédate a dormir por favor – le envuelvo sus manos con las mías.

- No quiero dormir en la misma cama en la que duermes con David.

- No tienes que hacerlo. He puesto sábanas limpitas en la otra habitación porque sabía que dirías eso.

- Espero no ser siempre tan previsible.

- No lo eres para nada, pero esta vez has fallado. ¿Eso es un sí?

- Aún no. Tendrás que hacer algo más para convencerme.

- ¿Un cunnilingus te podría convencer?

- Mmm…no sé, no sé. Prueba, trabájatelo y después te diré.

Maldita Claudia. Espero que sólo estés queriendo hacerme sufrir y que al final sea un "sí", porque no me había hecho a la idea de dormir sin ti.

CAPÍTULO 39

SÁBADO 29 DE MARZO

CLAUDIA

Me despierto al escuchar un ruido y se me acelera el corazón de tal manera que soy incapaz de moverme. Estoy desnuda en la cama de la segunda habitación de casa de Lucía y de David, abrazada a ella y sólo me sale susurrarle un "Lucía, he escuchado un ruido". ¿Y si es David? No se me pasa por la cabeza peor vergüenza que el hecho de pillarme desnuda con ella. Ella se queda mirándome y se ríe. ¿Cómo puede reírse? Por unos segundos me va tan deprisa el cerebro que hasta llego a preguntarme cosas como "a ver si esto es una encerrona", " a ver si le va a dar igual que nos pille" o "a ver si es una loca que le da morbo algo así". Y de pronto interrumpe mis pensamientos:

- Tranquila, ya estaba despierta y lo he oído yo también. Es el ascensor. Sólo se oye desde esta habitación y cuando todo está en silencio, por eso no lo habías oído antes.

- ¿Y te ríes? A mí se me ha parado el corazón durante un par de minutos y ha acumulado todas las pulsaciones, ahora lo tengo que se me va a salir del pecho – le pongo la mano en la zona de mi corazón para que lo note.

- Ojalá te latiera así por mí – sonríe y me mira a los ojos.

- No sé si te lo mereces.

- ¿No me lo he ganado suficiente?

- Un cunnilingus no es suficiente, con eso sólo te ganaste que me quedase a dormir.

- ¡Oye! Te he hecho muchas cosas más que un cunnilingus.

- ¿Sí? – me acaricio la barbilla a modo pensamiento – pues yo no las recuerdo. ¿Te importaría refrescarme la memoria?

- ¡Te vas a enterar de quien soy yo!

De un salto se pone encima de mí, me coge las manos, me las cruza por arriba de mi cabeza, me besa salvajemente y después me pone el pezón al nivel de mi boca, pero no deja que llegue a hacer nada con él para hacerme sufrir. Me mira con una sonrisa diabólica, me baja mis manos, me las pone a nivel de mis caderas y pone las suyas sobre mis muñecas, para que siga sin poder moverlas. Se dirige a mi pezón y juega un rato con él, rápidamente se me pone erecto y con ello aumenta la sensibilidad, ella juega con más fuerza, yo me retuerzo, gimo e intento liberar mis manos porque no sé si soy capaz de soportar ese nivel de placer en el pezón, pero ella impide que libere mis manos dejando caer más su peso sobre mis muñecas y me pide que doble una pierna. Yo obedezco, sería capaz de hacer cualquier cosa ahora mismo con tal de que deje descansar a mi pezón. Ella cabalga sobre mi pierna creando roce con su clítoris sobre mi muslo, primero con movimientos más lentos y poco a poco va incrementando la velocidad y empezando a jadear. Yo mantengo la pierna en la misma posición, me gusta verla disfrutar. De repente noto que, a parte de dejar caer su peso sobre mis muñecas, me las aprieta fuerte y se multiplica la intensidad de esos jadeos. Sí, se ha corrido, se levanta y hace el intento de irse. Cuando llega a la puerta, se gira a mirarme y me pilla con la boca abierta, anonadada.

- ¿Vas a ser capaz de dejarme así? – le pregunto yo.

- Por supuesto, para que por lo menos esto no se te olvide, que no te pase como con todo lo demás.

Me levanto de un salto para ir a cazarla, ella reacciona en milésimas de segundo y se pone a correr. La persigo y nos ponemos a dar vueltas al sofá y a la mesa del comedor, como si fuésemos dos niñas jugando al "pilla pilla", nos reímos también como lo que somos ahora mismo: dos niñas, y en un momento inesperado, de repente cambio mi rumbo y empiezo a correr al revés de tal manera que consigo pillarla y tirarla sobre el sofá. Tenemos la respiración tan acelerada como si hubiéramos corrido una maratón, pero saco

fuerzas para hacerle cosquillas porque ahora mismo tengo un objetivo muy claro en mi cabeza.

- ¡¡Para, por favor!!

- ¿Vas a darme un orgasmo?

- ¡¡Noooo!! ¡Bajo ningún concepto!

- ¿Cómo has dicho? No te he oído bien – y aprieto más para hacerle más cosquillas.

- ¡Que te suplico que pares!

- ¿Qué has dicho que me suplicas?

- ¡Que me dejes provocarte un orgasmo!

- Muy bien, así sí.

Paro de hacerle cosquillas, nos miramos a los ojos y dejamos que se vaya calmando nuestra respiración, debemos estar al borde de la taquicardia. Me tumbo a su lado y seguimos mirándonos a los ojos, le acaricio la mejilla y me trago un "te quiero" que me llega a la boca desde lo más profundo de mi corazón, pero que no me atrevo a pronunciar. ¿Cómo puedo haberme enamorado de ella en tan poco tiempo?

LUCÍA

¿Por qué me parece tan gratificante todo lo que hago con Claudia? Siempre es una explosión de energía y sensualidad para mí. No sé si es que me aporta vitalidad por la diferencia de edad o si simplemente es así por naturaleza y seguirá siendo así. Pero sea cual sea el motivo, soy inmensamente feliz con ella.

Se ha despertado acojonada porque ha oído el ruido del ascensor y a partir de ahí ya todo han sido risas, piques y hacer el amor. He querido dejarla con las ganas, pero no he podido conseguirlo, siempre sabe cómo ganar la batalla y tenerme comiendo de su mano. Así que después de haber disfrutado yo sobre su pierna en la otra habitación, ella ha hecho lo mismo con la mía, pero en el sofá y

dándome placer a mí también. Dos orgasmos y aún no hemos ni desayunado.

Preparamos la mesita para desayunar en el balcón ya que a Claudia le gusta mucho. A mí también, imagino que no debe existir nadie al que no le guste desayunar en un balcón si hace buen día, pero lo suyo es algo fuera de lo normal. Cuando le he preguntado qué quiere que le prepare, lo primero que ha hecho ha sido correr la cortina y decirme: "lo que sea, pero que se pueda comer ahí afuera". Y una vez más se sale con la suya y yo soy la más feliz del mundo al ver su carita de satisfacción. Si tuviera que jugar a algún juego con ella, sería capaz de dejarla ganar siempre con tal de poder ver una y otra vez esa carita de niña satisfecha, porque nunca me cansaría de verla. Y esos ojos. Cuando le da el sol, tiene una mirada felina que me atraviesa, me vuelve loca. No sé cómo la naturaleza ha podido hacer que existan cosas tan preciosas como esos ojos. La naturaleza y la genética, imagino.

Hemos acordado ir a dar un paseo por la playa y después comeremos con mi hermana, saldremos un rato con ella y ya dormiremos cada una en su casa porque David en principio mañana saldrá de Madrid a primera hora de la mañana y no sé exactamente a qué hora llegará a casa. Más me vale que esté yo sola en la habitación y que no huela en exceso a alcohol, aunque si no cumplo con lo último, estoy segura de que sabrá perdonármelo. Hemos dejado el piso en orden para que parezca que no ha habido nadie aquí y abandonamos el lugar para no correr más riesgo. Creo que a Claudia ya le daría algo si vuelve a oír algún ruido sospechoso, y a mí también siempre y cuando no sea el del ascensor.

Damos un paseo por la orilla del mar, descalzas, disfrutando de cada granito de arena que entra en contacto con nuestros pies. Me siento agradecida por estar disfrutando de esto con ella, y en un momento que no tenemos a nadie a la vista, la cojo de la mano. Ella me mira sorprendida, pero sonríe y me mira con esos ojos felinos y me siento aún más afortunada por ir cogida de su mano. Por un momento pienso que me gustaría poder ir así libremente y sin

esconderme, pero después me acuerdo de David y se me derrumba esa idea en la cabeza. En la cabeza y en el corazón, porque me ha dado un vuelco al pensarlo.

Realmente no me apetece nada ir de fiesta, me gustaría pasar todo el día con Claudia, pero me parece injusto que mi hermana tenga que joderse y no salir con ella porque yo sólo puedo "robársela" los fines de semana porque estoy casada y no puedo hacer lo que quiero cuando quiero. Además, cuando le he propuesto salir con Martina, Claudia no ha puesto ningún inconveniente, a lo mejor le apetece más salir que estar conmigo. Es joven y libre, todo lo contrario a lo que soy yo, así que está en pleno derecho de querer disfrutar de la fiesta y no tanto de mí. Pero, sinceramente, me gustaría más que prefiriera pasar tiempo conmigo.

CAPÍTULO 40

MARTES 1 DE ABRIL

CLAUDIA

Me da pánico ir a trabajar. El sábado metí la pata, tuve una pequeña confusión y Martina se está riendo de ello desde entonces. Y me parece a mí que va a ir para largo la cosa. Todo fue que bebí más de lo que debería haber bebido y en una de las veces que salía del baño, me crucé con ella, la empujé hacia dentro del baño e intenté besarla. Pensando inocentemente en que era Lucía, por supuesto. Desde que la conozco a ella, no besaría adrede a Martina ni aunque estuviera al borde de un coma etílico. Y menos mal que me conocen y saben que no lo haría, sino la que hubiera liado podría haber sido gorda porque, claro, enseguida se lo contó a Lucía y empezaron las risas y las bromas sobre el tema. Menos mal que les dio por reírse y no por pensar que quiero liarme con las dos.

Después de haber soportado alguna que otra broma de Martina durante las horas de trabajo, llego a casa y recibo un mensaje de Lucía haciéndose la graciosilla también:

- ¡Buenas tardes rompecorazones! ¿Vas a estar en casa? Me muero por salir a dar un paseo, pasar a verte y que me des ese morreo que no pudiste darle a mi hermana.

- Buenas. Sí, estaré en casa, pero ten cuidado no vaya a ser que me aparte como hizo tu hermana.

- No lo harás. Y si lo haces, haré lo que esté en mis manos para conseguir mi objetivo. ¿Te vas a resistir a esta "madurita interesante"?

- Vas a tener que currártelo si quieres volver a probar estos jóvenes labios.

Más tarde, a las 17:28 me ha mandado un WhatsApp diciéndome que ya salía de casa. Desde su casa hasta la mía hay unos diez minutos andando a un paso normal, que se convertiría en algún

minuto menos si tienes ganas de besar a alguien. Son las 18:03 y aún no ha llegado y ya hace un rato que me estoy preocupando porque no es normal en ella. Le escribo preguntándole si está de camino y si está bien, pero han pasado cinco minutos y no contesta. Ahora tengo un problema: ¿Puedo llamarle o no puedo llamarle? No sé ni si está con David ni si será bien recibida mi llamada. Espero quince minutos más, hace alrededor de una hora que me ha dicho que salía de casa y sigue sin llegar y sin decirme nada más. Pruebo a llamarle, lo siento, pero me están superando los nervios. No contesta. Llamo a Martina:

- ¿Sabes algo de tu hermana?

- No, ¿por?

- Hace ya más de una hora que me ha dicho que salía de casa para venir a verme y no ha llegado y tampoco contesta ni a mis mensajes ni a mis llamadas.

- Qué raro…si vive a diez minutos de tu casa.

- Por eso me estoy preocupando. ¿Puedes probar a llamarle tú, porfa? A ver si es que no me lo coge a mí porque está con David…

- Sí, claro, ahora le diré que te dé señales de vida o te digo yo cosas.

- Vale, gracias.

- ¡De nada!

No pasan ni dos minutos desde que he colgado y me llama Martina:

- Claudia…- habla con un tono serio que no me gusta nada y yo me pongo aún más nerviosa - me ha dicho que está en casa con David y que sí, que nos vemos mañana. No quiero ser negativa, pero me huele a que por algún motivo ha tratado de colgarme lo más pronto posible, porque yo no había quedado con ella para mañana. Tenía la voz temblorosa. ¿Habéis hablado algo por WhatsApp que haya podido leer David?

- Sí – me dejo caer en el sofá porque ahora mismo mis piernas no son capaces de soportar el peso de mi cuerpo.

- ¿Qué habéis hablado?

- … - ni las piernas mantienen mi cuerpo ni la boca me deja pronunciar palabra, ahora mismo lo único que me funciona es el cerebro. Eso que tendría que haber usado antes y no llegar a meterme en esta mierda.

- Voy. En nada estoy en tu casa.

Cuelga. Yo me quedo tal cual estoy, no puedo ni moverme. Por un segundo pienso en si nos estamos precipitando y al final no va a ser lo que parece. Pero sí, tiene que ser lo que parece. No hay otra explicación para que Lucía no aparezca y no me haya contestado a mí, pero sí a Martina. Suena el timbre y me obligo a ir a abrir porque es Martina y la necesito ahora mismo.

- Déjame el móvil. Enséñame la conversación – me pide ella y yo sigo sin articular palabra. Le doy el móvil con la conversación que he mantenido con Lucía en pantalla – pero ¡¡¿cómo podéis escribiros cosas así?!! ¡¡¿estáis locas o qué?!! ¡¿¿el subidón de feromonas os está obnubilando el cerebro??!

- Martina, por favor, no necesito que me eches una bronca ahora mismo. Y no sé si has leído bien, pero ha sido tu hermana la que ha empezado por WhatsApp, la que no tendría que haber escrito cosas así si sabía que David podía pillarla. Yo sólo contesto a lo que ella me escribe y siempre hemos sido muy precavidas. Ambas.

- Tienes razón, perdona. Es que…yo no quería que David se enterase. No de esta manera. Que yo quiero que Lucía esté con quien sea feliz; si es feliz contigo, que esté contigo. Pero hay otras formas de dejarle si es que pensaba hacerlo en algún momento, cosa que desconozco. No quiero ni imaginarme cómo estará…

- Yo tampoco – es lo único que me sale decir. Porque si empezase a expulsar todo lo que me pasa por la cabeza… ¿y yo qué? ¿te has parado a pensar cómo estoy yo? Soy consciente de que no soy la

persona que ha compartido casi toda su vida con Lucía, pero también tengo sentimientos. Y muy fuertes. Quizás más razón para estar mal. Ellos llevaban una vida en la que ya no hacían nada juntos. Si no viviesen y trabajasen en el mismo espacio, posiblemente ni buscarían tiempo para verse. Y yo…yo estaba en plena fase de enamoramiento, ese espacio de tiempo en el que es todo bonito. Pero mis sentimientos aquí no importan, por lo visto sólo importan los de David – Martina…creo que necesito estar sola.

- ¿Estás segura? ¿No quieres hablar?

- Sabes que me cuesta abrirme, prefiero hablar conmigo misma.

- Vale, como tú quieras. Pero si necesitas hablar o cualquier otra cosa, llámame, por favor, aunque sean las tres de la madrugada.

- Lo haré. Gracias.

LUCÍA

Me gusta mi profesión, pero hay días en los que echaría a alguien de la consulta. Hay algunas personas que yo creo que no vienen por necesidad, sino porque les gusta contar su vida. Cosa que respeto y entiendo ya que he estudiado comportamientos del cerebro humano, pero en algunas ocasiones me sacan un poco de quicio. Y hoy uno de esos casos me ha hecho pensar en Claudia. Pienso casi cada minuto del día en ella, pero al atender a esa señora y ver que le resulta tan fácil hablar de su vida, me ha hecho pensar en lo diferentes que pueden llegar a ser las personas, porque a Claudia tienes que sacárselo todo, sino no contaría nada. O lo contaría a modo cuentagotas, en dosis muy pequeñas.

Y como el cerebro humano tiene la capacidad de enlazar unas cosas con otras, me he acordado de su "pequeño" error del sábado, me ha hecho sonreír y me han entrado unas ganas irremediables de ir a darle un beso.

Le escribo después de comer. Estoy casi segura de que podría ir sin avisar y la encontraría en casa, pero tenía la necesidad de hacerle alguna broma sobre lo del sábado y ya que estamos,

asegurarme de que la encontraré allí y no me quedaré sin beso. Y efectivamente, me contesta que estará en casa. Me ducho, me pongo ropa cómoda, le escribo a Claudia que ya salgo de casa, dejo el móvil en la mochila, voy a buscar los auriculares y…no los encuentro. Tengo una memoria envidiable para muchas cosas, pero nunca soy capaz de recordar dónde he dejado los auriculares por última vez. Le pregunto a David y me dice que estarán en la consulta. Pues sí, puede ser. Bajo a la consulta y allí, están, durmiendo en el primer cajón de mi mesa. Abro la mochila para sacar el móvil y ponerme música para escuchar por el camino, pero no está. Joder, estoy fatal de la cabeza. Subo a casa y abro la puerta diciendo que me he dejado el móvil.

- No te lo has dejado – oigo a David antes de ver dónde está y me giro hacia la cocina, que es de donde creo que proviene su voz. Está sentado en uno de los taburetes que hay en la zona de la barra, con los codos apoyados y flexionados sobre ella y su rostro apoyado sobre las palmas de las manos. Mi móvil está a su lado con la pantalla iluminada y una conversación de WhatsApp abierta, que no llego a ver de quien es, pero no me hace falta, se me corta la respiración; no he llegado a borrar la conversación con Claudia – te lo he cogido yo.

- ¿Qué? – no entiendo nada. ¿Por qué me ha cogido el móvil si nunca lo había hecho?

- ¿Con una mujer?

- ¿De qué hablas?

- No te atrevas a negarlo o a disimular, que he leído la conversación y te recuerdo que no soy tonto- sigue en la misma posición que cuando he entrado, aún no ha levantado la cabeza y, llamadme hija de lo que queráis, pero me está haciendo un favor porque ahora mismo se me cae la cara de vergüenza, no sé cómo reaccionar ni sé si me atrevería a mirarle a la cara.

- Sé que ahora mismo no soy yo la que tiene derecho a hacer preguntas, pero… ¿qué te ha pasado por la cabeza para cogerme el

móvil?

- Últimamente sólo piensas en salir de casa por cualquier motivo y sin mí, y el domingo cuando llegué encontré una pulsera en el sofá que no es tuya. Se supone que hace tiempo que nadie pisa esta casa a parte de tú y yo, no debía estar esa pulsera ahí – levanta la cabeza y me mira a los ojos, está llorando - ¿Has sido capaz de traértela aquí?

- Sí, estuvo aquí - ¿qué más puedo añadir? Es verdad que es inútil que lo niegue, hay pruebas del delito. ¡Joder! Se le debió romper la pulsera cuando estábamos haciendo la pelea de cosquillas.

- ¿Sabes qué es lo peor de todo? Que no me has mentido. Me decías que quedabas con una amiga y yo me lo estaba tragando al pie de la letra, jamás imaginé que serías capaz de ponerme los cuernos y menos con una "amiga". Dime… ¿sólo os habéis besado o habéis llegado a algo más? Sé sincera y rómpeme el corazón por completo de una vez, no me lo vayas contando poco a poco – tiene la cara desencajada, nunca lo había visto así y me está rompiendo el corazón a mí también.

- Hemos llegado a algo más – agacho la cabeza porque no soy capaz de mantenerle la mirada. Ahora mismo me siento el ser más despreciable que habita en la Tierra, no puedo verle así, no quiero pensar en que ese dolor que siente se lo estoy causando yo.

- ¿Qué sientes por ella? O mejor… ¿qué sientes por mí?

- Yo a ti te quiero, David. Pero últimamente se ha enfriado nuestra relación, no hacemos nada, sólo trabajar y pasar tiempo muerto aquí en casa. Y tú llegas aquí y sigues trabajando.

- ¿Estás diciendo que lo que has hecho es culpa mía?

- No, no, para nada. Que se haya enfriado la relación no significa que tenga que… - no soy capaz de pronunciar la palabra.

- ¿Acostarte con otra persona? Te facilito la conversación.

- Sí, eso. Pero…no sé, se me fue la olla, me gustaba, no te lo voy a negar, yo le gustaba también y me dejé llevar – por favor que no me pregunte si ha sido más de una vez, que se quede así la cosa. Me están sudando y temblando las manos, no tengo ni la más remota idea de cómo voy a salir de esta ni de cómo va a terminar la cosa. Lo que sí que sé es que no quiero que termine mal.

- ¿Quieres estar con ella o conmigo?

- Quiero estar contigo David, eres la persona con la que he compartido mi vida y la mejor alma que he conocido, no te mereces esto y realmente después de lo que he hecho, yo no merezco tener a alguien como tú, pero me gustaría que trates de perdonarme y que intentemos seguir con lo que teníamos.

- Si te dijera que puedo tratar de perdonarte, ¿perderías cualquier tipo de contacto con ella?

- Sí, lo haría – suena mi teléfono, que lo sigue teniendo al lado.

- Contéstale si quieres y dile que no vas a ir. ¿O quieres ir?

- No, no quiero ir y tampoco voy a contestar.

- No sé, Lucía, no sé qué decirte ahora mismo. Necesito gestionar y procesar todo esto, ha sido un golpe que no me esperaba y me ha partido en dos: una parte de mí te está odiando con todas sus fuerzas, y la otra parte no puede evitar seguir queriéndote y siendo incapaz de pensar en una vida sin ti, porque nunca me lo había planteado, no me había imaginado que pudiera pasar esto. Confiaba plenamente en ti, Lucía. ¿Cómo me has podido hacer esto? – se frota la cabeza con las dos manos, como si quisiera borrar todo esto del disco duro de su cerebro.

- Lo siento, de verdad – vuelve a sonar el teléfono y esta vez es Martina, le contesto y hago la conversación lo más corta posible para poder seguir hablando con David. Además, imagino que me ha llamado porque Claudia estará preocupada – lo único que puedo hacer es pedirte disculpas y que me perdones, pero no puedo borrar que hayas descubierto lo que ha pasado. Te pido por favor que lo

pienses, que pienses en nosotros y en lo que hemos vivido juntos. Y tomes la decisión que tomes, la aceptaré, porque si decides dejarme, sé que es lo que me merezco, pero no es lo que quiero.

Y ahí se ha quedado la conversación, no nos hemos dirigido la palabra en el resto del día. Él no ha querido hablar nada más y a mí me sigue cayendo la cara de vergüenza, tampoco me sale decir nada más. Me limitaré a esperar a que tome una decisión.

CAPÍTULO 41

MIÉRCOLES 2 DE ABRIL

CLAUDIA

Sé que lo tengo todo perdido. Esa es la frase que me ha rondado la cabeza durante toda la noche. Lo único que he hecho ha sido pensar en eso, hasta creo que sobre las seis de la mañana que es cuando he conseguido dormirme porque imagino que ya no le quedaba energía ni a mi cuerpo ni a mi mente. Ni líquido para sacar más lágrimas. Y a las siete ha sonado la alarma y vuelta a lo mismo. ¿Tendrá intención de hablar conmigo y darme las explicaciones pertinentes? ¿O va a quedarse así la cosa? ¿David dejará que quede conmigo una última vez para mandarme a la mierda y despedirse para siempre?

Llego al trabajo y Martina también tiene pinta de no haber dormido todas las horas que debería, pero imagino que su cara no se puede comparar con la mía: tengo los ojos rojos e hinchados, y unas ojeras que van a juego con la camiseta que llevo hoy. Sólo espero que nadie me pregunte nada, cosa que por suerte no creo que hagan porque parece ser que siempre he llevado un cartel en la cara que dice algo así como: "ni te atrevas a preguntarme cosas sobre mi vida privada". Por lo visto no transmito confianza para que me pregunten, y qué suerte la mía. Pero Martina sí que se ha atrevido.

- Veo que has dormido mal.

- Sólo lo he hecho una hora y sí, ha sido mal.

- ¿Puedo preguntarte qué sientes por Lucía? ¿O tampoco vas a contestarme a eso?

- Joder… - me friego los ojos con el dedo pulgar e índice de la misma mano para ganar un poco de tiempo, no sé si voy a poder decir en voz alta lo que siento, pero tengo que hacer un esfuerzo, no puedo seguir callándomelo todo siempre. Si no digo lo que siento,

nunca importará cómo estoy yo, siempre parecerá que no me afecta - ¿me prometes que no se lo dirás a ella?

- Te lo prometo. No soy yo la que tiene que confesarle tus sentimientos, en todo caso sería cosa tuya.

- Martina… - miro al techo porque no quiero que caigan las lágrimas que se me están formando en los ojos, ni tampoco quiero verla cuando pronuncie las palabras – estoy enamorada, esto para mí no ha sido ni sexo ni sólo un juego – me decido a mirarla y se caen esas lágrimas que estaban ansiosas por deslizarse por mis mejillas. Martina viene, me abraza y me pongo a llorar como una niña. Con la falta de cariño que he tenido siempre, que alguien me abrace en un momento tan delicado como este es el detonante para explotar y soltarlo todo sin miedos y sin ningún tipo de contención.

- Lo siento cariño, siento que estés así. No te puedo decir nada más porque no sé lo que opina Lucía ni lo que piensa hacer, en eso estamos las dos igual, ¿o a ti te ha dicho algo más?

- No, no sé nada de ella y me imagino lo que significa eso.

- Espero que habléis pronto. No sé si será para bien o para mal, pero las cosas hay que hablarlas.

¿Sabéis que es lo que me acojona de hablar con ella? Estar mirándola a los ojos mientras me dice que lo nuestro no puede ser y saber que va a ser la última vez que los vea. El sábado los miré fijamente y estuve a punto de pronunciar un "te quiero" y la próxima vez que los vea será para pronunciar un "adiós" que me va a doler con toda el alma. Cómo cambia la vida en pocos días…

Por la tarde estoy tumbada en el sofá enrollada con una manta y con la tele apagada. No me apetece ver nada. Sí, estamos en abril, pero tengo frío, estoy destemplada, no he comido nada en todo el día, tengo el estómago completamente cerrado. Y después de no haber dormido en toda la noche, ahora tampoco puedo hacerlo. Suena el timbre y se me para el corazón. Espero que sea Martina, porque si es Lucía, va a seguir sin bombear sangre. Y es Lucía.

- Buenas – está cabizbaja. Lo sabía. No esperaba que viniera a tirarse en mis brazos y decirme que me ama.

- Pasa – entramos las dos al salón – siéntate.

- Supongo que imaginas lo que vengo a decirte, ¿no? – tiene una cara tan triste, que no me imaginaba que pudiera llegar a estar así. Las últimas veces que había estado con ella parecía la persona más feliz del mundo, y me choca verla con esta tristeza. Lo que no sé es si lo está por él, por mí o por los dos.

- Más o menos, pero sácame de dudas.

- David encontró esto en el sofá – saca una pulsera que, por lo que veo, es mía, pero ni me había dado cuenta de que no la tenía porque llevo unas cuantas. ¿En serio que por una puñetera pulsera va a terminar esto? – y sospechó porque, evidentemente no es mía y porque dice que últimamente sólo pienso en salir de casa sin él. Ayer después de escribirte cometí el error de no borrar la conversación, él me cogió el móvil y la leyó. Con lo que te había escrito no quedaban dudas de que le estaba poniendo los cuernos, así que no me quedó otra opción que confirmar lo que ya había descubierto y pedirle perdón.

- Por cómo has terminado lo que me acabas de explicar, entiendo que quieres estar con él y que lo nuestro se ha terminado, ¿no?

- Lo siento Claudia, con todo mi corazón, te lo prometo. Nunca pretendí haceros daño a ninguno de los dos, pero decidí hacer lo que sentía, cosa que no tendría que haber hecho en ningún momento y al final estoy causando un dolor que a mí también me duele en el alma. Espero que entiendas que para mí es difícil elegir entre algo que he tenido a mi lado toda la vida o elegir algo nuevo, y he decidido no abandonar lo que he construido durante años.

- Lo entiendo.

- Por favor, Claudia, exprésate, no me digas sólo eso, quiero saber lo que piensas tú, me importa tu opinión – intenta cogerme de las manos y yo las aparto.

- Poco te ha importado si ya has tomado una decisión y ya poco importará si tienes claro lo que vas a hacer.

- ¿Y vas a dejar que esto termine así? ¿Sin decirme lo que piensas?

- Sí.

- Vale, como quieras – me dice en un tono neutro y se levanta para marcharse.

- Que seas feliz con el amor de tu vida – le digo cuando ya está cerca de la puerta. Veo que para unos segundos y se gira hacia mí.

- Él no es el amor de mi vida – y se va.

¿Qué ha querido decir con eso? ¿Y por qué he sido tan tonta de no decirle lo que siento? Da igual, no cambiaría nada, ella tiene muy claro lo que va a hacer.

LUCÍA

He dormido en la otra habitación, en esa en la que hice el amor con Claudia por penúltima vez. Aún huele a ella y me está destrozando por dentro recordarla tan intensamente. Estoy mal porque no quería hacerle daño a David, pero más me duele hacerle daño a Claudia porque es con quien realmente soy feliz. Deseo sus besos, sus caricias, sus abrazos, su picardía, su sonrisa, sus ojos, todo. Todo de ella y con ella.

Durante toda la noche he estado tratando de convencerme de que, si David quiere perdonarme, lo más correcto sería que me olvide de Claudia y siga con él. No voy a tirar por la borda un matrimonio de tantos años por una persona que acabo de conocer y que no sé ni lo que siente por mí. Quizás sólo ha querido pasarlo bien conmigo y nada más. Además, tiene diez años menos que yo. Pienso que es una persona madura y que no tiene por qué importar la diferencia de edad, pero ¿y si estoy cegada porque ahora me parece todo bonito con ella? Si lo dejo todo por Claudia, puede que después me arrepienta toda la vida de haber tomado esa decisión.

Anoche vine a esta habitación porque no tenía ovarios de meterme en la misma cama que David después de que se enterase de que he estado acostándome con otra persona. Él es tan bueno que no me pidió que no durmiera allí, cosa que podría haber hecho y con razón. Me cerré la puerta para poder llorar libremente y que no me oyera, y lo he hecho con ganas, esta situación me está superando. Él se ha levantado varias veces a lo largo de la noche y yo no he sido capaz de salir de aquí, pero hace un rato que oigo que está en pie y creo que va siendo hora de salir a dar la cara. Si he sido valiente para hacer lo que me ha venido en gana, ahora tengo que ser valiente para afrontarlo. Me levanto, salgo de la habitación, voy al baño, me lavo la cara y los dientes y voy al salón ya que David está allí.

- Buenos días.

- Buenos días.

- ¿Has desayunado? ¿Te preparo algo? – le pregunto yo para romper el hielo.

- No tengo hambre.

- ¿Has decidido algo? ¿Vas a perdonarme?

- Si quieres que sigamos juntos y estas dispuesta a cortar todo tipo de relación con ella, podemos intentarlo. No sé qué pasará Lucía, no sé si podré volver a confiar en ti, pero no sé si imagino una vida en la que no estés tú, por eso quiero intentarlo.

- Cortaré todo tipo de relación con ella, te lo prometo.

- Tampoco sé si debería ofrecerte esto, pero…lo he estado pensando y si quieres puedes ir a hablar con ella. Me pongo en su lugar y no me gustaría que me dejes sin ninguna explicación.

- Vale, esta tarde iré. Gracias – después de decirme eso me siento más mierda de lo que ya me sentía. Es tan buena persona que se ha parado a pensar en que no es correcto que deje a Claudia sin darle explicaciones. Otra persona en su lugar seguramente la odiaría y estaría deseando borrarla del mapa.

Por la tarde he ido a hablar con Claudia y creo que he vuelto peor de lo que estaba. No ha sido capaz de decirme lo que opina o lo que siente y me ha dejado con una rabia interna que he tratado de no mostrar porque la conozco y en parte es lo que me esperaba que pasase. Pero me ha jodido mucho volver a casa sin saber si siente algo por mí, porque voy a cumplir lo que le he dicho a David y voy a cortar toda relación con ella, ya nunca lo llegaré a saber. Aunque pensándolo bien, quizás ha sido lo mejor que ha podido hacer, porque si me dijera que está enamorada de mí, me dolería aún más si cabe.

Antes de irme me ha dicho "Que seas feliz con el amor de tu vida" y eso también me ha dolido. ¿Por qué? Pues porque no pienso que David sea eso, lo que pienso es que ella sí que podría ser el amor de mi vida. Como ya dije cuando empecé a escribir este diario, me casé con David más por necesidad de salir de casa de mis padres que por amor. Con él ha sido más una relación cómoda que una relación amorosa. Amor de cariño, sí, amor del que te hace perder todos los sentidos, no. Ese lo he tenido sólo con Claudia, por eso me dejé llevar, porque no me funcionaban los sentidos. Y ahora los he vuelto a activar por David, pero esto es una mierda.

CAPÍTULO 42

MIÉRCOLES 16 DE ABRIL

CLAUDIA

Han pasado dos semanas desde que terminó lo mío con Lucía. ¿Os podéis imaginar lo que siento cada vez que veo a Martina? Cada día cuando entro a trabajar y veo una copia de Lucía, me da un vuelco el corazón. En otros casos hay cosas que te pueden recordar a esa persona: un lugar, un olor, un objeto, un vino que eligió para alguna ocasión o los simples recuerdos de buenos momentos que guardas en la mente. Pero en este caso tengo que soportar ver su cara cada día, aunque no sea ella.

Antes de que llegase el momento de poner fin a nuestra historia ya pensé en ello, porque sabía que llegarían las dos cosas: el fin de nuestra historia y que me dolería ver a Martina cada día. Y tenía una decisión tomada: dejar de trabajar en el sitio en el que estoy. Tengo buena relación con mi supervisora, así que el día después de cortar mi "relación" con Lucía, hablé con ella. Le ofrecí quince días para buscar a otra persona y le pregunté si podía hablar con Recursos Humanos para hacerme un contrato con fecha de fin para poder cobrar la prestación por desempleo. Tuve que contarle que estoy pasando por un mal momento personal y que no me veo capacitada para ejercer mi trabajo como debería y no quiero que mi mal estado pueda recaer sobre otras cosas. Ella fue comprensiva, ya se había dado cuenta de que me pasaba algo y aceptó hablar con Recursos Humanos, que también aceptaron cambiarme el contrato.

Me da una pena inmensa hacer esto porque era el trabajo que siempre había soñado conseguir y, además, es perfecto todo lo que lo envuelve, pero no puedo seguir aquí, no puedo avanzar con el tema de Lucía si no me alejo. Cada día que pasa para mí es una tortura.

Hoy es mi último día aquí. No se lo he dicho a nadie, no lo sabe ni Martina. Le pedí a mi supervisora que por favor no se enterase

nadie de esto y por lo visto lo ha cumplido. No he querido que se sepa por no tener que dar explicaciones a la gente y porque no quiero hacer una despedida. Si hiciera una despedida, si me fuese de aquí sabiendo que todos lo saben, no podría evitar derrumbarme antes de cruzar las puertas, pero así, espero poder aguantar hasta cruzarlas y que no me vea nadie cuando otra vez me ponga a llorar como una niña. Si hay algo que he llevado siempre mal, es llorar delante de la gente. Sólo lo hice cuando falleció mi madre, cuando se suicidó mi amiga y cuando Martina me abrazó el otro día. Tres veces en toda mi vida.

Tengo las maletas preparadas y en cuanto salga de aquí iré a por ellas y me voy antes de que alguien se entere. Porque mañana cuando Martina llegue al trabajo se va a enterar y se va a enfadar, eso lo tengo claro. Pero también tengo claro que, aunque ahora lo veo imposible, algún día lo superaré. Y volveré a verla. Y me perdonará por haberme ido así.

LUCÍA

Dos semanas sin ver ni saber nada de Claudia. Ni siquiera pasa por la cafetería. Dos interminables semanas que me han servido para recapacitar y para tomar una decisión.

Me he dado cuenta de que he estado viviendo luchando contra mis sentimientos y de que no se puede vivir así. Sé que, si dejase pasar mucho tiempo más, llegaría a olvidarme de ella. Todo el mundo olvida a un amor si es que tiene que hacerlo y nadie se muere por ello. Pero ¿qué necesidad tengo de olvidarme de ella? ¿por qué no voy a tener yo derecho a estar con la persona a la que quiero? Soy infeliz sin ella y no quiero seguir así. Sólo vivimos una vida y no sabemos cuánto nos va a durar, hay que aprovecharla y disfrutarla todo lo que se pueda. ¿Y si muero en un año? Habré muerto infeliz por no hacerle daño a David, pero haciéndole daño a Claudia, a la persona de la que estoy enamorada. Y a mí misma. Porque saber que está sufriendo por mi culpa, me hace sufrir a mí también. Y el hecho de no tenerla, aún más.

Con ella no he vuelto a hablar, sigo sin saber qué siente por mí, pero Martina me dijo que estaba muy mal, que no ha vuelto a ser la Claudia que conocía. Y eso me destrozó. No sé si será tarde, no sé si ya no querrá saber nada de mí, pero haré lo que esté en mis manos para intentar lograr estar con ella. Dicen que hay que luchar por nuestros sueños, ¿no? Pues eso es lo que haré; quiero cumplir sueños, no quiero vivir en una especie de pesadilla. La relación con David ya estaba fría antes de enterarse de lo de Claudia, pero después lo ha estado aún más. Para mí está siendo eso: una pesadilla. Y no tengo ganas de luchar por nuestro matrimonio, tendría que vivir obligándome a hacerlo. Y me niego. Quiero algo por lo que no tenga que luchar constantemente, algo que sea bonito por naturaleza y no por esforzarse ambas partes. Eso creo que sólo lo puedo conseguir con Claudia, no con él.

Pasamos la mañana trabajando, llegamos a casa, comemos y me espero a decírselo un rato después. No quiero pasar ni un día más con esto dentro. Además, le va a doler, pero como dijo, tonto no es, él sabe que no va bien y no creo que le pille completamente por sorpresa.

- David necesito hablar contigo.

- ¡Ah! Ha llegado el momento, pensaba que nunca te atreverías a dar el paso - ¿ves? Ya se lo olía. Tonta he sido por esperar tanto. Esto me pasa por querer hacer lo correcto y tratar de convencerme de que debería estar con él.

- No lo he dado antes porque no quería hacerte más daño, pero los dos sabemos que esto está perdido, no hay solución.

- No, no la hay. No quería aceptarlo, pero lo que se ha roto ya no se puede arreglar. Tu amor por lo visto se rompió hace tiempo y el mío se rompió en el momento en el que leí esos mensajes, no lo vi venir antes.

- Lo siento muchísimo. Sé que ahora te resultará difícil de creer, pero nunca quise hacerte daño y creo que precisamente por eso he terminado haciéndolo todo tan mal. Si te hubiera pedido el divorcio

cuando debía, no hubiera pasado todo esto, pero lo hice todo al revés.

- ¿Estás enamorada de ella?

- Sí – he tardado unos segundos en responderle porque me parece muy fuerte contestarle a mi marido a una cosa así, pero no voy a mentir más, nunca más.

- Prepararé los papeles del divorcio. Cuanto antes los firmemos, mejor. Quiero desentenderme de ti.

- David, por favor…

- ¿Sabes que soy un buen abogado? Podría hundirte si quiero.

- Si es lo que quieres, adelante. Aceptaré las consecuencias, quizás es lo que me merezco.

- No lo haré, no voy a hacerte el daño que me has hecho tú a mí.

Y ahí ha terminado la conversación, no he añadido nada más. ¿Qué más voy a decir? ¿Voy a suplicarle que no me hunda? No. Hará lo que quiera y yo me tendré que callar porque en eso tiene razón; es un buen abogado, de nada serviría que yo me busque a otro para ir en contra de David, no ganaría, ya lo tengo todo perdido si decide hacerme daño. Así que sólo me queda esperar a ver cómo actúa.

Ahora mismo lo que más me apetece es salir corriendo a casa de Claudia para hablar con ella, para ver si sigue queriendo saber de mí, pero no quiero seguir haciendo las cosas mal y me parecería feo salir ahora en busca de mi "amante" justo después de pedirle el divorcio a mi marido. Esperaré hasta mañana, pero ni un día más.

CAPÍTULO 43

JUEVES 17 DE ABRIL

LUCÍA

Desde la última vez que hablé con Claudia, las noches para mí han sido un infierno. Cada día deseaba que no llegase la noche porque sabía lo que me esperaba: dar vueltas en la cama, dar vueltas a los pensamientos en mi cabeza y dormir poco o casi que nada. Pero, después de haber hablado con David y de haber decidido que voy a intentarlo con Claudia, siempre y cuando ella quiera, claro, he podido dormir un poco mejor por fin. Me he levantado con más energía y con unas ganas tremendas de salir del trabajo para ir a hablar con ella, pero, poco antes de terminar de trabajar, recibo un WhatsApp de Martina:

- Necesito contarte una cosa. Es sobre Claudia, así que no puede estar David delante. ¿A qué hora terminas hoy?

Esto no me huele nada bien. Cuando me dijo que Claudia estaba mal y que no había vuelto a ser la misma que conocía antes, quedamos en que no hablaríamos más del tema porque yo también estaba muy jodida y no quería echarme más leña al fuego. Si me ha escrito única y exclusivamente porque tiene que decirme algo sobre ella, debe ser algo importante. Le contesto:

- ¿Tengo que preocuparme? Calculo que terminaré sobre las 15:00. Subiré a casa a comer y avísame cuando salgas de trabajar y bajo, nos vemos en la consulta.

- Ok, te aviso.

No me ha contestado si tengo que preocuparme y eso me preocupa más. Menos mal que no me ha escrito a primera hora de la mañana, sino creo que me vería obligada a romper el móvil para no mirar esas horas que serían interminables esperando a hablar con ella.

Al final, desde que me ha escrito eso hasta que me ha avisado de que salía de trabajar, ha pasado poco más de una hora. Pero qué hora más larga…

- Salgo un momento, que he quedado con mi hermana – le digo a David.

- No tienes que darme explicaciones de lo que haces o lo que dejas de hacer.

Pues es verdad, pero lo he hecho sin darme cuenta, por costumbre. No le contesto, bajo a la consulta y espero a Martina dentro. La he avisado de que encontrará la puerta abierta. Tarda unos cinco minutos en llegar, también largos, más o menos como esa hora y pico anterior.

- Claudia no ha venido a trabajar y no volverá.

- ¡¡¡¡¿¿QUEEÉ??!!!! ¿Estás de broma? – no doy crédito a lo que acabo de oír.

- No te haría una broma así.

- ¿Y por qué ha hecho algo así si le encantaba su trabajo?

- No lo sé, no sé nada – la veo triste y asustada, y eso me asusta más a mí.

- ¿Y cómo sabes que no volverá?

- Me lo ha dicho la supervisora. Dice que no puede darme más información pero que pidió terminar con el contrato porque no volverá.

- ¿Y no has hablado con ella?

- Tiene el móvil apagado. Me ha mandado un WhatsApp poco después de entrar a trabajar y cuando le he llamado ya lo tenía apagado y sigue igual. Y antes de venir aquí he ido corriendo a su casa y no está.

- ¿Y qué decía en ese WhatsApp?

- “Siento haberme ido así, espero que puedas perdonármelo. Cuando me sienta preparada te explicaré, te lo prometo. Sé feliz. Te quiero”.

- ¿Nada más?

- Nada más. Estoy preocupada, Lucía. Tú que la has tenido como paciente, ¿crees que sería capaz de hacer alguna tontería?

- No, no lo creo. Además, el mensaje no es un “adiós”, te ha prometido que te explicará y la conocemos, sabemos que es muy cerrada, dale tiempo, no te preocupes. Estoy segura de que ahora necesita su espacio y en breve se pondrá en contacto contigo.

- No sé cuánto tiempo voy a poder esperar y lo peor de todo es que no conozco a nadie de su alrededor, no tengo ningún contacto suyo para intentar averiguar algo.

- Martina, si a ti no te ha dado explicaciones, no se las habrá dado a nadie más. Olvídate de eso. Por lo que me contó, ha estado bastante sola desde que falleció su madre y está acostumbrada a no depender de dar explicaciones a nadie, sólo dale tiempo y déjala que haga las cosas a su ritmo.

- Vale, sí, tienes razón.

- Yo también tengo algo que contarte.

- ¿Qué?

- David y yo vamos a divorciarnos. Pensaba ir hoy a hablar con Claudia, pero veo que se han derrumbado todos mis planes.

- ¿Cómo habéis llegado a eso?

- Bueno…se podría decir que entre los dos. Yo iba a decírselo, pero él ya lo estaba esperando y me lo ha puesto en bandeja. Ha sido más o menos un mutuo acuerdo.

- Me alegro de que hayas entrado en razón y de que hayas dado el paso por fin. Lo siento mucho por David, pero es lo que

necesitabas y lo que tendrías que haber hecho antes de enredar tanto las cosas.

- No me hagas sentir peor, por favor. Lo sé, sé que he reaccionado demasiado tarde y por culpa de eso ha habido consecuencias, pero no he sabido hacerlo bien. Por desgracia no nacemos con un libro de instrucciones debajo del brazo para afrontar situaciones así.

- ¡Pues menuda psicóloga estás hecha! – por fin sonreímos un poco las dos. Sé que lo ha dicho para quitarle hierro al asunto, y se lo agradezco.

- ¿Crees que Claudia me mandará a la mierda?

- ¿De verdad esperas que tenga una respuesta para esa pregunta? Si tuviera una remota idea de lo que le pasa a Claudia por la cabeza, no hubiera tenido la necesidad de venir a decirte que se ha ido.

- Es verdad.

- Pero una cosa te voy a decir: si termináis juntas, te deseo suerte, porque la vas a necesitar.

- ¿Por qué?

- ¡Ay que cegada te tiene el amor! – se da en la frente con la palma de la mano y niega con la cabeza – porque es un huesito duro de roer.

- Hermanita, te recuerdo que soy psicóloga y nuestra relación empezó como psicóloga-paciente, conmigo no es así, yo consigo roer ese huesito si lo necesito.

- ¡Joder! ¡No lo había pensado así! Contigo tuvo que abrirse sin conocerte y la tienes adiestrada desde el minuto cero.

- Así es. Sólo hubo una vez que no conseguí la información que quería, pero porque en el fondo no sé si yo quería una respuesta y no insistí. Y ahora daría lo que fuera por tenerla.

- ¿Y puedo saber qué es lo que no averiguaste?

- Le pregunté si sentía algo por mí.

- Pues siento decepcionarte, pero a mí sí que me contestó a esa pregunta – sonríe con orgullo.

- ¿Sobre ti o sobre mí? – como también tuvieron un rollo, no sé a qué se refiere exactamente.

- Sobre ti.

- ¡No me lo puedo creer! ¡Dime qué te respondió!

- Pues siento decepcionarte otra vez, pero le prometí que no te lo diría.

- Martina… ¿vas a ser capaz?

- Por supuesto.

- ¿Estás poniendo por encima de tu hermana a una persona que no es de tu familia?

- ¿Qué es familia? A la familia no la eliges, a los amigos sí – exagera una sonrisa mostrándome los dientes.

- ¡Uuuufff! ¿Sabes que te odio ahora mismo? – si el asesinato no fuese ilegal, la mataría con mis propias manos.

- Sí, soy consciente de ello, pero una promesa es una promesa. Y, además, siempre he tenido claro que no me metería en medio. Eso es cosita vuestra - se levanta y viene a darme un beso – me voy a casa, ¿vale? Que hace horas que no he comido y estoy muerta de hambre. Si recibo noticias de Claudia te aviso. Imagino que David ha perdido cualquier derecho a mirarte el móvil, ¿no?

- Sí, puedes escribirme lo que quieras y cuando quieras.

- Gracias por tranquilizarme, me ha ido bien hablar contigo porque estaba muy preocupada. Al final resultarás ser una buena psicóloga…

- Qué graciosilla…come y descansa, anda. Estoy segura de que no hay de qué preocuparse.

He tratado de mantenerme fuerte delante de Martina para que no se quede preocupada, pero con lo locos que estamos los seres humanos, yo no estoy nada tranquila, no pondría la mano en el fuego por nadie. Espero a que salga de la consulta y lo primero que hago en cuanto cierra la puerta, es probar a llamar a Claudia.

"El móvil al que llama está apagado o fuera de cobertura en este momento, por favor, inténtelo más tarde"

Pues claro que lo intentaré más tarde, no lo dudes.

CAPÍTULO 44

DOMINGO 20 DE ABRIL

LUCÍA

Hace tres días que desapareció Claudia. Seguimos sin saber nada de ella, sigue con el móvil apagado y a mi cada día y cada hora que pasa me pesa más. Me siento culpable por todo, todo esto que está pasando ha sido culpa mía. Realmente no sabemos los motivos por los que se ha ido, pero estoy segura de que es por lo que pasó entre nosotras. Por no haber sabido gestionar la situación, he provocado que deje el trabajo que tanto le gustaba y eso creo que es lo que más me está machacando la mente. Y el pensar en si habrá hecho alguna tontería. Espero que no sea así porque eso sí que es algo que no me perdonaría y que no podría superar jamás. ¿Cómo ha sido capaz de desaparecer de la faz de la Tierra así? No sé si es que pensará que no le importa a nadie y que no pasa nada si no da señales de vida, pero no es así en absoluto. Tanto Martina como yo estamos desesperadas porque no sabemos cómo podemos conseguir saber algo de ella. Aunque sea saber que está bien, es lo primero y único que necesito ahora mismo.

Le llamo y le escribo todos los días, pero siempre consigo lo mismo: nada. Tengo una sensación de impotencia por no saber qué más puedo hacer… Y me da rabia que haya sido capaz de apagar el móvil así sin importarle que los demás nos preocupemos por ella. Ayer en un ataque de desesperación me fui hasta su casa, llamé a otro timbre para que me abrieran la puerta del edificio, subí hasta su puerta y estuve un rato con la oreja pegada para ver si escuchaba algún ruido, pero nada. Llamé al timbre y estuve hablándole a la puerta por si estaba dentro y quería abrirme al escuchar mi voz. Pero lo mismo: nada.

Y me pasa por la cabeza mi famosa frase: "Maldita Claudia". Pero esta vez no es en el mismo sentido, esta vez lo pienso enfadada porque nunca me hubiera imaginado que pudiera hacerme sufrir así.

Una cosa tengo clara: cuando la vea en persona la voy a matar. No sé si con mis propias manos o a besos, pero la voy a matar. Porque espero volver a verla, me niego a pensar en no verla más.

Hasta he investigado por internet. Sí. ¿Y si se ha cambiado el número de teléfono? Hoy en día no sabemos ni podemos vivir sin móvil, no puede ser que lo tenga apagado tanto tiempo. ¿Y si podía encontrar su nuevo número? En alguna web tipo LinkedIn. Si dejó el trabajo, estará buscando otro, quizás en una web así estaría su teléfono. Pero nada. Y en redes sociales. ¿Alguien que salga con ella en muchas fotos? Eso significaría que es un buen amigo o amiga. Pero nada. Fotos sola o de paisajes. Y de la gente a la que sigue, ¿quién puede ser un buen amigo? Vete tú a saber. Siempre todo lo que envuelve a Claudia es un misterio.

De repente me pasa por la cabeza una cosa que me termina de matar: en el caso de que se le haya ocurrido hacer una tontería, nunca llegaré a enterarme. Viviré el resto de mi vida sin saber nada de ella y sin saber lo que ha pasado. Me atormenta pensar en algo así. Por primera vez en mi vida me hago una idea de lo que sufren las personas cercanas a un desaparecido y que nunca más vuelven a saber de él. ¿Vivir con esa incertidumbre para siempre? No puede ser. Esto no me puede estar pasando a mí. Me voy corriendo a la habitación y me encierro. Necesito llorar, necesito sacar por mis ojos todo lo que estoy sufriendo, todo lo que estoy tragándome yo sola porque ni puedo hablarlo con David ni quiero llamar a Martina estando él en casa. Y siempre está en casa. Encima él está siempre con malas caras y malos rollos. Preferiría irme directa al infierno que estar viviendo esta situación, porque estoy segura de que el infierno es más agradable que esto. O una tortura. Que me torturen, que me corten dedos, que me rompan las piernas, me da igual lo que me hagan, pero que vuelva Claudia.

CAPÍTULO 45

MARTES 24 DE ABRIL

LUCÍA

Cinco días sin saber nada de Claudia. ¡CINCO DÍAS! ¿Os podéis imaginar lo que es eso? No, seguro que no. Eso sólo se puede saber si lo vives en tus propias carnes. No puedo más, os juro que no puedo más. He reducido la cantidad de citas con mis pacientes porque paso la mitad del tiempo con mi mente perdida, centrada en otras cosas, no en lo que debo. Estoy siendo una psicóloga pésima. Ojalá supiera aplicar en mí lo que aplico en otras personas, ¡joder!

Nunca había tenido ansiedad, siempre me había sentido afortunada por saber tener un buen control sobre mi mente y mis nervios, pero ahora tengo momentos en los que pierdo ese control, siento que esos nervios se apoderan de mí y cada vez más con cada hora que paso sin saber nada de ella. Por mi mente pasan miles de ideas y tengo que reconocer que algunas de ellas son escenarios que preferiría no estar imaginando.

Vuelvo a entrar a WhatsApp para ver si ha recibido los mensajes anteriores, pero no. Pruebo a llamarle una vez más y sigue apagado. Cada vez que oigo "el móvil al que llama está apagado o fuera de cobertura…", el corazón se me acelera. Sinceramente no sé si sólo por preocupación o también por la rabia e impotencia de no conseguir saber nada de ella. Vivir en esta incertidumbre me está consumiendo por dentro. ¿Cuándo terminará esta pesadilla? ¿Cuándo podré respirar y dormir tranquila? Por favor, Claudia, aparece, no me hagas sufrir más. Prometo que yo tampoco te haré sufrir más.

Por la tarde me encierro en la habitación, vuelvo a buscar por internet, vuelvo a mirar redes sociales para ver si ha publicado algo. Ni rastro de ella. Llamo a Martina. Sé que si hubiera tenido noticias de Claudia me hubiese avisado enseguida, pero no la llamo por eso,

es porque necesito hablar con alguien, desahogarme con alguien. Hablar con ella me relaja.

- Estoy destrozada Martina, no puedo más.

- Lo sé cariño, no te veo, pero la voz te delata. Podrías venir a vivir aquí o, aunque sea a pasar sólo unos días si no quieres abandonar tu casa. En este momento tan delicado no te va bien el mal ambiente que tienes con David y si estuvieras aquí tendríamos un apoyo mutuo – me dice con un tono dulce – yo también lo estoy pasando mal.

- Lo pensaré. No quiero ser un estorbo.

- ¡Por Dios Lucía! ¿Cómo puedes decir eso? ¡Eres mi hermana preferida!

- No tienes otra.

- Precisamente por eso eres la preferida, si tuviera otra estoy casi segura de que no lo serías.

- Tú siempre tan amable – le digo con ironía y sonrío y estoy segura de que ella también lo ha hecho al otro lado del teléfono.

- ¿Quieres que hagamos algo mañana? Ir a tomar algo, ir al centro comercial…o al cine.

- No me apetece hacer nada.

- Tienes que salir y despejar la mente, Lucía. Estar encerrada en esa habitación no te va a solucionar nada, sino que te causará el efecto contrario, lo empeorará.

- Mañana cuando terminemos de trabajar lo hablamos, ¿vale?

- Vaaale. Pero que sepas que no permitiré que no hagamos algo, ve haciéndote a la idea.

- Oído.

CLAUDIA

El miércoles pasado fue mi último día de trabajo. Fui a mi piso como cualquier otro día, dormí y el día siguiente, el jueves por la mañana, escribí a Martina, apagué el móvil, fui al pueblo a por mi coche (que no lo tengo en la ciudad porque prefiero usar el transporte público) y me vine a un retiro.

Como pude comprobar que la meditación no te arregla la vida, pero te ayuda, decidí hacer algo relacionado con ello para empezar a olvidar. Reservé unos días en un retiro ubicado en medio de la nada y con unas actividades programadas que me ayudarían a desconectar de todo lo demás. Pensé que tampoco me solucionarían gran cosa, pero peor es ver a la copia de Lucía cada día y después estar encerrada en mi casa dándole vueltas al coco.

Unas horas después de apagar el móvil, me arrepentí de haberlo hecho, de no haberle dado más explicaciones a Martina, porque, aunque parezca que a ella siempre todo le da igual, imagino que se habrá preocupado por mí, aunque sea un poco. Pero ya era tarde. Me prometí que al llegar al retiro ya no usaría el móvil para absolutamente nada. Y, además, suponía que tendría mensajes suyos atacándome por lo que había hecho, y ya no era momento de discutir y tampoco quería tener que dar explicaciones por WhatsApp; hay cosas que se tienen que hablar en persona.

¿El retiro me ha servido para algo? Pues sí, mientras he estado aquí, sí. Me he auto obligado a no pensar en Lucía, he conseguido relajarme en algunos momentos, he participado en todas las actividades, he disfrutado de no tener que hablar con casi que nadie ni tener que dar explicaciones (porque aquí la gente viene a desconectar, no a hacer amigos) y he disfrutado de la naturaleza también, que es maravillosa. Pero estoy segura de que, en cuanto ponga un pie en mi piso, mi cabeza va a volver a estar montada en una especie de tiovivo dando vueltas y vueltas sin parar, sin fin. Hay cosas que sólo las puede curar el tiempo, no existe una fórmula, un médico o un medicamento que las cure.

He tenido una fuerza de voluntad tan grande para desconectar, que hasta había dejado de escribir en mi diario. Ahora, por la noche

es cuando he decidido volver a hacerlo. Se acerca el momento de volver a conectar. No me apetece nada irme de aquí. Si fuese por mí, si sólo pensase en mí, mañana volvería al piso sin avisar a nadie, me pondría a buscar trabajo e intentaría empezar a estudiar para las oposiciones otra vez. Pero sé que Martina me mataría si se enterase de que estoy allí y no le digo nada, con razón, tengo que admitirlo.

No sé si encender primero el móvil, leer todas las barbaridades que me habrá dicho (con razón también) y después ir a verla, o hacerlo al revés. Y hablar…joder…tendré que hablar. Y ver la copia de la persona a la que quiero y no puedo tener. Pero le pediré que nos distanciemos un tiempo y le diré mis porqués. Espero que sepa entenderlo. Es jodido ¿eh? Tener que distanciarme de las dos únicas personas que tenía en mi vida y a las que quiero con locura. A cada una de diferente manera, pero las quiero. Cada una de ellas tiene un papel importante en mi vida.

Voy a por mi última noche de paz. Mañana vuelta a la vida real. Universo dame fuerzas, porque con lo de darme problemas te has pasado. O dame suerte. Eso también me serviría.

CAPÍTULO 46

MIÉRCOLES 25 DE ABRIL

CLAUDIA

He decidido no encender el móvil y presentarme directamente en casa de Martina. Si me ha escrito y lo enciendo, podría ver que he recibido los mensajes y me ametrallará con más mensajes o llamadas. Total, por unas horas más de tenerlo apagado no me cambiará la vida. Ni a mí ni a ella. Iré a mi piso a deshacer la maleta y organizarme y cuando termine de trabajar iré a su casa para hablarlo en persona.

Hogar dulce hogar. No hace mucho tiempo que vivo en este piso, pero se ha convertido en mi hogar, soy feliz aquí. Ahora cuando voy a casa de mis padres me siento como si estuviera invadiendo un espacio que poco tiene que ver con mi vida. Y siempre echo de menos volver aquí, aunque haga un viaje por placer y me hospede en un hotel.

Tengo claro que buscaré trabajo aquí en la ciudad. De momento no tengo prisa, pero lo haré, no quiero volver al pueblo.

Salgo de casa pasadas las 16:00 para asegurarme de que Martina haya tenido tiempo de llegar a su casa desde el trabajo. Justo sale un señor del edificio, así que aprovecho para entrar y subir directamente hasta su puerta. Estoy nerviosa, muy nerviosa. Voy a tener que hablar, voy a tener que explicarle el porqué de todo y noto un nudo en el estómago, como si se me hubiera acumulado toda la información ahí. Espero ser capaz de exteriorizarla, de expresarme bien. Me conozco y sé que cuando se me hace una bola de información, después no sé por dónde empezar ni cómo expresarme. Dirijo mi dedo al timbre y noto que está temblando. Mi mano y todo el cuerpo. Sinceramente ahora daría media vuelta y me iría, sería lo más fácil. Pero tengo que dar el paso, así que obligo a mi dedo a pulsar ese timbre. Se abre la puerta, Martina se queda mirándome unos segundos sin reaccionar. Me empuja.

- ¡¡¡¿¿Pero tú estás loca o qué??!!! ¡¡¿¿Se te ha ido completamente la olla??!! – me dice gritando - ¡¿te crees que eres el único ser sobre la Tierra y que nadie se preocupa por ti?! ¡¿Te has parado a pensar en lo que me has hecho sufrir?!

- Perdona…

- ¡¡¿¿¿Eso es todo lo que tienes que decir???!! – sigue gritando.

- No, si me dejas entrar.

- Grrr – gruñe y me abraza – más te vale tener una buena explicación para esto, porque si no piensas explicarme puedes irte por donde has venido – me dice mientras seguimos abrazadas.

- Joder qué simpática…

- ¿Eso significa que vas a contármelo todo? – se aparta de mí y pone las manos sobre mis hombros.

- Sí, lo intentaré.

- Entonces puedes pasar.

Voy directa a sentarme en el sofá, pongo las manos sobre mis muslos y me los froto despacio, como si así pudiera eliminar mis nervios o hacer que empiecen a salir las palabras una a una y sin que tropiecen entre ellas.

- ¿Y bien? – me dice impaciente.

- A ver…es que…ya sabes que lo estaba pasando mal y que estaba…bueno, estoy enamorada de Lucía y verte a ti cada día era como si la estuviese viendo a ella. Podríais haber sido hermanas y pareceros…no sé, sólo en la nariz, por ejemplo, pero no, teníais que ser gemelas idénticas. Y pensé que así no podría superarlo y necesitaba alejarme de todo. Sólo vengo a explicarte esto porque creo que debo hacerlo y después me distanciaré otra vez, pero sin apagar el móvil.

- ¿Y se puede saber por qué has tenido el móvil apagado tantos días?

- Porque me fui a un retiro, quería desconectar de absolutamente todo y el primer paso era desconectar del móvil.

- Tenías que avisarme.

- ¡Te escribí!

- ¡Lo que me escribiste es lo mismo que no escribir nada!

- Tienes razón – bajo la cabeza a modo arrepentimiento – lo siento.

- ¿Ya lo has encendido?

- No. ¿Por? ¿Tengo mensajes tuyos amenazantes?

- Míos no.

- ¿Y de quién?

- Enciéndelo.

Obedezco y empiezan a entrarme mogollón de mensajes: 9 de Martina y 102 de Lucía, entre otras conversaciones.

- Claudia necesito hablar contigo.

¿Estás bien? Por favor sólo dime si estás bien.

Holaaaa

No me hagas esto por favor.

Claudiaaaaa

¿Sabes que te voy a matar?

No puedo más. Por favor, da señales de vida.

Vas a acabar conmigo.

Me estás haciendo sufrir mucho.

Claudiaa por favoooor no me hagas esto.

Y un largo etcétera de mensajes. Después de leerlos todos rápidamente, me quedo mirando a Martina.

- ¿Y esto? ¿Por qué le dijiste que me fui? Ella podría haber estado tan tranquila en su casa sin enterarse de nada.

- No. Se hubiera enterado igual.

- ¿Por qué?

- Porque quería hablar contigo.

- ¿Sobre qué?

- Tendrás que descubrirlo por ti misma. Vamos, que había quedado con ella en que haríamos algo hoy, ahora le llamaré y le diré que me espere en la consulta.

- Martina, no quiero verla.

- Tienes que hacerlo.

LUCÍA

Sumamos un día más a la cantidad de días sin saber nada de Claudia. Entrar a su conversación a ver si se ha conectado se ha convertido en una rutina en mi vida, es lo primero que hago cuando me despierto y lo primero que hago cuando termino con algún paciente. Ya no me sale en la pantalla principal de WhatsApp porque hace un par de días que no le escribo. El resto de conversaciones en la app han hecho que desaparezca y con ello pretendía ver si era capaz de no entrar a su conversación constantemente, como una especie de obsesiva-compulsiva, para ver si ha encendido el móvil. Hay momentos en los que consigo controlarme y hay momentos en los que voy en búsqueda de un ápice de esperanza, pero siempre sigue todo igual.

Ayer mi hermana me dijo que hoy podríamos hacer algo y pensé en que no me apetecía demasiado, pero tenía razón en que debería ocupar mi mente en algo, así que le haré caso. Ya tiene que haber terminado de trabajar, pero no me ha escrito. Cojo el móvil y le escribo:

- ¡Hola! ¿Ya te has arrepentido de querer quedar conmigo? ¿Ya he dejado de ser tu hermana favorita?

- Baja a la consulta ya. Nos vemos allí, espérame dentro.

- ¡A sus órdenes!

No sé si me gusta eso. Quería hacer algo por ahí y ahora quiere que nos veamos en la consulta. Me recorre un miedo por dentro que me acelera el corazón. ¿Y si tiene malas noticias? Bajo corriendo, me siento en mi silla y la llamo, no puedo esperar a que venga, pero no me contesta. Cojo papel y boli y me pongo a dibujar algo parecido a la casa de mis abuelos, pero con algunas cosas que añadiría si viviera allí. Necesito estar concentrada en algo y no se me da mal dibujar, así que lo visualizo y lo voy dibujando sin prisas y con cada detalle que me va pasando por la cabeza. Me parece que se abre la puerta, levanto la mirada y es ella. ¡ELLA! Me bloqueo por unos segundos, siento que se me ha parado el corazón y no consigo moverme, sólo consigo taparme la cara con las dos manos y empezar a llorar desconsoladamente, como si no hubiera un mañana. Necesito descargar toda la tensión y sufrimiento acumulados durante todos estos días. Niego con la cabeza como si no me creyera lo que está pasando y noto que me envuelve con sus brazos. Me levanto para abrazarnos y siento que me está temblando todo el cuerpo, mis piernas apenas tienen fuerza para sujetar mi peso. Alargamos el abrazo, los sollozos de apoderan de mí y yo no puedo separarme de ella y sigo igual de nerviosa, pero Claudia me hace salir de mi estado de shock.

- Cálmate Lucía, por favor. Estoy aquí y estoy bien. Ven, vamos a sentarnos en el sofá – me coge de la mano y casi que me arrastra hasta el sofá, porque mis piernas siguen frágiles.

- Os dejo solas, creo que tenéis muchas cosas que aclarar – dice Martina – después hablamos – me da un beso en la cabeza y se va.

Nos sentamos en el sofá, quedamos una al lado de la otra, yo me giro un poco hacia ella, la abrazo por la cintura y apoyo mi cabeza en su pecho. Ella me corresponde. Ahora mismo no sé ni si quiero hablar de todo esto, sólo quiero estar así. Sentir el latir de su corazón en la oreja que tengo apoyada sobre él. Sentir que la tengo

aquí. Sentirla a ella. Huele como siempre y ese olor me trae todos los maravillosos recuerdos a mi cabeza.

Y paz.

Y vida.

En los últimos días me sentía como si una parte de mí hubiera muerto, como si sólo mi cuerpo siguiera vivo, pero no mi alma.

- ¿No me vas a pedir que te explique? – pregunta Claudia.

- Las dos nos debemos explicaciones.

- ¿Y quién empieza?

- Deberías empezar tú porque estoy muy enfadada contigo, pero voy a hacerlo yo para asegurarme de que después te abres y dices lo que de verdad piensas y sientes.

- Pues si estando enfadada me das estos abrazos…no quiero ni imaginar lo que harás cuando no lo estés – se ríe.

- Muy graciosa tú. ¿Y quién te asegura que dejaré de estarlo en algún momento? – me separo de ella y la miro a los ojos.

- Lo intuye mi corazón – me dedica una sonrisa dulce y yo no puedo evitar derretirme por dentro, aunque por fuera me muestre "enfadada". Se levanta, coje un pañuelo de los que tengo en la mesa y me lo da para que me seque las lágrimas que aun campan a sus anchas por mis mejillas.

- A ver… - la cojo de las manos y respiro hondo para tratar de calmarme para poder expresarme – antes que nada quería pedirte perdón por haber elegido a David y no a ti. Lo hice porque creía que era lo correcto y porque me daba miedo tirar a la basura una relación y una estabilidad de tantos años, y todo lo que habíamos construido juntos. Pero después me di cuenta de que esa relación no es la que quería, no es la que me hace feliz. Que ya lo sabía antes, pero no quería aceptarlo. La relación que quiero es contigo y la que me hace feliz eres tú – veo que se queda seria y a mí me entra un calor que me recorre toda la espalda hasta instalarse en la base de

mi cráneo y en mi corazón. Ese calor es el miedo que me está acechando por si va a decirme que no quiere complicarse más la vida conmigo.

- Lucía… ¿estás completamente segura de eso? No quiero volver a tener algo contigo y que me estés mareando por no saber lo que quieres o porque ahora te has confundido porque había desapare

- Ya estamos divorciados – la interrumpo y se queda como bloqueada.

- ¿En serio?

- Sí, lo hablé con él el día antes de irte, y el día que te fuiste tenía planeado ir a hablar contigo, pero Martina me informó de que te habías ido. Así que no, no me he confundido porque hayas desaparecido – le aclaro y veo que ahora sí que se le levanta una ligera sonrisa.

- Entonces… ¿me estás diciendo que me quieres? – se le incrementa la sonrisa.

- De momento no he pronunciado esas palabras tal cual y no pienso hacerlo hasta que te lo hayas ganado. Te toca explicarte y más vale que te lo curres.

- Me quedé destrozada cuando te fuiste de mi casa, después de decirme que entre David y yo, lo elegías a él. Para serte sincera, no me extrañó, tenía claro que eso pasaría en algún momento, pero no es lo mismo pensarlo que vivirlo. Vivirlo fue un golpe de realidad que me rompió por dentro. Después iba cada día a trabajar y allí tenía a tu hermana, a tu copia y me dolía en el alma verla, me removía todo por dentro. Y pensé que, si seguía así, nunca conseguiría superarlo. ¿Cómo iba a superarlo si era como si te estuviera viendo cada día? Así que decidí dejar el trabajo e irme a un retiro para intentar desconectar. Creí que el tener actividades programadas allí, alejarme de todo lo que me recordaba a ti y apagar el móvil, me ayudaría.

- ¿Tú? ¿La que no creía en la meditación se fue a un retiro?

- Así es.

- ¿Y te ayudó?

- En algunos momentos sí, pero sobre todo por las noches mi cabeza volvía a ser algo que hubiera querido tener un interruptor para poder apagarla porque me rondaban muchas cosas por la cabeza, pero había una que me rondaba más.

- ¿Cuál?

- El día que estuvimos jugando en tu sofá, cuando nos quedamos mirándonos a los ojos, estuve a punto de decirte que te quería, pero me tragué esas palabras y no las pronuncié. En todas esas noches me arrepentía de no habértelo dicho porque pensaba que ya nunca más tendría la oportunidad de hacerlo. Y dudo mucho que algún día pueda querer a alguien como TE QUIERO a ti – pone énfasis en esas dos palabras y yo me quedo completamente sorprendida, pensaba que a alguien como ella le costaría una eternidad poder llegar a pronunciar unas palabras como esas y que tendría que decirlo yo antes, pero me he equivocado. Sigue en su línea: nunca deja de sorprenderme. Durante unos segundos me planteo no decírselo yo aún para hacerla sufrir un poquito, para devolverle un trocito de lo que me ha hecho pasar estos días, pero ¡qué coño! Si me muero de ganas de decírselo.

- Yo a ti también te quiero – sonreímos las dos.

- Entonces… ¿eso significa que me he currado la explicación?

- Has hecho un trabajo maravilloso. Estoy orgullosa de ti.

Y por fin nos besamos. Cómo había echado de menos esto y cuánto lo necesitaba.

CAPÍTULO FINAL

Hace dos años que dejamos de escribir nuestro diario y nos dedicamos sólo a vivir y a disfrutar nuestro amor.

Por suerte, Claudia pudo volver a su trabajo, ese que tanto le gustaba y que compartía con Martina. Es lo que tiene tener buena relación con tu supervisora y es que…hay que tener amigos hasta en el infierno. A su sustituta le hicieron un contrato de corta duración porque ella sabía que Claudia decidiría volver más pronto que tarde. Y acertó.

David se quedó con el piso y con el bajo en el que teníamos nuestros despachos, pagándome la parte correspondiente, por supuesto.

Claudia y yo decidimos venir a vivir a la casa de mis abuelos y hemos añadido esas cosas que dibujé en el papel el día que volvió mi maravillosa amada. Y una cosa más: un despacho para mí. Ahora al estar fuera de la ciudad, tengo menos pacientes, pero me he dado cuenta de que cobrar el doble cada mes no te hace más feliz. Te hace feliz estar con la persona a la que quieres y disfrutar de cada día a su lado. Antes vivía pensando en trabajar y en ganar dinero y ahora sólo vivo pensando en que Claudia termine de trabajar para estar juntas. Sólo hay una cosa que quiero en mi vida y se llama Claudia, todo lo demás es secundario.

Y Martina. A ella también la quiero.